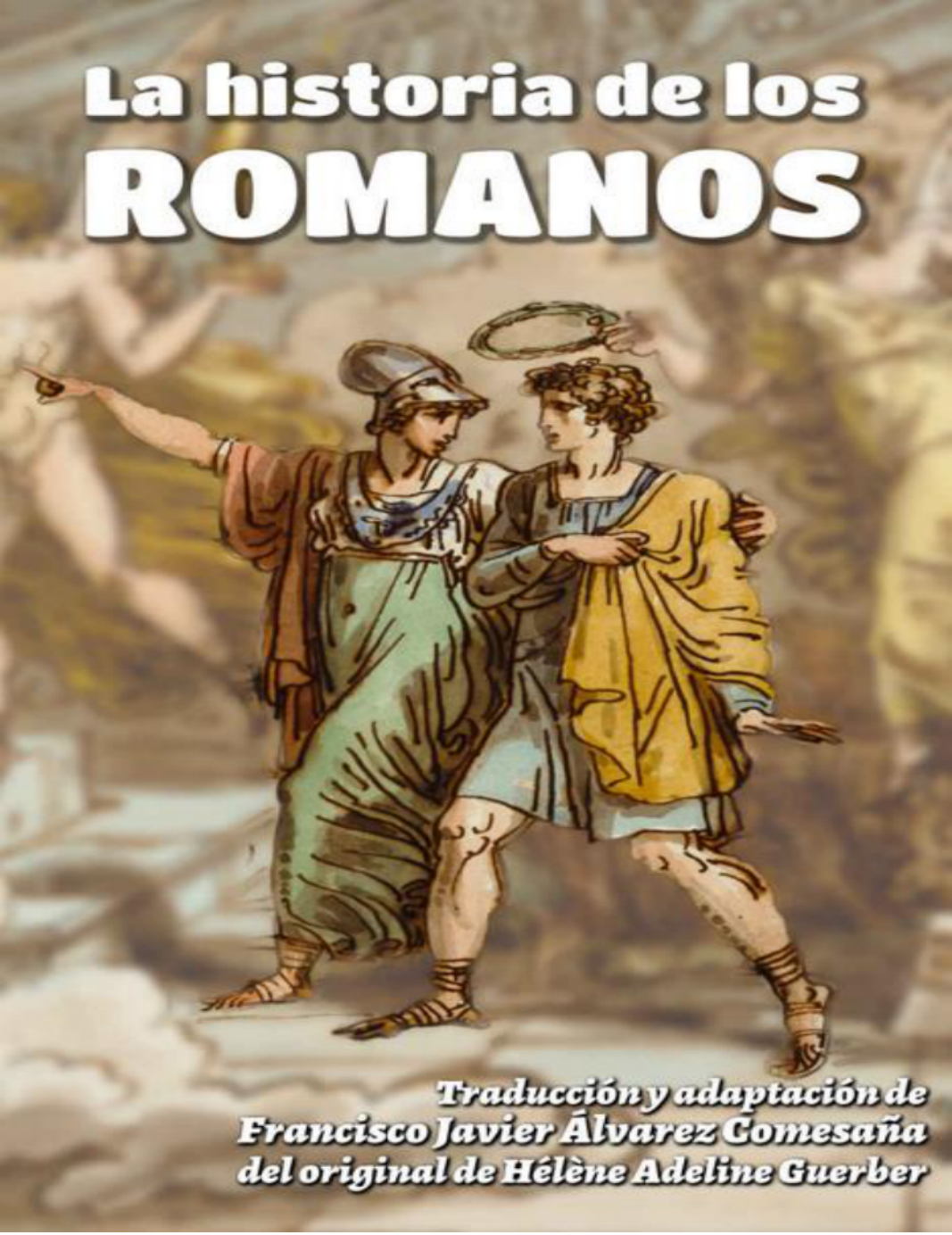
La historia de los ROMANOS



Traducción y adaptación de
Francisco Javier Álvarez Comesaña
del original de Hélène Adeline Guerber

Índice de contenidos

Primeros habitantes de Italia
La huida de la ciudad en llamas
La astuta treta de la reina Dido
Se comen los platos
La loba y los gemelos
Rómulo funda Roma
El rapto de las sabinas
Unión de sabinos y romanos
Muerte de Rómulo
Las extrañas señales de los romanos
El conflicto con Alba
El combate entre los Horacios y los Curiacios
Tarquinio y el águila
Los jóvenes romanos
La sabiduría y poder de los augures
El asesinato de Tarquinio
Los malvados hijos de Tarquinio y Servio
Los libros misteriosos
Las amapolas de Tarquinio
El beso de Bruto
La muerte de Lucrecia
Bruto, un padre sumamente severo
Un triunfo romano
Sobre las celebraciones de victoria
La defensa del puente
La mano quemada
Los dioses gemelos
Los agravios a los pobres
La fábula del estómago
La historia de Coriolano
El héroe granjero
Las nuevas leyes

La muerte de Virginia
Los planes de un traidor
El maestro castigado
La invasión de los galos
Los gansos sagrados
Dos héroes de Roma
El desastre de las Horcas Caudinas
Pirro y sus elefantes
La derrota de los elefantes
La primera victoria naval de los romanos
Régulo y la serpiente
Aníbal cruza los Alpes
Aníbal aplasta a los romanos
El inventor Arquímedes
El baño de Escipión y Aníbal
La destrucción de Cartago
Cómo se entretenían los romanos
Las joyas de Cornelia
La muerte de Tiberio Graco
Gayo Graco
Yugurta, rey de Numidia
Los cimbros y los teutones
La guerra de los aliados romanos
La huida de Mario
Las listas de proscripciones
Sertorio y su cierva
La revuelta de Espartaco
Las victorias de Pompeyo
La conjuración de Catilina
Las conquistas de César
Cruzando el Rubicón
La batalla de Farsalia
La muerte de César
El segundo triunvirato

La visión de Bruto
Marco Antonio y Cleopatra
La serpiente venenosa
La época de Augusto
Muerte de Augusto
Varo, vengado
Muerte de Germánico
Muerte de Tiberio
Las locuras de Calígula
Las malvadas esposas de Claudio
Los primeros crímenes de Nerón
La persecución de los cristianos
La crueldad de Nerón
Dos reinados muy cortos
El sitio de Jerusalén
La erupción del Vesubio
El extraño banquete de Domiciano
Las tablillas del emperador
El emperador Trajano
La columna de Trajano
El muro de Adriano
Muerte de Adriano
Antonino Pío
El emperador filósofo
Otro emperador cruel
Un hijo antinatural
El senado de mujeres
El emperador gigante
La invasión de los godos
Zenobia, reina de Palmira
Se cumple la profecía
El primer emperador cristiano
La división del imperio romano
La penitencia de un emperador

Atila el huno
El fin del imperio romano de Occidente
Últimas palabras
Referencias

Primeros habitantes de Italia

Vamos a hablar ahora sobre los orígenes de Roma, la capital de Italia, en Europa. Al mirar un mapa, se reconoce rápidamente en Europa una península con la forma de una bota rodeada por los mares Mediterráneo y Adriático. Esta península es Italia. Al norte están los nevados Alpes, una cadena de altas montañas que separan Italia del resto de Europa; y los Apeninos, una cordillera menos elevada, recorren la península.

Como Italia está al sur de Europa, tiene un clima muy agradable. Las altas montañas al norte la protegen de los fríos vientos del norte, y muchas de las plantas que en los países más del norte solo pueden crecer en invernaderos en Italia crecen de forma natural.

Naranjos y almendros, camelias y granadas... todo está cubierto de frutas y flores, y tanto la viña como el olivo dan sabrosos frutos en esta hermosa tierra. El suelo es tan rico que la gente no tiene que trabajar muy duro para tener buenas cosechas, y, como el cielo suele estar despejado, pueden estar fuera de casa casi todo el año.

Como el clima es tan agradable, la tierra tan fértil, los cielos tan azules y las vistas tan hermosas, a los viajeros les ha gustado siempre visitar Italia y hablar de todos los encantos que han experimentado. Por tanto, no es de extrañar que mucha gente fuera a asentarse allí, y es fácil entender que todo el país estuviera ocupado hace ya mucho, mucho tiempo.

Hace tantos años que nadie es capaz de decir exactamente cuándo, Italia estaba ya habitada por un pueblo que, a juzgar por lo que hemos oído de ellos, debe de haber vivido primeramente en Asia Central. Estas gentes probablemente sufrían de gran presión demográfica en su país, por lo que abandonaron su tierra natal en busca de buen pasto para el ganado y un territorio fértil donde pudieran vivir.

Viajaron día tras día y, al llegar finalmente a las grandes montañas, algunos de ellos las subieron para ver qué había al otro lado. Cuando contemplaron los verdes valles de Italia y vieron cuán hermoso era el país, se lo dijeron a sus compañeros, y todos se apresuraron a cruzar las montañas.

Esta gente viajaba a pie con sus familias, su ganado y todos sus bienes del hogar; y al principio eran probablemente de una civilización no muy avanzada. Sin embargo, poco a poco aprendieron a construir casas, a cocinar la comida, a hacer cerámica rudimentaria con la

arcilla que encontraban en los valles, a hilar y a tejer la lana de las ovejas y a hacer ropa con ella.

Aunque al principio cada familia vivía por su cuenta, pronto cayeron en que, si varias familias se unían, podían cultivar el suelo mejor, cazar más fácilmente y, ante el peligro, defenderse los unos a los otros.

Así, varias familias formaban una tribu al mando del hombre más fuerte e inteligente, a quien elegían como líder. Estos líderes seleccionaban el mejor sitio para asentarse, decidían qué hacer en tiempos de guerra y, de esa forma, se fueron convirtiendo en los caudillos o reyes de sus tribus.

Había un puñado de estos pequeños reinos repartidos por toda Italia y, conforme la gente prosperaba económica, social e intelectualmente, iban ocupando más y más tierra.

Es posible que los romanos descendieran de una de estas tribus. Con el tiempo, su ciudad llegó a ser la mayor del mundo, y se han escrito muchas historias sobre ello; pero ninguna de ellas comenzó hasta varios siglos después de la fundación de Roma.

En los primeros siglos no se registraron los hechos de aquel distante pasado, y cuando llegó el momento lo mejor que pudo hacerse fue escribir las historias que se habían transmitido de padres a hijos y conservado de esa forma durante generaciones. Probablemente estas historias fueron cambiando de contarse una y otra vez, y fueron hilándose y creciendo en detalles por pura conjetura; pero lo principal de las historias se aceptaba como verdadero y todos lo creyeron durante años.

Ahora veremos la historia desde el principio tal y como los propios romanos la contaban y la creían. Muchos de estos sucesos, especialmente los primeros, nunca ocurrieron realmente, pero nadie es capaz de saber con exactitud dónde termina la leyenda y comienza la realidad histórica. Y si te interesa el mundo clásico, deberías conocer la historia completa…

La huida de la ciudad en llamas

En los días en que los griegos estaban luchando contra Troya —aquella gran ciudad en Asia Menor que llevaban asediando diez años—, los pueblos de Italia estaban divididos en varios reinos pequeños, entre los cuales estaban los etruscos y los latinos.

Los etruscos ocupaban la parte del norte de Italia, la parte de arriba de la bota, y llamaban a su país Etruria, mientras que los latinos vivían más hacia el sur, en un territorio llamado Lacio (en latín, *Latium*, y de ahí *latinos*). Cada uno de estos reinos tenía su propio líder o rey, al que el pueblo obedecía.

El rey del Lacio por aquellos días se llamaba Latino. Tenía una bella hija llamada Lavinia y, en cuanto tuvo edad suficiente para casarse, pensó en buscarle un buen esposo. Una noche, el rey Latino soñó que los dioses de su país venían y le hablaban, diciéndole que se asegurara de dar a su hija en matrimonio a un extranjero que harían llegar hasta el Lacio.

Cuando Latino se despertó, se inquietó bastante, pues su mujer estaba convencida de que Lavinia había de casarse con Turno, un rey de un pueblo vecino. La mujer pronto convenció a Latino de que permitiera ese compromiso, pero él insistía en que el matrimonio debía posponerse por un tiempo.

Mientras todo esto ocurría, la ciudad de Troya finalmente cayó en manos de los griegos. Los valientes troyanos fueron atacados por la noche y solo unos pocos de ellos lograron escapar a la muerte.

Entre estos se encontraba un príncipe llamado Eneas. Su padre era Anquises, primo del rey de Troya, y su madre era Venus en latín, Afrodita en griego, que era la diosa más hermosa. Como Venus no quería que su hijo muriera con el resto de los troyanos, se le apareció durante la terrible noche en que los griegos entraron a escondidas en Troya y saquearon y quemaron las casas. La diosa le hizo ver que la resistencia sería fútil, y le dijo que huyera de la ciudad con toda su familia.

A Eneas lo habían criado para obedecer el mandato de los dioses, así que abandonó la lucha y se fue corriendo a su casa. Entonces, se puso a su anciano padre a hombros, cogió a su pequeño hijo Julo de la mano y le dijo a su mujer y sirvientes que lo siguieran.

Este pequeño grupo de fugitivos logró huir de la ciudad, donde las llamas estaban ya alzándose por todas partes, y, al abrigo de la

oscuridad, llegaron hasta un templo cercano. Allí se detuvieron a descansar, y Eneas contó a sus acompañantes para asegurarse de que estaban todos.

¡Qué desdicha cuando se dio cuenta de que su amada esposa había desaparecido! Volvió a toda prisa a la ciudad en llamas y la buscó por todas partes, llamándola a voces, a pesar del peligro. Finalmente se topó con alguien que le dijo que su mujer había muerto, y que ella deseaba que él escapara a un país mejor, donde había de fundar un nuevo reino y donde una nueva esposa debía tomar su lugar y volver a hacerle feliz.

Entristecido, Eneas se volvió al templo, donde vio que a sus seguidores se les habían unido otros cuantos que habían logrado escapar sin ser vistos entre el humo y la oscuridad. Los llevó a un lugar seguro y, no mucho después, aquel pequeño grupo de leales troyanos zarpó, y todos prometieron obedecer a Eneas y seguirle adondequiera que fuera.

Las naves fueron a la deriva durante un largo tiempo, pues Eneas no sabía dónde había de fundar su nuevo reino. Dos veces intentó asentarse, pero las dos ocurrió algo que se lo impidió. Finalmente le pidió consejo a su padre Anquises, un sabio y piadoso anciano, que se había llevado consigo las estatuas de los dioses cuando abandonó su casa y los tenía consigo en el barco.

El anciano dijo que las consultaría al respecto y les ofreció un sacrificio. A la noche siguiente, Eneas soñó que los dioses le hablaban para decirle que debía ir a Italia, la tierra desde donde, hacía mucho tiempo, sus ancestros habían ido a Troya.

Por tanto, navegaron rumbo al oeste, aunque estaba vaticinado que en el camino habían de sufrir muchas penalidades antes de que pudieran llegar a Italia, y que no serían capaces de asentarse hasta que se comieran los propios platos en los que se servía la comida.

Como Eneas era un hombre valiente, la expectativa de una terrible hambruna no le llenó el corazón de desesperación, y con calma navegó en busca de un hogar. Hay casi infinitas islas en esa parte del Mediterráneo, por lo que los barcos nunca llegaban a perder de vista tierra. Paraban de vez en cuando, pero Eneas no se atrevía a asentarse en ninguna parte, pues pensaba que los dioses se oponían a ello; y siempre ordenaba a su gente volver a embarcar para proseguir el viaje.

Los troyanos ya estaban exhaustos de tanto navegar, pero apreciaban

tanto a Eneas que lo siguieron de buen grado, aunque les habría gustado hacer de alguna de las islas que visitaron su hogar.

La astuta treta de la reina Dido

Tras muchos días de navegar por las azules aguas del Mediterráneo y tras muchos sufrimientos en las diferentes islas donde iban parando a descansar, Eneas y sus compañeros llegaron finalmente a la isla de Sicilia. Esta isla, como se ve en los mapas, es un trozo de tierra de tres picos, cerca de la punta de la bota de la península de Italia.

Mientras los troyanos estaban descansando ahí, el viejo Anquises murió, y Eneas lo enterró. En cuanto completó los ritos funerarios, Eneas se preparó para volver a hacerse a la mar, pues sabía que aquel no era el lugar donde debía fundar su nuevo hogar.

Por desgracia para Eneas, algunos de los dioses que su gente había venerado por tanto tiempo se habían irritado con todos los troyanos. Fueron estos dioses quienes los hicieron sufrir mucho, y uno de ellos ahora les echó encima una terrible tempestad.

Las olas y los feroces vientos vapuleaban las naves de aquí para allá, y algunas de ellas se hundieron. Las otras habrían acabado destrozadas y todos los hombres a bordo habrían muerto si otra divinidad no hubiera interferido en favor de Eneas, pues de repente hizo que se calmara aquella horrorosa tormenta.

Los vientos eran tan salvajes, tanta la oscuridad, y tan cegadores los relámpagos, que Eneas había perdido el rumbo. Cuando la tormenta terminó, navegó hasta la tierra más cercana, y llegó a la costa de lo que hoy en día llamamos Túnez; pero él no sabía dónde estaba. Por tanto, mandó a sus compañeros que se quedaran en los barcos, mientras él iba tierra adentro con un único hombre, el leal Acates, que siempre iba con él, pues era su fiel amigo.

Así, estos dos hombres emprendieron el camino y con cuidado fueron explorando el país adonde habían llegado, tratando de encontrar a alguien que pudiera decirles dónde estaban.

No tardaron mucho en encontrarse con una hermosa mujer, que realmente era Venus, la madre de Eneas, disfrazada. Había ido hasta allí para decirle a su hijo todo lo que tenía que saber sobre el lugar donde habían desembarcado y para darle buenos consejos; pero al principio ella no quería que él la reconociera.

Por tanto, Venus comenzó a hablar con Eneas como si fuera una desconocida, y en respuesta a sus preguntas dijo que habían llegado a África, cerca de la nueva ciudad de Cartago. Esta ciudad —le dijo Venus a Eneas— estaba gobernada por Dido, una hermosa reina, que

también había llegado desde la costa de Asia, pero desde un lugar al sureste de la destruida ciudad de Troya.

Su marido había sido asesinado por el hermano de la propia Dido, y ella había huido de noche en uno de sus barcos, llevándose todos sus tesoros, pues sabía que su hermano no tardaría en tratar de matarla a ella también. Muchos de sus leales súbditos la siguieron, jurando que se asentarían donde ella deseara, y prometiendo ayudarla a fundar un nuevo reino del que ella sería reina.

Cuando Dido llegó a la costa de África, cerca de la presente Túnez, y vio la hermosura de aquella tierra, quiso asentarse allí, pero los nativos se negaron a venderle la tierra en la que había de construir la ciudad. Ella trató de convencerlos, en vano, y finalmente dio con una astuta estratagema para hacerse con la tierra.

Así pues, les preguntó si estaban dispuestos a venderle la tierra que ella pudiera cubrir con la piel de un único buey. Ellos estaban dispuestos a desprenderse de un poco de tierra a cambio de una buena cantidad de dinero, por lo que hicieron el trato.

Sin embargo, ¡cómo debieron sorprenderse cuando Dido apareció con una piel de buey cortada en finísimas tiras, con las que pudo rodear una gran extensión de tierra, que ahora le pertenecía según el trato! Entonces Dido empezó a construir inmediatamente una hermosa ciudad, sobre la que hablaremos más adelante.

Se comen los platos

Eneas, siguiendo el consejo de Venus, se dirigió a la recién fundada Cartago. Allí fue recibido hospitalariamente por la hermosa reina, que les dio la bienvenida a él y a sus compañeros en el palacio. Una vez allí, Eneas le contó todo sobre el largo asedio de Troya, la toma de la ciudad, su huida durante la noche, sus largas travesías por el mar y su naufragio cerca de la ciudad.

Estas historias interesaron muchísimo a Dido, y durante casi un año tuvo de invitados a los troyanos en el palacio. Como ella se había enamorado de él, le habría gustado tenerlo allí por siempre, pero los dioses habían decidido que Eneas había de volver a zarpar, y un día le enviaron órdenes claras de que debía marcharse cuanto antes.

Eneas sabía que Dido haría todo lo posible por retenerlo en Cartago, así que se escabulló mientras la reina dormía, sin tan siquiera despedirse de ella. Cuando Dido despertó y preguntó por él, los barcos de los troyanos apenas se podían ver ya en el horizonte.

Apesadumbrada por la marcha de Eneas, Dido tomó la decisión de acabar con su propia vida. Dio órdenes de poner en una gran pila todo lo que Eneas había estado usando durante su estancia. Entonces, le metió fuego con su propia mano y, tras apuñalarse a sí misma, se echó sobre las llamas, donde murió.

Aunque hoy tenemos otra percepción de acabar con la propia vida, pues siempre hay soluciones a los problemas, en la Antigüedad la gente consideraba un acto de gran nobleza suicidarse en determinadas situaciones límite.

Eneas y sus compañeros, tras abandonar Cartago, ahora iban de vuelta a Sicilia, donde visitaron la tumba de Anquises tras un año de su muerte. Para mostrar respeto por la memoria de su padre, Eneas celebró unos juegos fúnebres, como era costumbre entre los troyanos. Los hombres compitieron en carreras, en boxeo y en tiro con arco, y los niños hicieron una especie de simulacro de competición a caballo.

Cuando terminaron los juegos, los troyanos fueron recorriendo la costa de Italia por un tiempo, hasta que finalmente llegaron a la desembocadura del río Tíber. Cuando Eneas vio el hermoso país que se extendía ante él, mandó a sus hombres remontar el río y ya al atardecer desembarcaron para preparar la cena. Hicieron una especie de tortas y, como no tenían platos, Julo propuso que las usaran como platos.

Todos se sentaron en torno al fuego, y Julo, que estaba muerto de hambre, no tardó en comerse su ración de carne, e inmediatamente se comió la torta que había usado como plato. Mientras se tragaba el último bocado gritó:

—¡Qué hambre tenía! ¡Me he comido incluso el plato en el que estaba servida la comida!

Ante esas palabras Eneas saltó sobre sus pies y gritó que al fin se había cumplido la profecía, y que ahora podían asentarse en el hermoso país al que habían llegado. Al día siguiente fueron recibidos por Latino, el rey del Lacio, quien, tras oír su historia, se acordó de su sueño y le prometió a Eneas que le daría a su hija Lavinia en matrimonio.

La loba y los gemelos

Aunque Eneas había sido bien recibido en el Lacio por el rey, sus problemas no habían terminado aún. Turno, el joven rey al que se le había prometido la mano de Lavinia, estaba furioso por el cambio de parecer y, esperando quedársela él, les declaró la guerra a los extranjeros troyanos.

Durante la guerra, tanto Eneas como Turno mostraron gran coraje. Finalmente se enfrentaron en combate singular, en el que Turno acabó derrotado y muerto; y Eneas, habiéndose librado así de su rival, se casó con la hermosa princesa.

Entonces se asentó en el Lacio, donde construyó una ciudad llamada Lavinio en honor a su esposa. Un tiempo después, Eneas cayó en batalla y fue sucedido por sus hijos. Los troyanos y los latinos estaban ahora unidos y, durante los siguientes cuatrocientos años, los descendientes de Eneas continuaron gobernando, pues este era el reino que los dioses le habían prometido al huir de Troya.

El trono del Lacio finalmente llegó a Numitor, un monarca bueno y sabio. Tenía un hijo y una hija, y poco sospechaba que nadie pudiera tener problema alguno con ninguno de ellos.

Sin embargo, para su desgracia, su hermano Amulio ansiaba obtener el trono. Se aprovechó de la confianza de Numitor y, tras expulsarlo, mató a su sobrino y obligó a su sobrina, Rea Silvia, a hacerse sirvienta de la diosa Vesta.

Las muchachas que servían a la diosa eran llamadas *vírgenes vestales*. Estaban obligadas a permanecer en el templo durante treinta años, y no se les permitía casarse hasta que hubieran terminado su servicio. Su misión era cuidar del fuego sagrado del templo para evitar que se extinguiera, porque tal cosa significaría la desgracia para el pueblo.

Si una virgen vestal no cumplía su labor y dejaba que se apagara el fuego sagrado, o si no mantenía su voto de castidad, el castigo era ser enterrada viva. Con un destino tan terrible en caso de no cumplir con su deber, es de suponer que las muchachas eran muy obedientes, y Amulio consideró que no había peligro de que su sobrina tuviera descendencia mientras sirviera a Vesta.

Sin embargo, se dice que Marte, el dios de la guerra, bajó a la Tierra. Vio a la preciosa Rea Silvia y se enamoró de ella, la sedujo a escondidas y finalmente la convenció para casarse sin decirle nada a nadie.

Durante un tiempo todo fue bien, y nadie sospechaba que Rea Silvia, la virgen vestal, se hubiera casado con el dios de la guerra. Pero un día le fue un mensajero a Amulio para anunciarle que su sobrina había sido madre de gemelos.

El rey se volvió loco ante estas noticias y en vano trató de descubrir el nombre del marido de Rea Silvia. Ella se negó a revelarlo, y Amulio dio la orden de que se la enterrara viva. Sus hijos gemelos, Rómulo y Remo, también habían de morir, pero, en lugar de enterrarlos vivos con la madre, Amulio los puso en una cuna y los dejó a la deriva en el río Tíber.

El rey creyó que los bebés llegarían hasta el mar, donde sin duda acabarían hundiéndose, pero la cuna encalló al poco de que los hombres del rey la perdieran de vista. Allí, el llanto de los hambrientos niños llamó la atención de una loba que pasaba por allí. El pobre animal acababa de perder a sus lobeznos, que había matado un cruel cazador. Así pues, en lugar de comerse a los niños, la loba los amamantó como si fueran los lobeznos que había perdido, y los romanos solían contar a sus hijos que un pájaro carpintero les traía bayas recién cogidas para comer.

De esta forma fueron salvados por los cuidados de la loba y el ave hasta que un pastor se los encontró a la orilla del río. Oyó un extraño ruido entre los matorrales y, al acercarse para comprobar qué era, encontró a los niños con la loba. Por supuesto, el pastor se sorprendió mucho al ver aquello. Se apiadó de los pobres bebés y se los llevó a casa con su mujer, que los crio.

Rómulo funda Roma

Remo y Rómulo, los gemelos amamantados por la loba, crecieron y se hicieron pastores. Eran altos y fuertes, y tan valientes que todos sus compañeros estaban dispuestos a seguirlos a cualquier parte. Un día, mientras cuidaban de sus rebaños por los valles, llegaron unos pastores de Numitor reclamando sus pastos.

Los jóvenes se enfadaron, pero los pastores no se iban, por lo que empezaron a pelear. Como eran solo dos contra muchos, fueron hechos prisioneros y llevados ante Numitor.

Su gran parecido con la familia real pronto levantó las sospechas del anciano rey. Empezó a interrogarlos, y los jóvenes no tardaron en averiguar quiénes eran realmente. Tras todo esto, lograron volver a casa.

Entonces convocaron a un puñado de sus más valientes compañeros, y juntos entraron en la ciudad de Alba, donde vivía Amulio, que fue tomado por sorpresa y acabó muerto en la refriega. Los hermanos se encargaron de devolver el trono a Numitor, su abuelo.

Remo y Rómulo eran incansables y les encantaban las aventuras, por lo que no querían simplemente disfrutar de una vida tranquila en Alba, así que al poco se fueron de la corte de su abuelo para fundar su propio reino. Habían decidido que se asentarían al norte del Lacio, en las riberas del Tíber, en un lugar rodeado por siete colinas. Allí decidieron que construirían su futura ciudad.

Sin embargo, antes de empezar, pensaron en qué nombre le darían a la ciudad. Cada uno quería ponerle su nombre y gobernarla cuando estuviera construida. Como eran gemelos, ninguno estaba dispuesto a ceder, y, como eran testarudos e impulsivos, no tardaron en empezar a pelearse.

Entonces, sus compañeros sugirieron que cada uno se fuera a una colina distinta al día siguiente y dejaran que los dioses resolvieran la cuestión por medio de señales celestiales. Remo, observando el cielo minuciosamente, gritó que vio seis buitres. Inmediatamente después, Rómulo gritó que había visto doce. Por tanto, se le concedió a él nombrar la ciudad, y la llamó Roma.

Lo siguiente era trazar un surco alrededor de la colina elegida como el lugar más favorable: el monte Palatino. Así pues, Rómulo unció juntos un novillo y una novilla y comenzó a arar el sitio en el que habían de construirse las murallas de la ciudad. Remo, decepcionado por no

haber conseguido la victoria respecto al nombre la ciudad, empezó a burlarse de su hermano y, en un arrebato, Rómulo lo mató, diciendo que ese sería el destino de cualquiera que osara burlarse de Roma.

Aunque esto fue un crimen horrible, Rómulo no sintió ningún remordimiento y prosiguió con la fundación de la ciudad. Todos los hombres exaltados e inconformes de los reinos vecinos pronto se unieron a él, y la nueva ciudad, fundada en el 753 a. C., se convirtió de esta forma en el hogar de todos los hombres sin ley de los alrededores.

La ciudad de Roma al principio estaba conformada por una serie de cabañas de barro, y, como Rómulo se había criado entre pastores, se quedó muy satisfecho con su palacio cubierto de juncos y paja. El número de ciudadanos iba creciendo, y la ciudad iba haciéndose más grande y próspera, y no tardó mucho en cubrir dos colinas en lugar de una. En esta segunda colina los romanos construyeron una fortaleza o ciudadela, asentada sobre grandes rocas, que era el lugar más seguro en caso de un ataque enemigo.

El rapto de las sabinas

Como todos los ladrones, asesinos y esclavos fugitivos de los reinos de los alrededores habían acudido a asentarse en Roma, no tardó en haber muchísimos hombres. Sin embargo, muy pocos de ellos tenían esposas, por lo que desde luego las mujeres eran sumamente escasas.

Los romanos, ansiosos por conseguir esposas, trataron de convencer a las muchachas de las ciudades vecinas para que se casaran con ellos; pero, como ya tenían la reputación de ser salvajes y sin ley, todos sus empeños fueron en vano.

Rómulo sabía que los hombres no tardarían en irse si no podían tener esposas, por lo que tomó la resolución de ayudarlos mediante una treta para que consiguieran por las malas lo que no podían conseguir por las buenas. Envió heraldos a los pueblos y aldeas vecinas para que invitaran a la gente a ir a Roma para presenciar unos espectáculos que los romanos iban a celebrar en honor a los dioses.

Como estos espectáculos eran de lucha y boxeo, carreras de caballos y muchas otras formas de probar la fuerza y la habilidad de los hombres, todos aceptaron la invitación de buena gana, por lo que fueron en masa a Roma, desarmados y con atuendos ligeros. Familias enteras fueron a contemplarlos y, entre los espectadores, había muchas mujeres jóvenes que los romanos deseaban por esposas.

Rómulo esperó hasta que los juegos estuvieran en su apogeo. Entonces, de repente dio una señal, y todos los jóvenes romanos atraparon a las chicas y se las llevaron a sus casas, a pesar de sus llantos y forcejeos.

Los padres, hermanos y novios de las muchachas capturadas las habrían defendido, pero habían acudido a los juegos desarmados, por lo que no pudieron hacer nada. Como los romanos se negaron a devolver a las chicas, ellos corrieron a sus casas a tomar las armas, pero, cuando regresaron a Roma, las puertas de la ciudad estaban cerradas.

Mientras estos hombres se preparaban para la guerra fuera de Roma, las doncellas raptadas habían sido obligadas a casarse con sus captores, que juraron que nadie había de quitarles sus esposas. La mayoría de estas mujeres eran procedentes de las aldeas sabinas.

Los romanos no habían tenido gran dificultad en derrotar a otros enemigos, pero no fue lo mismo con los sabinos. La guerra con ellos duró un largo tiempo, pues ninguno de los bandos era mucho más

fuerte que el otro.

Finalmente, al tercer año, los sabinos sobornaron a Tarpeya, la hija de uno de los guardianes de las puertas de la muralla. Esta muchacha era tan superficial y le gustaban tanto las joyas que habría hecho cualquier cosa por tener más. Por tanto, prometió a los sabinos abrirles las puertas durante la noche si cada uno de los guerreros le daba lo que llevaba en el brazo izquierdo, pues los sabinos solían llevar un gran brazalete de oro en la izquierda.

Los sabinos le prometieron darle lo que pedía, y Tarpeya abrió las puertas. Cuando los guerreros pasaron a su lado, ella pidió su recompensa, y los sabinos, despreciando su mezquindad, le arrojaron sus pesados escudos de bronce, pues los soldados siempre llevaban los escudos en el brazo izquierdo.

Tarpeya acabó aplastada bajo el peso de todos aquellos pesados escudos. Cayó a los pies de un empinado acantilado, que desde entonces se conoció como *Roca Tarpeya*. Desde aquel acantilado los romanos solían arrojar a los criminales para que murieran de la caída. Así, durante siglos muchas otras personas murieron en el mismo lugar en que la desleal muchacha había estado el día en que ofreció vender la ciudad al enemigo a cambio de un puñado de joyas.

Unión de sabinos y romanos

El ejército sabino había tomado la ciudadela gracias a la vanidad de Tarpeya, y al día siguiente hubo una lucha desesperada entre ellos y los romanos que vivían en el monte Palatino. Primero los romanos fueron rechazados, pero luego lo fueron los sabinos, y finalmente ambos bandos se retiraron a descansar.

Estaban a punto de reemprender la batalla, y los dos ejércitos estaban tan solo a unos pasos de distancia, amenazándose con las armas levantadas y feroces miradas, cuando de repente todas las mujeres se lanzaron fuera de sus casas y se metieron entre los dos ejércitos.

Agitadas de miedo por la vida de sus maridos por un lado, y la de sus padres y hermanos por otro, les suplicaron a ambos bandos que dejaran de luchar. Aquellas que ya habían tenido bebés con los romanos los sostenían en lo alto, entre los dos ejércitos, y al ver a aquellos niños inocentes los dos bandos depusieron su cólera.

Por tanto, en vez de seguir luchando, los romanos y los sabinos acordaron abandonar las armas y hacerse amigos. Se firmó un tratado mediante el cual los sabinos estaban invitados a ir a vivir a Roma, y Rómulo incluso acordó compartir su trono con el rey sabino, Tacio.

De esta forma los dos pueblos rivales se unieron en uno, y, cuando Tacio murió, los sabinos estuvieron dispuestos a obedecer a Rómulo, que al principio fue un rey excelente y dio muchas sabias leyes.

Como era un gran desafío gobernar en solitario a un pueblo tan indisciplinado, Rómulo formó una asamblea con los hombres más veteranos y respetados, a quienes dio el nombre de senadores. Al principio los senadores eran los consejeros del rey, pero posteriormente también tenían el derecho de crear leyes por el bien del pueblo y hacer que se cumplieran.

Los hombres más jóvenes y activos eran nombrados caballeros o ecuestres, que eran los que podían luchar a caballo en tiempos de guerra; pero con el paso del tiempo ese título quedó reservado solo para los que tenían una cantidad importante de riquezas.

Los hijos y familiares de los senadores y caballeros y los habitantes iniciales de Roma recibieron el nombre de patricios o nobles, mientras que los que eran conquistados o iban a vivir a Roma posteriormente eran llamados plebeyos, es decir, la gente normal.

Muerte de Rómulo

Se dice que Rómulo fue rey de los romanos durante treinta y siete años. Aunque al principio fue un buen gobernante, no tardó en hacerse soberbio y cruel. Como era el rey, quería salirse siempre con la suya con cualquier cosa, y, como pronto dejó de importarle si lo que él quería era bueno para los romanos, el pueblo empezó a odiarlo.

Alguien que piensa solo en sí mismo no puede tener amigos de verdad, y Rómulo pronto se quedó solo; pero, aunque el pueblo lo odiaba, le tenían demasiado miedo como para desafiarlo abiertamente y mostrarle su desagrado.

Un día que Rómulo y todo el pueblo se habían marchado a la llanura más allá de la ciudadela, de repente se levantó una tormenta. Se puso todo tan oscuro que la gente huyó aterrorizada, abandonando a los senadores y al rey a su suerte.

Cuando pasó la tormenta, los romanos volvieron. Sin embargo, para su sorpresa, Rómulo no estaba por ninguna parte. Estuvieron buscándolo, pero nadie era capaz de encontrarlo. La gente estaba extrañadísima y todos hablaban de aquella repentina desaparición, preguntándose qué podría haber sido de él, cuando uno de los senadores se puso en pie y pidió silencio.

En cuanto pudo hablar, el hombre les dijo a los romanos reunidos que él había visto a Rómulo siendo llevado al cielo. Dijo que el rey había anunciado que se iba a vivir entre los dioses, y que deseaba que su pueblo lo venerara bajo el nombre de Quirino.

Los romanos de aquellos días eran tan crédulos y supersticiosos que se creyeron todo lo que les dijo aquel hombre. Por tanto, construyeron un templo en la colina desde la que Rómulo había sido llevado al cielo, según aquel senador. Aquella colina fue conocida como monte Quirinal, y durante muchos años los romanos honraron a Rómulo, el fundador de su ciudad, y su primer rey, al que ahora llamaban Quirino.

Más adelante en la historia, los romanos dejaron de creer que Rómulo hubiera sido llevado al cielo, y muchos pensaron que los senadores estaban tan cansados de la tiranía del rey que lo asesinaron durante la tormenta, despedazaron su cuerpo y se lo llevaron a trozos escondidos bajo sus togas.

Las extrañas señales de los romanos

Aunque el senador les había dicho a los romanos que Rómulo se había marchado para nunca volver, no eligieron otro rey de inmediato. Temían que su primer gobernante fuera a volver, por lo que dejaron que gobernara el senado por un tiempo.

Conforme pasaba el tiempo sin noticias del desaparecido rey, poco a poco fueron estando seguros de que no volvería ya, y finalmente eligieron a un nuevo gobernante. Se trataba de Numa Pompilio, un sabino sabio, justo, amable y muy bueno.

El nuevo rey de Roma era un hombre piadoso y construyó muchos templos para adorar a los dioses. Uno de ellos, redondo y apartado, estaba al servicio de Vesta, la diosa del hogar, cuyo fuego era custodiado día y noche por las vírgenes vestales.

Numa también construyó un templo cuadrado en honor al dios de dos caras Jano, el patrón de los comienzos, y por eso el primer mes del año fue llamado *Ianuarius*, o mes de Jano.

El templo de Jano fue construido en forma de entrada, y el rey ordenó que las puertas habían de permanecer abiertas en tiempos de guerra, para que la gente pudiera ir libremente a rezar, y cerradas solo en tiempos de paz, cuando no había necesidad de la ayuda del dios.

El segundo rey de Roma era tan sabio que mucha gente se creía que estaba aconsejado por una ninfa, concretamente una náyade llamada Egeria. Decían que vivía en una fuente cerca de Roma, en un hermoso lugar que al rey le gustaba visitar; y cada vez que iba allí para pensar en paz, creían que era para consultar a Egeria.

Numa Pompilio no era nada ambicioso y no tenía deseos de ser rey. Por tanto, había aceptado el puesto bajo la condición de que la gente le obedeciera y tratara de ser buena.

Como todo el mundo sabe, los romanos eran un pueblo guerrero, y hasta entonces siempre habían estado en guerra con unos vecinos u otros. Pero el nuevo rey les hizo mantener la paz y cerró las puertas del templo de Jano. Entonces enseñó a los romanos a arar los campos y les mandó que sembraran y cosecharan grano, y les mostró que la labranza era una ocupación mucho mejor y provechosa que la guerra.

La gente era muy supersticiosa y pensaba que las estrellas, el tiempo, el vuelo de los pájaros y las acciones de ciertos animales eran señales de lo que había de ocurrir, si se era capaz de entenderlas

correctamente. Por tanto, Numa dijo que debía haber dos grupos de sacerdotes, cuya misión era transmitir los deseos de los dioses de forma que el pueblo pudiera entenderlo.

En primer lugar, estaban los pontífices: sacerdotes que tenían a cargo todo culto público y decían a la gente qué días eran propicios y cuáles no.

La otra compañía de sacerdotes eran los augures. Observaban los cambios en el tiempo, el vuelo de las aves y el comportamiento de los gansos que vivían en el templo. Observando todo esto cuidadosamente, pensaban que podían predecir el futuro, y la gente a menudo les preguntaba por el significado de ciertas señales, como la repentina aparición de algún pájaro o animal a la derecha o a la izquierda cuando iban a emprender un viaje.

Por supuesto, todo esto eran sandeces, y aun así todavía hay gente que cree en este tipo de cosas. Los romanos creían en este tipo de señales, y los augures supuestamente sabían todo sobre ellas y se las explicaban al pueblo.

Además de los pontífices y augures, había otra clase menos importante de sacerdotes, los arúspices, que predecían el futuro por medio de sacrificios. En aquellos días los romanos solían ofrecer toros, cabras, ovejas y otros animales en los altares de los dioses. Era el trabajo de estos sacerdotes matar los animales, abrirlos, quemar ciertas partes y examinar cuidadosamente las vísceras de las víctimas.

Los arúspices creían que podían ver señales en los cuerpos de los animales que habían sacrificado, y que estas señales les daban información muy importante. Por supuesto, todo esto eran patrañas, pero los romanos entonces creían que los sacerdotes podían averiguar de esta forma muchas cosas sobre el futuro.

Como estos romanos vivieron hace mucho tiempo y no tenían muchas posibilidades de aprender, es normal que pensaran y creyeran estas cosas, pues no hay vergüenza en ser ignorante cuando uno no ha tenido la posibilidad de aprender; pero sí es una gran vergüenza ser ignorante cuando uno tiene la posibilidad de una buena educación y tener profesores que explican lo que uno no sabe aún. Hoy en día, cuando la gente cree en este tipo de señales, se dice simplemente que son supersticiosos.

El conflicto con Alba

Por mucho tiempo, el pueblo romano tuvo la costumbre de enterrar a sus muertos, pero poco a poco fueron cambiando a quemar los cuerpos y guardar las cenizas en pequeñas urnas.

Sin embargo, cuando Numa Pompilio murió, la gente puso su cuerpo en un sarcófago de piedra. Muchos años después, según los romanos, un granjero, mientras araba, se topó con la tumba. La abrió y en el sarcófago encontró, además de los huesos del rey, unos cuantos libros viejos. En ellos estaban escritas las leyes que Numa Pompilio había dado a su pueblo y una relación de las ceremonias religiosas de su tiempo.

El granjero, por desgracia, era un hombre inculto. Se imaginó que tales libros, viejos y mohosos, carecían de valor, así que los quemó. Al hacer eso, destruyó un tesoro de gran importancia, pues, si hubiera conservado esos antiguos libros, sabríamos mucho más sobre los primeros romanos.

Como Numa era un rey tan bueno y sabio, la gente sintió mucha pena al perderlo, y se decía que incluso la náyade Egeria lloró su muerte. Las madres romanas solían decir a sus hijos que esta ninfa lloraba tanto que los dioses, por piedad, la transformaron en una fuente, que todavía tiene su nombre.

Numa Pompilio no tenía hijos que ocuparan su lugar en el trono, por lo que los senadores eligieron a Tulo Hostilio, un patricio, como el tercer rey de Roma. Al contrario que el rey anterior, el nuevo gobernante era soberbio y beligerante; y, como disfrutaba la batalla, los romanos no tardaron en ser llamados a las armas.

En primer lugar, Tulo peleó con sus vecinos de Alba, la ciudad donde Amulio y Numitor habían reinado. Ninguno de los dos pueblos estaba dispuesto a claudicar ante el otro, pero tampoco querían ser ellos los que comenzaran el derramamiento de sangre, pues veían que sus fuerzas estaban empatadas, y que la lucha solo acabaría con sus muertes. Como no podían esperar eternamente, los dos bandos finalmente decidieron concluir la disputa mediante un combate de tres guerreros de cada uno.

Los albanos eligieron como sus campeones a tres hermanos, los Curiacios, todos conocidos por su fuerza, su coraje y su gran habilidad en el manejo de las armas. Los romanos eligieron también cuidadosamente a tres hermanos de la familia de los Horacios.

Durante los días pacíficos con Numa Pompilio, mucho antes de que hubiera perspectivas de guerra, los romanos y los albanos se habían visitado a menudo, y los Horacios y los Curiacios eran amigos. De hecho, las dos familias eran tan cercanas que uno de los Curiacios se iba a casar con Camila, la hermana de los Horacios.

A pesar de esta antigua amistad, las dos familias habrían considerado una vergüenza no luchar si habían sido elegidos como campeones; y a pesar de las lágrimas y ruegos de Camila, los seis jóvenes se prepararon para el cercano duelo.

La pobre Camila había perdido la esperanza, pues o sus hermanos mataban a su prometido, o él los mataría a ellos. Sin importar el desenlace de la batalla, había de traerle una gran pena y pérdida, pues amaba tanto a sus hermanos como a su prometido; y trató una y otra vez de hacerles desistir de luchar los unos contra los otros.

El combate entre los Horacios y los Curiacios

Los romanos y los albanos se habían reunido todos para presenciar la batalla entre sus campeones, y aguardaban ávidamente la pelea que había de decidir su destino. Habían acordado que la nación que ganara gobernara sobre la que fuera derrotada en la lucha que estaba a punto de comenzar.

Animados a darlo todo por el sentimiento de que tanto dependía de su valor, los Horacios y los Curiacios se encontraron. Los romanos y los albanos, colocados a uno y otro lado, observaban el encuentro con el corazón encogido y ensordecedor silencio.

Los seis jóvenes eran igualmente valientes y bien entrenados, pero no pasó mucho tiempo cuando dos de los Horacios habían caído ya para no volver a levantarse. Solo quedaba uno de los campeones romanos para defender su causa, pero estaba intacto, mientras que sus tres contrincantes habían recibido varias heridas.

Aun así, los Curiacios todavía podían pelear, y los tres centraron su atención en el último Horacio. Esperaban despacharlo rápido para asegurar la victoria de Alba, antes de que perdieran demasiada sangre y se debilitaran en medio de la pelea.

El campeón romano sabía que no sería capaz de mantener a raya a estos tres enemigos, y se dio cuenta de lo ansiosos que estaban por terminar la batalla cuanto antes. Para evitarlo, decidió separarlos, si podía, para enfrentarse a ellos uno a uno.

Por tanto, les hizo creer que huía, y los Curiacios lo persiguieron según sus fuerzas mientras se burlaban de su cobardía y le decían que se atreviera a luchar. Los tres jóvenes heridos corrían tan rápido como podían, y llegó el momento en que estaban alejados unos de otros, pues aquel cuyas heridas eran más superficiales había dejado a los otros dos atrás.

El Horacio se volvió, vio que sus enemigos estaban ahora bien apartados unos de otros, y se lanzó contra ellos para atacarlos. Tuvo lugar un breve y violento combate, en el que cayó el primer Curiacio, justo cuando uno de sus hermanos acudía a ayudarlo.

Matar al segundo, debilitado como estaba por la pérdida de sangre y por el esfuerzo de tanto correr, fue cuestión de un momento: el segundo Curiacio cayó por la espada de su rival justo cuando el último

de los hermanos albanos lo alcanzaba. Con el coraje que da la desesperación, este Curiacio trató de atacar al Horacio, pero también cayó, dejando la victoria al romano, el único superviviente entre los seis valientes guerreros que habían comenzado el combate.

Los romanos habían visto caer a dos de sus campeones, y que el tercero emprendía lo que parecía una vergonzosa huida; y creyeron que habían perdido su honor y libertad. ¡Cómo se alegraron cuando vieron volverse al Horacio y matar a los enemigos uno a uno, para acabar victorioso en el campo de batalla! Mientras los romanos jaleaban a su héroe, el rey albano se acercó y dijo públicamente que él y su pueblo obedecerían a Roma.

Mientras los albanos enterraban a sus muertos y lamentaban la pérdida de su libertad, los romanos llevaron a su joven campeón de vuelta a la ciudad, con celebración y alegría. Regaron de alabanzas y halagos al joven, que, como señal de victoria, se había puesto el manto bordado de uno de sus adversarios.

Todos lo recibieron llenos de gozo mientras entraba en la ciudad; todos, menos su hermana Camila. Cuando vio el manto que ella misma había tejido y bordado para su amado, rompió a llorar. En su congoja, no fue capaz de callarse, y echó en cara a su hermano que matara a su prometido.

Horacio, enfadado por ser criticado de esa forma, le ordenó a Camila que se secara las lágrimas, y le dijo que no era digna de ser romana, pues recibía el triunfo de su ciudad con llanto. Ella seguía llorando tras aquel duro reproche, por lo que Horacio alzó el brazo y le dio una mortal estocada con la misma espada con la que había acabado con su amado.

El contemplar aquel desalmado asesinato encolerizó tanto a los romanos que querían sentenciar al joven a muerte, a pesar del servicio que acababa de hacer a su país. Pero su anciano padre les imploró que le perdonaran la vida. Dijo que ya había perdido dos hijos en el campo de batalla, donde habían dado su vida por Roma, que también acababa de perder a su querida hija Camila, y que le dejaran al último hijo aunque fuera solo por lo avanzado de su propia edad.

Cuando Tulo Hostilio oyó aquel lastimero ruego, prometió perdonar al joven Horacio con la condición de que llevara al ejército romano a Alba para destruir las murallas de aquella antigua ciudad, tal y como había sido acordado. Entonces, los albanos fueron llevados a Roma y se asentaron al pie del monte Celio, una de las siete colinas de la ciudad.

Mediante otras conquistas, Tulo aumentó el número de su gente aún más; pero, como las calles aún no estaban pavimentadas y no había sistemas de drenaje, la ciudad no tardó en ser bastante insalubre, por lo que estalló una peste que hizo enfermar y morir a muchos, entre ellos el pobre Tulo Hostilio.

Tarquinio y el águila

Como Tulo Hostilio había muerto, los romanos quisieron elegir a un nuevo rey, y pronto eligieron a Anco Marcio, un nieto del bueno y piadoso Numa Pompilio, que les había gobernado tan bien. El nuevo gobernante era también muy sabio y bueno. Aunque no pudo mantener la paz con todos sus vecinos, como había hecho su abuelo, nunca fue a la guerra excepto cuando se vio obligado a ello.

Había ahora tanta gente en Roma que no era fácil gobernarlos como antes. De hecho, había tantos malhechores que Anco se vio obligado pronto a construir una prisión en la que se pudiera encerrar a los criminales mientras esperaban el juicio. La prisión estaba construida de la forma más sólida posible, con gruesos muros de piedra. Era tan fuerte que todavía existe, y se pueden incluso visitar las profundas y oscuras mazmorras donde los prisioneros estaban encerrados hace más de dos mil seiscientos años.

Durante el reinado de Anco Marcio, como en el de los reyes antes que él, acudieron muchos extranjeros a asentarse en Roma. Se vieron atraídos hasta allí por el rápido crecimiento de la ciudad, por la libertad de la que disfrutaban sus ciudadanos y por las oportunidades de hacerse ricos y poderosos.

Entre estos extranjeros había un griego acaudalado que había vivido un tiempo en la ciudad vecina de Tarquinia. Este hombre es conocido en la historia como Tarquinio Prisco, un nombre que le recordaba a la gente dónde había estado viviendo antes de llegar a Roma.

Como Tarquinio era rico, no fue a Roma a pie, sino en un carruaje con su mujer Tanaquil. Mientras iban de camino, se les apareció un águila y, después de volar en círculos sobre ellos por un rato, de repente se tiró en picado y le quitó el sombrero que llevaba Tarquinio en la cabeza. Un momento después volvió a bajar de los aires y le puso de nuevo el sombrero en la cabeza sin hacerle ningún daño.

Esto es algo que las águilas no hacen, y Tarquinio se preguntó qué podría significar. Tras pensar un rato sobre el asunto, le preguntó a su esposa, Tanaquil, que sabía bastante sobre señales divinas; y ella dijo que significaba que llegaría a ser rey de Roma. Esta profecía le gustó mucho a Tarquinio, porque era ambicioso y le encantaba mandar.

Tarquinio y su esposa eran tan ricos y poderosos que fueron bien recibidos por los romanos. Se fueron a vivir en la parte alta de la ciudad, gastaban su dinero de forma generosa, trataban de ser tan

amables como era posible y pronto hicieron una gran cantidad de amigos entre los patricios.

Anco Marcio se hizo amigo de Tarquinio y, considerándolo un buen consejero, a menudo lo hacía llamar para hablar sobre los asuntos del Estado. Poco a poco, el hombre fue haciéndose más y más íntimo del rey, y cuando Anco murió, después de reinar unos veinticuatro años, nadie se sorprendió al escuchar que le había dejado a Tarquinio el cuidado de sus dos hijos.

Los jóvenes romanos

Como hemos visto, los romanos solían salir victoriosos en las guerras que hicieron contra sus vecinos. Sin embargo, tenían éxito solo porque estaban extraordinariamente bien entrenados.

No muy lejos de la ciudadela había una amplia llanura, con el Tíber a un lado. Este espacio estaba apartado, desde el principio, con el objetivo de ser un campo de entrenamiento para los jóvenes de Roma, a los que se les enseñaba a desarrollar los músculos de muchas formas. Los hombres jóvenes se reunían allí todos los días para practicar, hacer carreras, luchar, boxear y nadar en el Tíber.

Estos ejercicios diarios en el Campo de Marte, como se llamaba la llanura, no tardaron en hacerlos valientes, robustos y expertos; y, como un verdadero romano consideraba indigno no pelear, el rey tenía multitud de soldados a su disposición.

Anco Marcio había animado mucho a los jóvenes para que hicieran todos estos ejercicios atléticos, y a menudo salía a observarlos durante su rutina diaria. También se interesaba mucho por el ejército, y dividió a los soldados en regimientos o legiones, como se las llamaba en Roma.

Como la ciudad estaba junto al río, a unos veinticuatro kilómetros del mar, Anco pensó que sería bueno tener un puerto que conectara el río y el mar, así que construyó el puerto de Ostia, una ciudad en la desembocadura del Tíber. Entre la ciudad y el puerto había un camino largo y recto que fue construido con gran cuidado y de forma tan sólida que aún está en uso.

Para que duraran tanto, las vías se hacían de forma diferente a como se hacen hoy. Los romanos cavaban una profunda zanja de la misma anchura y longitud que la calzada que iban a construir. Entonces llenaban la zanja casi al completo de piedras de diferentes tamaños, colocadas muy apretadas entre sí. Encima de esta capa colocaban grandes bloques de piedra, que formaban un pavimento fuerte y nivelado. Un camino como este, con una base sólida de buena profundidad, no se desgastaba con la lluvia, con lo que estaba siempre en buen estado.

Poco a poco los romanos construyeron muchos caminos, que salían de Roma en todas direcciones. De aquí salió el dicho, que todavía hoy se usa a menudo: «todos los caminos llevan a Roma».

La más famosa de todas las calzadas romanas fue la Vía Apia, que iba

de Roma hacia el sureste hasta Bríndisi, una distancia de más de quinientos kilómetros. Este camino, aunque se construyó hace más de dos mil años, todavía está en buen estado, lo que demuestra cuán cuidadosamente hacían su trabajo los romanos.

La sabiduría y poder de los augures

Tarquinio se había quedado al cargo de los hijos de Anco Marcio, pero, como estaba ansioso por ser él mismo rey de Roma, dijo que los muchachos eran demasiado jóvenes como para reinar sabiamente, y no tardó en convencer a la gente de que le dieran la corona a él.

Aunque Tarquinio obtuvo de esta forma el poder injustamente, al final resultó ser un muy buen rey e hizo todo lo que pudo para mejorar y embellecer la ciudad de Roma. Para hacer el lugar más salubre y evitar otra peste como la que había matado a Tulo Hostilio, construyó un gran alcantarillado por toda la ciudad.

Fue conocido como Cloaca Máxima, y también servía para drenar el agua de los lugares cenagosos entre las colinas sobre las que estaba construida Roma. Como Tarquinio sabía que el trabajo bien hecho se conserva mucho tiempo, puso mucho esfuerzo en la construcción del alcantarillado.

Lo había hecho tan grande que diversos grupos de bueyes podían pasar unos junto a otros, y el trabajo se hizo tan bien que todavía hoy se usa en el drenaje.

Uno de los lugares que drenaba el alcantarillado era el foro, un sitio abierto que se usaba como mercado y que Tarquinio rodeó de galerías. Allí los romanos solían ir a comprar y vender y a hablar sobre lo que ocurría en el día a día. Más tarde en la historia, también iban allí a hablar de política, y en el centro del foro se erigió una tribuna desde la que se podían pronunciar discursos.

Tarquinio también construyó un enorme circo abierto para los romanos, a quienes les encantaba ver todo tipo de juegos y espectáculos. Para hacer la ciudad más segura, empezó a construir una fortaleza nueva y sólida en lugar de la antigua ciudadela. Esta fortaleza a veces era llamada Capitolio, y de ahí que la colina sobre la que estaba se llamara Capitolina. El rey también dio órdenes de construir una gran muralla alrededor de toda la ciudad de Roma.

Como esta muralla no estaba terminada cuando murió Tarquinio, fue completada por el siguiente rey. La ciudad era por entonces tan grande que cubría las siete colinas de Roma: Palatina, Capitolina, Quirinal, Celia, Aventina, Viminal y Esquilina.

Poco después de que Tarquinio llegara al poder, aumentó el tamaño del ejército. También decidió que lo escoltaran siempre doce hombres llamados lictores, que llevaban unas varas unidas, y en el centro de

todas había un hacha. Las varas significaban que quien desobedeciera sería azotado, y las hachas, que los criminales serían decapitados.

Durante el reinado de Tarquinio, los augures se volvieron cada vez más atrevidos, y a menudo decían que las señales estaban en contra de las cosas que el rey quería llevar a cabo. Esto enfadó a Tarquinio, que deseaba deshacerse de los obstinados sacerdotes, pues, al hacer como que sabían la voluntad de los dioses, eran más poderosos que él.

El más importante de estos augures, Ato Navio, era uno de los hombres más inteligentes de su tiempo. Tarquinio sabía que, si era capaz de demostrar que se equivocaba, podría desestimar lo que cualquiera de los augures dijera. Por tanto, el rey mandó llamar al augur un día y le preguntó si lo que él estaba pensado podía hacerse o no.

El augur consultó las señales habituales y, tras la debida consideración, respondió que sí podía hacerse.

—Pero —dijo Tarquinio, sacando una cuchilla y un guijarro de entre los amplios pliegues de su manto— me estaba preguntado si sería capaz de cortar este guijarro con esta cuchilla.

—¡Corta! —dijo el augur con decisión.

Se dice que Tarquinio obedeció y que, para su inmensa sorpresa, la cuchilla cortó el guijarro tan limpia y fácilmente como si fuera arcilla. Tras esta demostración del poder de los augures, Tarquinio no volvió a atreverse a oponerse a sus decisiones y, aunque era el rey, no hizo nada sin la aprobación de los sacerdotes.

El asesinato de Tarquinio

Tarquinio tuvo que luchar en muchas guerras durante su reinado. Una vez se llevó a casa a una prisionera, que entregó a su mujer como sirvienta. Esto no era nada inusual, pues los romanos solían hacer esclavos a los prisioneros de guerra, que se veían obligados a pasar el resto de su vida sirviendo a los vencedores.

Poco después de su llegada a la casa de Tarquinio, esta mujer dio a luz a un niño; y un día Tanaquil se sorprendió al ver sobre la cabeza del bebé una llama, pero que no lo quemaba. Tanaquil era muy supersticiosa y creía poder averiguar el significado de cada señal. Al momento exclamó que sabía que el niño estaba destinado a grandes cosas, y lo adoptó como su propio hijo y lo llamó Servio Tulio.

El hijo de la esclava creció en la casa del rey, y cuando ya fue adulto se casó con la hija de Tanaquil. Este matrimonio disgustó sobremanera a los hijos de Anco Marcio. Los jóvenes príncipes tenían la esperanza de ser elegidos reyes en cuanto muriera Tarquinio, pero veían que Servio Tulio siempre tenía preferencia en todo. Empezaron a temer que fuera a heredar el trono, y no tardaron en cogerle manía.

Para evitar que Servio llegara a ser rey, resolvieron deshacerse de Tarquinio y tomar posesión de la corona antes de que su rival tuviera ninguna oportunidad de adelantárseles. Contrataron a un asesino para matar al rey, y, en cuanto tuvo una buena ocasión, se infiltró en el palacio y atacó a Tarquinio con una hachuela.

Mientras el asesino huía, Tarquinio se derrumbó en el suelo; pero, a pesar del repentino intento de asesinato de su marido, Tanaquil no perdió la compostura. Al momento lo puso en un banco, donde murió poco después. Entonces envió un mensaje al senado: que Tarquinio estaba gravemente herido, y que deseaba que Servio gobernara en su lugar hasta que se recuperara.

Tanaquil controló la situación tan habilidosamente que nadie sospechó que el rey estuviera muerto. Los hijos de Anco Marcio huyeron de Roma cuando oyeron que Tarquinio solo estaba herido, y durante su ausencia Servio Tulio gobernó a los romanos más de un mes.

Fue tan sabio y diligente en todas las gestiones con el pueblo que lo eligieron sexto rey de Roma cuando finalmente se enteraron de que Tarquinio había muerto. De esta forma, los dos malvados príncipes perdieron el derecho al reino que habían tratado de obtener por medio

de un crimen tan ruin como el asesinato.

Los malvados hijos de Tarquinio y Servio

Aunque Servio Tulio era el hijo de una esclava y había obtenido la corona por casualidad, resultó ser un excelente rey. Como él mismo había sido pobre, era muy considerado con las clases más bajas de Roma. No solo ayudaba a los pobres a pagar sus deudas, sino que también dio órdenes de que parte de la tierra pública se repartiera entre los plebeyos, de modo que pudieran mantenerse con una granja.

Como él mismo había sido esclavo, también se compadeció de la dura vida de los esclavos romanos e hizo leyes en su favor. Incluso dijo que había que liberarlos si servían a sus amos lealmente por una determinada cantidad de tiempo o si pagaban una cantidad suficiente de dinero.

Los esclavos que habían obtenido de esta forma la libertad eran llamados *libertos*. Aunque a menudo permanecían empleados por sus antiguos amos, ya no eran tratados como esclavos, sino que se les pagaba por todo lo que hacían. Poco a poco el número de estos libertos fue creciendo, y la esclavitud no era vista como algo tan terrible, pues existía la oportunidad de llegar a ser libre.

Por orden de Servio Tulio, todos los romanos se reunían una vez cada cinco años en el Campo de Marte. Allí se los contaba cuidadosamente, y todos los hombres debían dar cuenta exacta de su familia y sus propiedades. De esta forma, el rey sabía cuántos patricios, plebeyos, libertos y esclavos había en Roma; y el proceso de contar a la gente de esta forma fue llamado *censo*.

Antes de que los romanos reunidos pudieran marcharse a casa desde el Campo de Marte, los sacerdotes celebraban una ceremonia religiosa para purificar toda la ciudad, llamada *lustro*. Como pasaban cinco años de una ceremonia a otra, ya los romanos contaban el tiempo en lustros para marcar cada cinco años, igual que ahora se usa más frecuente *década* para los diez años.

Servio habría hecho muchas más reformas en Roma si no hubiera acabado como acabó. Aunque no tenía hijos que le sucedieran, tenía dos hijas adultas de muy diferente naturaleza. Una de ellas era muy buena y amable, mientras que la otra era malvada y violenta.

Servio deseaba que sus dos hijas tuvieran una vida cómoda, por lo que las entregó en matrimonio a los hijos de Tarquinio. Estos dos jóvenes

hombres también eran de carácter muy diverso. Uno era tan cruel y soberbio que llegó a ser conocido como Tarquinio el Soberbio, para distinguirlo de su padre. A este príncipe Servio le dio su hija buena.

La hija malvada, Tulia, fue entregada al príncipe de buena naturaleza; pero ella lo despreciaba a él precisamente por su amabilidad y bondad. Tulia y Tarquinio el Soberbio eran tan similares en carácter y gustos que no tardaron en enamorarse el uno del otro y quisieron casarse.

Como los dos ya estaban casados, era impensable incluso para ellos considerar tal cosa, pero eran tan malvados que acordaron asesinar a sus benévolas parejas para entonces sí poder casarse entre ellos. Este plan lo llevaron a cabo rápidamente, y, como un acto malvado siempre lleva a otro, en cuanto se casaron comenzaron a planear el siguiente crimen.

Tanto Tarquinio el Soberbio como Tulia, su esposa, eran muy ambiciosos y deseaban hacerse con el trono; y pronto maquinaron asesinar a Servio Tulio, de modo que pudieran reinar en su lugar.

Según el plan que habían trazado, Tarquinio fue un día al senado, y allí, dirigiéndose a Servio Tulio con osadía, le pidió públicamente la corona: dijo que tenía más derecho, pues era el verdadero heredero del primer Tarquinio.

Servio no prestó atención a aquella insolente petición, y Tarquinio, al ver que su suegro no hacía nada, de repente lo agarró del pie, lo arrastró desde el trono y lo tiró escaleras abajo hasta la calle.

Esta terrible caída aturdió al rey, y por un rato todos creyeron que había muerto. Sus amigos estaban a punto de llevárselo, cuando abrió los ojos lentamente. Tarquinio, al ver que Servio no estaba muerto, dio órdenes a sus sirvientes de matar al rey y gritó a voces que cualquiera que se atreviera a entrometerse había de morir también.

Asustados por aquella terrible amenaza, ninguno de los romanos se atrevió a moverse, y Servio fue asesinado ante sus ojos. Ni siquiera se atrevieron a tocar el cuerpo ensangrentado y sin vida del rey asesinado, sino que lo dejaron tirado en medio de la calle. Entonces siguieron sumisamente al cruel Tarquinio al senado, donde tomó posesión del trono como séptimo rey de Roma.

Los libros misteriosos

Mientras tanto, Tulia esperaba impacientemente noticias del asesino de su padre y se preguntaba si habría pasado algo que arruinara los planes en los que ella había ayudado a su marido. Demasiado impaciente como para esperar más, finalmente ordenó a sus sirvientes que prepararan el carro, y entonces fue a buscar a Tarquinio.

Cuando el carro giró en una calle estrecha que llevaba al senado, el conductor detuvo repentinamente a los caballos. Tulia le preguntó por qué había parado. El hombre le dijo que no podía pasar porque el cuerpo del rey estaba tirado en medio de la calle; pero ella, al oír aquello, le dijo con gran malevolencia que pasara por encima.

Se dice que la sangre del padre salpicó a la inhumana hija, y así hizo aparición en el senado para felicitar a su malvado marido por el éxito de su plan. Este horrible acto de crueldad nunca fue olvidado en Roma, y la calle donde tuvo lugar el asesinato fue conocida como Calle de la Infamia, y siempre fue considerada desafortunada.

El nuevo rey no tardó en mostrar lo apropiado del sobrenombre de Soberbio. Cuando el pueblo fue a pedirle permiso para enterrar al rey muerto, Tarquinio dijo:

—Rómulo, el fundador de Roma, no necesitó funeral: tampoco Servio.

Un hombre que no tiene reparos en asesinar para obtener el trono es alguien de muy mal corazón, y Tarquinio se hizo incluso más cruel en la forma de gobernar a la gente de Roma. Los pobres estaban obligados a trabajar día y noche en los edificios que él quería erigir, y trató a muchos de los nobles de tan malas formas que abandonaron Roma y se fueron a vivir a la ciudad vecina de Gabios.

Uno de los edificios principales construidos por Tarquinio, a expensas de mucho sufrimiento para los pobres, fue un templo al servicio del dios Júpiter. Por lo visto, cuando los obreros cavaban los cimientos, se encontraron con una calavera muy bien conservada.

Como los romanos eran muy supersticiosos, inmediatamente llamaron a los augures para que interpretaran el significado de aquel descubrimiento. Tras algo de reflexión, los augures dijeron que era una señal de que los dioses iban a hacer de aquel lugar la cabeza del mundo.

La palabra en latín que significa 'cabeza' era *caput*, y los romanos de tiempos posteriores pensaron que esta fue la razón del nombre de

Capitolio, como siempre se llamó el templo de Júpiter. Este famoso edificio estaba en el monte Capitolino, no lejos de la ciudadela de la que ya hemos hablado. Cada año había un gran festival, en el que todos los romanos marchaban a la colina para ir al templo. Allí, en presencia del pueblo, uno de los sacerdotes clavaba un clavo en la pared para llevar cuenta del tiempo que había pasado desde la construcción del templo.

Tarquinio el Soberbio había terminado parcialmente el Capitolio cuando recibió una extraña visita. La sibila o profetisa que vivía en una cueva en Cumas había ido a verle. Llevaba nueve libros enrollados y ofreció vendérselos por trescientas monedas de oro.

El rey preguntó por el contenido de los libros, y ella respondió que contenían profecías sobre Roma. Él quiso verlos, pero la sibila no le permitió mirar nada hasta que no los comprara. Aunque Tarquinio sabía que ella era una profetisa, no quiso pagarle tanto, y, cuando se lo dijo, ella se marchó.

No mucho después, la sibila volvió a visitar a Tarquinio. Esta vez había llevado solo seis libros, pero su precio seguía siendo el mismo que por los nueve que ofreció la primera vez. Tarquinio, sorprendido, le preguntó qué había ocurrido con los otros tres, y ella respondió que los había quemado.

Una vez más, Tarquinio quería ver los libros, y una vez más la sibila le negó echarles un vistazo. Entonces el rey siguió protestando por el precio, y la sibila se marchó enfadada una vez más con los seis volúmenes en las manos.

Aunque Tarquinio pensó que no volvería a verla, ella volvió otra vez con solo tres volúmenes. Dijo que los demás ya estaban quemados, y volvió a pedirle trescientas monedas de oro por los tres que quedaban. El rey, asombrado por sus maneras, los compró sin más negociación.

Cuando los sacerdotes abrieron los misteriosos volúmenes, dijeron que las profecías concernientes a Roma eran demasiado maravillosas como para que nadie, excepto ellos, las vieran. Por tanto, guardaron los libros en un cofre de piedra en el Capitolio, y allí los sacerdotes los vigilaban día y noche.

De vez en cuando, cada vez que había algún problema y la gente no sabía qué hacer, los augures echaban un vistazo a estos volúmenes. Decían que allí siempre encontraban buenos consejos, pero lo más probable es que simplemente fingieran leer en los libros lo que fuera que ellos querían que hicieran los romanos.

Las amapolas de Tarquinio

Tarquinio el Soberbio, el séptimo rey de Roma, fue un buen constructor y un gran guerrero. Durante su reinado hizo la guerra a los volscos y también asedió la ciudad de Gabios, donde los patricios contrarios a él se habían refugiado.

Esta ciudad estaba situada tan favorablemente y tan bien fortificada que Tarquinio no podía tomarla, aunque su ejército estaba muy bien entrenado.

Viendo que no podía tomarla por la fuerza, decidió intentar el engaño. Por tanto, dio instrucciones a su hijo Sexto Tarquinio para que fuera a Gabios y entrara en la ciudad diciendo que el rey lo había maltratado y que había acudido a pedir protección. Sexto era tan malvado como su padre, así que no tuvo problemas con el plan y se dirigió inmediatamente a Gabios.

Cuando la gente escuchó la penosa historia que les había contado Sexto, no solo le dejaron entrar en la ciudad, sino que además le revelaron sus secretos. Entonces lo hicieron general del ejército e incluso le dieron las llaves de las puertas. Sexto ahora tenía un gran poder en Gabios, pero no sabía qué hacer a continuación, así que envió un mensajero a su padre para decirle todo lo que había pasado y pedirle consejo.

El mensajero encontró a Tarquinio en su jardín, paseándose lentamente entre las flores. Le comunicó toda la información y a continuación preguntó cuál era el mensaje de vuelta a Gabios para Sexto.

En lugar de responderle, Tarquinio se dio la vuelta despacio y caminó por el jardín golpeando con su bastón las flores de las amapolas más altas. El mensajero aguardó un tiempo en silencio, y entonces volvió a preguntar por el mensaje que debía llevar a Gabios.

Tarquinio se dirigió a él y le dijo despreocupadamente:

—Vuelve a Gabios y dile a mi hijo que no tengo una respuesta que enviarle, pero asegúrate de contarle dónde me encontraste y qué estaba haciendo yo.

El hombre volvió ante Sexto y le informó de lo que había visto. Tras pensar un rato sobre el asunto, Sexto entendió por qué no se había enviado ningún mensaje verbal: era por miedo de que sus planes llegaran a saberse; y entonces entendió que su padre, al golpear las

flores de las amapolas más altas, quería decir que se deshiciera de los hombres más importantes de la ciudad.

El consejo le gustó al joven príncipe, que ahora buscó, y pronto encontró, un pretexto para deshacerse de la gente prominente en Gabios sin levantar sospechas. Una vez que todos los hombres más valientes habían sido exiliados o asesinados, no quedaba nadie que se atreviera a oponérsele. Entonces Sexto abrió las puertas de la ciudad y la entregó a los romanos.

El beso de Bruto

Un hombre malvado nunca es realmente feliz, y Tarquinio, que había cometido tantos crímenes, no podía encontrar gran gozo en la vida. Su conciencia lo atormentaba, no podía dormir por las pesadillas y se sentía tan inquieto que no sabía qué hacer.

Como los romanos creían que los sueños los enviaban los dioses para advertirles del futuro, Tarquinio estaba deseoso de tener una explicación de las visiones que dificultaban su descanso. Preguntó a los sacerdotes romanos, pero no fueron capaces de darle una respuesta satisfactoria, así que decidió mandar una embajada a Delfos, en Grecia, para que le preguntara al conocido oráculo por la interpretación de aquellas pesadillas.

Delfos era un lugar en las montañas de Grecia donde había un templo dedicado al servicio de Apolo, el dios del sol. En este templo vivía una sacerdotisa, concretamente llamada pitonisa o pitia, que supuestamente hablaba con los dioses y daba a conocer sus deseos a quienes le preguntaran. Cualquier sacerdote que hiciera este tipo de cosas era llamado oráculo, y también las respuestas que daban eran llamadas oráculos.

Uno de los crímenes de Tarquinio fue el asesinato de un sobrino. Su hermana viuda, por lo visto, tenía dos hijos que tenían mucho dinero. Como el rey quería hacerse con él, mató a uno de ellos y perdonó al otro simplemente porque creía que era idiota. De hecho, los romanos solían decir que su nombre, Bruto, era precisamente por eso. El joven, sin embargo, solo hacía como que era idiota, pero realmente era muy inteligente y aguardaba pacientemente la oportunidad de vengar la muerte de su hermano.

Tarquinio el Soberbio eligió a dos de sus propios hijos para llevar las ofrendas al templo de Delfos, y también envió a Bruto como ayudante. Tras entregar las ofrendas y obtener la respuesta que quería el rey, los tres jóvenes preguntaron a la pitia sobre su propio futuro.

Cada uno de ellos dio un regalo a la sacerdotisa. Los dos príncipes le ofrecieron ricos presentes, pero Bruto entregó simplemente la vara que había usado en el camino hacia allí. Aunque este regalo parecía muy pobre comparándolo con los demás, era en realidad el más valioso, porque la vara estaba hueca y rellena de oro.

Los jóvenes, pues, hicieron a la pitonisa la pregunta que los tres acordaron que era la más importante, y era cuál sería el siguiente rey

de Roma. La sacerdotisa, que raramente respondía a las preguntas de forma clara, contestó que gobernaría el primero que besara a su madre en el regreso a casa.

A los hijos de Tarquinio les agradó la respuesta y empezaron a pensar cómo volver a casa lo antes posible y ser el primero en besar a su madre. Bruto parecía indiferente, como de costumbre; pero, gracias a su ofrenda, la sacerdotisa le dio una pista sobre lo que debía hacer.

Con todo esto, la misión de los tres jóvenes había concluido y emprendieron el regreso a Roma. Cuando desembarcaron, Bruto fingió caerse de rodillas y besó la tierra, la madre de toda la humanidad. De esa forma obedeció las instrucciones de la pitonisa sin llamar la atención de los dos príncipes. Demasiado centrados en sus propias aspiraciones, los hijos de Tarquinio fueron corriendo a casa para besar a su madre a la vez, cada uno en una mejilla.

La muerte de Lucrecia

Tarquinio era tan cruel y tiránico que los romanos lo temían y lo odiaban a partes iguales. Les habría encantado librarse de él, pero estaban esperando que apareciera el líder apropiado para la ocasión.

Durante el asedio de la ciudad de Ardea, los hijos del rey y sus primos, incluyendo un tal Colatino, comenzaron a discutir acerca de los méritos de sus esposas. Cada uno de ellos presumía de que la suya era la mejor, por lo que, para llegar a un acuerdo, decidieron irse del campamento y visitar cada una de sus casas para ver qué hacían sus mujeres cuando ellos no estaban.

Colatino y los príncipes fueron al galope hasta Roma y fueron visitando sus casas una a una. Vieron que las nueras del rey estaban holgazaneando y haciendo cosas frívolas; en cambio, vieron a Lucrecia, la esposa de Colatino, hilando entre sus sirvientas y enseñándoles cómo se hacía.

Esta mujer, ocupada en algo productivo y tan buen modelo de esposa y ama de casa, además resultaba ser muy hermosa. Cuando los príncipes la vieron, todos dijeron que Colatino era el ganador, pues su mujer era la mejor de todas.

La belleza de Lucrecia impresionó a uno de los príncipes. Se trataba de Sexto Tarquinio, el que había traicionado a Gabios, y una noche se escabulló del campamento para ir a verla.

Esperó hasta que se quedó sola, para que no hubiera nadie que pudiera protegerla, y entonces cometió un terrible y repugnante crimen contra ella, y es que era tan cobarde como malvado.

Lucrecia no estaba dispuesta a ocultar lo ocurrido ni a mentir, por lo que envió un mensajero a Colatino y a su padre para que fueran a casa lo antes posible.

Colatino llegó acompañado por su suegro y por Bruto, que había ido con ellos sospechando que había pasado algo malo. Lucrecia los recibió triste y, en respuesta a las preocupadas preguntas de su marido, le contó lo ocurrido durante la noche que Sexto había estado allí.

Al terminar su historia, añadió que no tenía deseo de seguir viviendo, sino que prefería la muerte a la desgracia. Entonces, antes de que nadie pudiera detenerla, Lucrecia sacó un puñal de entre sus ropas, se lo clavó en el corazón y cayó muerta a los pies de su marido.

Aunque ahora el suicidio suele ser un tema tabú, los romanos, por el contrario, consideraban que era algo mucho más noble que soportar una desgracia como la de Lucrecia. Por tanto, la acción de Lucrecia fue considerada muy valiente por todos los romanos, cuya admiración se vio aumentada por sus virtudes y su trágica muerte.

Colatino y el padre de Lucrecia al principio estaban sin palabras, pero Bruto, el supuesto idiota, extrajo el puñal ensangrentado y juró que vengarían su muerte y que Roma se liberaría de la tiranía de los malvados Tarquinios, que no podían seguir reinando. Colatino y el padre de Lucrecia se sumaron a aquel juramento.

Por consejo de Bruto, el cuerpo sin vida de Lucrecia fue dispuesto en un ataúd y llevado a la plaza del mercado, para que todos pudieran verla. Allí Bruto contó a la gente que aquella joven y hermosa mujer había muerto a causa de la malevolencia de Sexto Tarquinio, y que él había jurado vengarla.

Entusiasmados por aquel discurso, todos gritaron que le ayudarían, y votaron la expulsión de la familia de los Tarquinios de Roma. A continuación, dijeron que nunca más debía usarse el título de rey.

Cuando las noticias de la furia del pueblo llegaron a oídos de Tarquinio, huyó a la ciudad de Etruria. Sexto también trató de escapar de su merecido castigo, pero, al llegar a Gabios, la gente se sublevó y lo condenaron a muerte.

Así terminó la monarquía romana, después de que siete reyes hubieran ocupado el trono. Su mandato había durado unos doscientos cuarenta y cinco años, pero, aunque la antigua Roma fue durante mucho tiempo la ciudad más importante de Europa, nunca volvió a ser gobernada por un rey.

Los Tarquinios exiliados, expulsados de la ciudad, se vieron obligados a permanecer en Etruria. Pero Bruto, el hombre al que habían despreciado, se quedó como encargado y recibió el título de liberador del pueblo, porque había liberado a los romanos de la tiranía de los Tarquinios.

Bruto, un padre sumamente severo

Aunque los enfurecidos romanos habían jurado no volver a tener reyes nunca más, estaban dispuestos a dejar que Bruto los gobernara. Sin embargo, era un ciudadano demasiado bueno como para aceptar el cargo, así que les dijo que sería más sabio dar la autoridad a dos hombres, llamados cónsules, a los que pudieran elegir cada año.

Este plan gustó mucho a los romanos, y la forma de gobierno fue llamada *república* porque estaba en las manos del pueblo. Las primeras elecciones tuvieron lugar de forma casi inmediata, y Bruto y Colatino fueron los dos primeros cónsules.

Los nuevos gobernantes de Roma estaban muy ocupados. Además de gobernar al pueblo, se vieron obligados a reclutar un ejército para luchar contra Tarquinio, que estaba tratando de volver a recuperar su trono.

El primer movimiento del rey exiliado fue enviar mensajeros a Roma, bajo el pretexto de que le dieran sus propiedades. Pero el objetivo real de estos mensajeros era sobornar a alguna gente para que ayudaran a Tarquinio a recuperar su trono perdido.

Algunos romanos eran tan malvados que preferían el gobierno de un mal rey al de un hombre honrado como Bruto. Tales hombres aceptaron los sobornos y empezaron a planear cómo ayudar a Tarquinio a volver a la ciudad. Se reunían frecuentemente para hacer planes, y entre estos traidores había dos hijos de Bruto.

Un día, ellos y sus compañeros estaban maquinando cómo poner la ciudad en manos de Tarquinio. En medio de la emoción, comenzaron a hablar demasiado fuerte, sin prestar atención a un esclavo que estaba cerca de la puerta afilando cuchillos.

Aunque este esclavo parecía muy concentrado en su tarea, escuchó lo que se decía y averiguó todos sus planes. Cuando los conspiradores se hubieron ido, el esclavo fue ante los cónsules, les dijo todo lo que había oído y les dio los nombres de todos los que estaban tramando la caída de la república.

Cuando Bruto oyó que sus dos hijos eran traidores, se le partió el corazón; pero era tan severo y justo que los trató exactamente igual que si fueran extraños, así que inmediatamente envió a sus guardias a arrestarlos a ellos y a los demás conspiradores.

Los jóvenes fueron llevados ante los cónsules, juzgados, declarados

culpables y sentenciados al castigo de los traidores: la muerte. A lo largo de todo el juicio, Bruto estuvo sentado en su silla de cónsul; y, cuando terminó, con severidad mandó a sus hijos hablar y defenderse si eran inocentes.

Como los jóvenes no pudieron negar su culpa, comenzaron a rogar clemencia; pero Bruto se volvió y ordenó impasible a los lictores que hicieran su labor. Se dice que él mismo presenció la ejecución de sus hijos, y que prefirió verlos morir que tenerlos vivos como traidores.

La gente odiaba ahora a los Tarquinios más que antes, e hicieron una ley para expulsar a toda la familia para siempre. Colatino era acérrimo enemigo de la familia del rey exiliado; pero, como él mismo estaba emparentado, tuvo que abandonar su cargo e irse de Roma. Entonces el pueblo eligió a otro noble romano, llamado Valerio, para que fuera cónsul en su lugar.

Cuando Tarquinio oyó que los romanos habían descubierto lo que quería hacer y que no podía esperar ayuda de sus antiguos cómplices, convenció a la gente de Veyes para que se le unieran, y comenzó una guerra contra Roma.

Bruto condujo a los romanos contra el ejército de Tarquinio. Antes de que la batalla pudiera comenzar, uno de los hijos de Tarquinio vio a Bruto y se abalanzó para matarlo. Tal era el odio que se tenían estos dos hombres que lucharon furiosamente y cayeron a la vez para no volver a levantarse.

Aunque estos dos generales habían muerto muy pronto, la batalla fue muy feroz. Las fuerzas estaban tan igualadas que, cuando llegó el atardecer, el combate no estaba decidido y ningún bando se consideraba derrotado.

El cuerpo de Bruto fue llevado de vuelta a Roma y colocado en el foro, donde todo el pueblo lo lloró. Tal era el respeto que los romanos sentían por aquel gran ciudadano que las mujeres estuvieron de luto un año entero, y se le puso una estatua en el Capitolio, entre las de los reyes romanos.

A menudo se llevaba a los niños romanos a visitarla, y todos aprendían a amar y respetar a aquel hombre de cara severa con la espada desenvainada, pues había liberado a Roma de la tiranía de los reyes y había preparado el gobierno de la república que había fundado.

Un triunfo romano

Como Bruto había muerto antes de que la batalla hubiera comenzado siquiera, el mando del ejército romano había caído en el otro cónsul, Valerio, que era un hombre capaz. Cuando la lucha terminó, la gente estaba tan contenta con los esfuerzos de su general que dijeron que debía recibir los honores de un triunfo.

Cuando un general romano había obtenido una victoria o tomado posesión de una nueva provincia, las noticias se enviaban inmediatamente al senado en Roma. Cuando la gente estaba muy contenta con el resultado, el senado decidía que el comandante victorioso fuera recompensado con una celebración grandiosa, llamada *triunfo*, en cuanto volviera a Roma.

El día en que llegaba el general era festivo y las casas se adornaban con guirnaldas. Los romanos, a los que les gustaban mucho las procesiones y espectáculos de todo tipo, se preparaban para la ocasión y abarrotaban las calles por donde iba a pasar el general victorioso. Todos llevaban fragantes flores que iban tirando por el camino.

Las trompetas anunciaban la llegada del vencedor, que iba montado en un magnífico carro dorado llevado por cuatro caballos blancos. Llevaba ropas de regia púrpura, ricamente bordadas con oro, y llevaba broches con joyas en el hombro, y en la mano sostenía un cetro de marfil.

En la cabeza llevaba una corona de laurel, el emblema de la victoria y la recompensa que se daba a aquellos que habían servido a su patria. El carro iba rodeado de lictores, en formación de celebración, y llevaban sus varas y resplandecientes hachas.

Por delante o por detrás del carro iban caminando los prisioneros de guerra más importantes, encadenados entre sí como esclavos y vigilados por soldados armados. Entonces iba una larga comitiva de soldados con los despojos obtenidos en la campaña. Algunos llevaban jarrones de oro y plata llenos de dinero o piedras preciosas; otros, montones de armas tomadas de los cuerpos de sus enemigos.

Iban seguidos de hombres que llevaban grandes enseñas, en las que se podían ver los nombres de las ciudades o países conquistados. También había sirvientes que cargaban pinturas, estatuas y mobiliario que el vencedor se había llevado a Roma. Tras el carro del vencedor marchaba el ejército victorioso, cuyas armas habían bruñido especialmente para la ocasión.

De esta forma, la procesión hacía su entrada solemne en la ciudad e iba subiendo la colina hacia el Capitolio, donde el general ofrecía sacrificios de agradecimiento a los dioses. La víctima en los triunfos solía ser un hermoso toro, con cuernos bañados en oro y adornado con guirnaldas de diversas flores.

Los sirvientes se colocaban a lo largo del camino con platos de oro en los que quemaban sustancias aromáticas, que llenaban el aire con su fragancia y hacían de incienso para el vencedor y para los dioses, pues aquel día estaban equiparados.

Sobre las celebraciones de victoria

Por supuesto, todos los espectadores vitoreaban al general victorioso mientras marchaba triunfalmente por Roma, y lo alababan tanto que siempre existía el riesgo de que acabara subiéndosele a la cabeza.

Para evitar que fuera engreído, se ponía a un esclavo justo detrás. Este esclavo llevaba sus usuales ropas humildes, y su labor era inclinarse de vez en cuando y susurrarle al oído al general victorioso:

—Recuerda que no eres sino un hombre.

También se ponía una campanita bajo el carro, de modo que sonara todo el tiempo. El tintineo le recordaba al vencedor que siempre había de ser bueno, o de lo contrario volvería a oír la campanita cuando fuera a prisión, pues los criminales en Roma eran llevados siempre con una campanita.

Si la victoria no era lo suficientemente importante como para merecer un triunfo, del tipo que ya hemos descrito, el general a veces recibía una ovación. Esto era parecido al triunfo, pero menos esplendoroso, y el animal elegido como víctima para el sacrificio era una oveja en lugar de un toro.

El romano que recibía una ovación entraba en la ciudad a pie y llevaba una corona de mirto, e iba acompañado por flautistas y otros músicos. La procesión era mucho más pequeña que la de un triunfo, y los vítores de la gente eran menos ruidosos.

No eran solo los generales y los cónsules los que eran honrados públicamente por nobles hazañas. Los romanos recompensaban incluso a los soldados por actos de valentía. Por ejemplo, el primero en subir la muralla de una ciudad asediada siempre recibía una corona que representaba una muralla con torres, conocida como *corona muralis*, que era muy codiciada. Pero el hombre que salvaba la vida de un ciudadano recibía la corona cívica, con hojas de roble, y era aún más apreciada.

Todos los que luchaban con particular valentía no eran solo alabados por sus superiores, sino que también recibían valiosos regalos, como collares o brazaletes de oro o finos adornos para sus casas. Los soldados siempre atesoraban estos regalos con cuidado y se presentaban con ellos en las fiestas. Entonces todos sus amigos los admiraban y pedían que contaran otra vez la historia de cómo los consiguió.

Todos los soldados romanos se esforzaban mucho por obtener tales regalos. No tardaron en convertirse en los mejores guerreros del mundo, y aún siguen siendo alabados por su gran valentía.

La defensa del puente

Valerio recibió los honores del primer triunfo concedido en la república romana. Además, a causa de la muerte de Bruto, se quedó a cargo en solitario de gobernar la ciudad. Como era muy rico, comenzó a construirse una hermosa casa.

La gente de Roma nunca había visto una vivienda tan maravillosa para un ciudadano particular, por lo que empezaron a inquietarse y a susurrar que quizá Valerio iba a tratar de hacerse rey.

Estos rumores acabaron llegando a los oídos del cónsul, que se esforzó por tranquilizar a la gente diciendo que amaba Roma demasiado como para intentar cambiar su sistema de gobierno, que le parecía excelente.

Tarquinio se había ido primero al pueblo de Veyes para pedirles ayuda, pero, al darse cuenta de que no eran lo suficientemente fuertes como para derrotar a los romanos, comenzó a buscar a otro aliado. Como el hombre más poderoso a su alcance era Porsena, rey de Clusio, Tarquinio le envió un mensaje para pedirle ayuda.

Porsena estaba encantado de tener una excusa para luchar contra los romanos; y, al reclutar un ejército, marchó directo hacia Roma. Ante su avance, la gente huyó, y el senado no tardó en ver que, a menos que se hiciera algo rápido para tratar de detenerle, estaría en la ciudad antes de que hubieran terminado los preparativos para la defensa.

Por tanto, se envió al ejército, pero fueron rechazados hasta el Tíber. Este río lo cruzaba un puente de madera que llevaba a Roma. Al punto, el cónsul decidió que había que sacrificar el puente para salvar la ciudad, y pidió voluntarios para colocarse al otro lado y contener el ejército de Porsena mientras los demás trataban de destruirlo.

Un valeroso romano, llamado Horacio Cocles, *el Tuerto*, porque había perdido ya un ojo en batalla, fue el primero en ofrecerse para la misión, y otros dos hombres le siguieron al momento. Estos tres soldados se plantaron en el estrecho camino, y el resto de los romanos se dedicaron a destruir con hachas el puente.

Los dos compañeros de Horacio volvieron la cabeza y vieron que el puente estaba a punto de caer, así que corrieron para cruzarlo, dejando a Horacio solo para contener la hueste enemiga. Pero Horacio era demasiado valiente como para huir y, a pesar de tenerlo todo en su contra, continuó luchando hasta que el puente finalmente cayó tras

él.

Con el puente destruido, no había forma de que el enemigo cruzara el río y entrara en Roma. Horacio entonces dejó de luchar, se tiró al Tíber y nadó hasta el otro lado, donde sus conciudadanos lo recibieron con enormes gritos de alegría.

En recompensa por su bravura le dieron una granja de generosas dimensiones y erigieron una estatua en su honor, que lo representaba a él conteniendo un ejército entero a la entrada del puente.

La mano quemada

Sin poder marchar sobre Roma tan fácilmente como esperaba, Porsena se preparó para rodearla y sitiarla. Las perspectivas de un asedio aterrorizaban a la gente, pues no tenían mucha comida en la ciudad y temían el hambre que no tardaría en llegar.

Por tanto, los romanos tuvieron que distribuir la comida en porciones pequeñas, pero incluso así el hambre llegó pronto. Todos sufrieron la escasez de comida (todos excepto Horacio Cocles, pues los romanos cedieron un poco de su escasa comida para dársela: era esa la mejor forma que tenían de mostrar su gratitud por lo que había hecho por ellos, al privarse ellos mismos para recompensarlo a él).

Pese a todo esto, los romanos no estaban dispuestos a rendirse, pero temían que Porsena no se diera por vencido hasta tomar posesión de la ciudad. Por tanto, algunos jóvenes se decidieron a poner fin a la guerra asesinando a Porsena. Maquinaron matar al rey de Clusio mediante una treta, y Mucio, un joven romano, se infiltró en el campamento.

Cuando Mucio llegó, no se atrevía a hablar con nadie, no fuera que lo descubrieran. Iba caminando buscando a Porsena, cuando al momento vio a un hombre vestido tan ostentosamente que estaba seguro de que debía ser el rey. Sin esperar a cerciorarse, se abalanzó sobre él y lo apuñaló en el corazón.

El hombre cayó muerto al momento, pero Mucio fue apresado y llevado ante Porsena. El rey le preguntó quién era y por qué había asesinado a uno de sus oficiales. Mucio se levantó con orgullo ante él y respondió:

—Soy un ciudadano romano, y maté a ese hombre creyendo que eras tú, el enemigo de mi país.

Cuando Porsena oyó aquellas atrevidas palabras se quedó sorprendido y amenazó con castigar a Mucio con quemarlo vivo. Pero incluso esta amenaza no asustó al valeroso romano, que dio un paso hacia delante y puso la mano en un fuego que tenían prendido. Sostuvo la mano ahí, sin inmutarse, hasta que parecía un muslo de pollo, y entonces dijo:

—No me asustan tus fuegos, ni a mí ni a mis trescientos compañeros, que han jurado todos acabar contigo si no te vas de Roma.

Cuando Porsena oyó aquellas palabras y vio el coraje de Mucio, se dio cuenta por primera vez de cuán difícil sería conquistar a los romanos,

por lo que decidió acordar una paz. Así pues, liberó a Mucio sin castigo, pues tenía respeto por el coraje y el amor por la patria del muchacho.

Mucio volvió a Roma y allí recibió el sobrenombre de Escévola, es decir, *el Zurdo*. Poco después, Porsena envió tratados de paz y los romanos los recibieron con alegría, aunque tenían que cederle parte de sus tierras y enviar rehenes.

Porsena trató a los jóvenes rehenes con amabilidad, pero al poco tiempo les entró nostalgia y querían volver a casa. Una de las rehenes, una muchacha llamada Clelia, estaba tan deseosa de volver a Roma que se montó en un caballo, se tiró al Tíber y lo cruzó a nado. Llegó hasta la ciudad, seguida de algunos otros de los rehenes, a los que había convencido para huir con ella.

Los romanos estaban encantados de volver a ver a sus amados hijos, hasta que descubrieron cómo habían escapado. Entonces les dijeron no sin tristeza que debían volver ante Porsena. Clelia y sus compañeros al principio se opusieron, pero finalmente aceptaron volver cuando entendieron que sería deshonroso que los romanos no mantuvieran las promesas que habían hecho, incluso al enemigo.

El rey, que había presenciado la fuga con asombro, se sorprendió incluso más cuando volvieron. Lleno de admiración por Clelia y la honradez de los romanos, dio a los rehenes permiso para volver a casa y abandonó la región con todo su ejército.

Los dioses gemelos

Tarquinio llevaba dos intentos frustrados de recuperar el trono, pero aún no había perdido la esperanza por completo y, reclutando un tercer ejército, volvió a marchar hacia Roma.

Cuando el senado y los cónsules oyeron de este nuevo peligro, resolvieron entregar toda la autoridad a un único hombre que fuera lo suficientemente inteligente como para ayudarles en aquel tiempo de necesidad. Por tanto, eligieron un nuevo magistrado bajo el nombre de *dictador*.

Debía tomar el mando del ejército en lugar de los cónsules y ser el gobernante absoluto de Roma, pero solo durante el tiempo que la ciudad estuviera en peligro.

El primer dictador tomó el mando del ejército inmediatamente y fue al encuentro de Tarquinio. Los dos contingentes se enfrentaron cerca del lago Regilo, no muy lejos de la ciudad. Allí se luchó una terrible batalla, en la que los romanos obtuvieron una gloriosa victoria. Los escritores romanos dijeron que los dioses gemelos, Cástor y Pólux, bajaron a la Tierra para ayudarles, y se los vio entre la multitud, montados en caballos blancos como la nieve.

Cuando la lucha hubo terminado con la victoria romana, estos dioses abandonaron el campo de batalla, pero poco después aparecieron en Roma para anunciar la victoria. Entonces, desmontaron en el foro, en medio de la gente, dieron de beber a sus caballos en la fuente y de repente desaparecieron, tras decirles a los romanos que construyeran un templo en su honor.

Llenos de agradecimiento por la ayuda de los dioses gemelos, sin los cuales habrían perdido la batalla, los romanos construyeron un templo dedicado a ellos. Este edificio estaba a un lado del foro, en el mismo punto donde habían hablado; y allí todavía están las ruinas.

Los romanos solían llamar a estos hermanos para que los ayudaran en tiempos de necesidad, y se han encontrado en tumbas antiguas monedas con las efigies de los dos jinetes, cada uno con una estrella sobre su cabeza. Pusieron estas estrellas ahí porque los romanos creían que los dioses gemelos se habían transformado en dos hermosas y brillantes estrellas.

Se dice que Tarquinio logró escapar vivo de la batalla del lago Regilo, y que se fue a vivir a Cumas, donde murió a una edad muy avanzada; pero nunca más volvió a emprender la guerra contra los romanos, que

lo habían aplastado por completo.

El viejo cónsul Valerio siguió sirviendo a su patria y gastó su dinero tan profusamente en beneficio de Roma que él mismo murió muy pobre. Y es que se dice que los gastos de su funeral los tuvo que pagar el Estado, pues no había dejado dinero ni siquiera para su propio entierro.

Los agravios a los pobres

Una vez que hubo terminado la guerra contra Tarquinio, los romanos creyeron que podrían disfrutar algo de paz. Sin embargo, estaban totalmente equivocados, pues, en cuanto hubo paz fuera, comenzaron los problemas dentro.

Había dos clases principales de ciudadanos romanos: los patricios o nobles y los plebeyos o gente común. Permanecieron aparte, generación tras generación, porque no se le permitía a nadie casarse con alguien de fuera de su clase.

Solo los patricios tenían derecho a ser cónsules o senadores. Disfrutaban de muchos otros privilegios y poseían la mayor parte de las tierras.

Los plebeyos, por otra parte, apenas tenían influencia en el gobierno, aunque sí tenían la obligación de pagar gran parte de los impuestos. Sufrían mucho por culpa de los patricios, que los consideraban no mucho mejores que esclavos. Por supuesto, esta situación no gustaba a los plebeyos, pero aun así pasaron mucho tiempo sin actuar, hasta que la cosa se puso mucho peor.

Como los plebeyos tenían la obligación de pagar impuestos, necesitaban tener dinero; y, cuando sus granjas no daban lo suficiente, estaban obligados a tomar préstamos de los patricios. Los patricios siempre estaban preparados para prestar dinero, porque las leyes estaban de su parte. Así, si un plebeyo no podía pagar sus deudas, el patricio podía quedarse con la granja del pobre hombre e incluso reducir al plebeyo a la esclavitud.

Los patricios eran muy crueles: a menudo tenían a los deudores encerrados, y los golpeaban y maltrataban con frecuencia. Los plebeyos estaban tan indignados con todo esto que finalmente se rebelaron y, cuando se declaró una guerra con los volscos, se negaron a ir a luchar.

Los cónsules los amenazaron, pero los plebeyos no se inmutaron. Cuando se les preguntó por qué no querían ir a luchar, respondieron que, ya que los patricios se quedaban con el botín de la guerra, lo lógico era que fueran ellos a combatir.

Para apaciguar a los plebeyos, los magistrados prometieron hacer leyes a su favor en cuanto terminara la guerra si luchaban como de costumbre; así pues, los hombres se armaron y fueron a la batalla. Pero, cuando terminó la guerra, los magistrados no hicieron cambios a

favor de los plebeyos, sino que permitieron que los patricios actuaran como siempre.

El descontento había llegado a un punto tal que era evidente que habría un levantamiento de un momento a otro. Un día, un deudor escapó de prisión y fue corriendo al foro, donde mostró sus magulladuras a la gente mientras les contaba su penosa historia.

Dijo que era plebeyo y que se había endeudado porque, en lugar de cultivar su granja, lo habían obligado a irse a luchar con el ejército. Apenas había terminado una guerra cuando empezó la siguiente, y por aquellos tiempos los soldados romanos no recibían paga. Aunque había luchado duramente y podía mostrar las cicatrices de veinte batallas, no había ganado nada excepto algunas palabras bonitas.

Entonces, al volver a casa, un patricio lo metió en prisión porque no podía pagar el dinero que le debía. El deudor había sido tratado con gran crueldad y probablemente habría muerto allí si no hubiera logrado escapar.

Ya había habido varios casos similares, incluso antes de la guerra con los volscos. Sin embargo, esta vez los plebeyos estaban tan indignados al ver las magulladuras de aquel hombre y escuchar sus agravios que se fueron de la ciudad, jurando que no volverían hasta que se les asegurara un trato justo.

Tras irse de Roma, los plebeyos acamparon en una colina cercana, que más tarde fue conocida como monte Sacro. Cuando se hubieron ido, los patricios, que los habían tratado tan mal, comenzaron a sentir su ausencia. Como los patricios despreciaban el trabajo y nunca hacían nada salvo luchar, se quedaron de piedra cuando vieron que no había granjeros que trabajaran las tierras ni tenderos que vendieran comida ni mercaderes a quienes comprar los artículos que necesitaban.

El senado vio que era imposible continuar sin los plebeyos. Enviaron un mensaje tras otro, implorándoles que volvieran, pero la gente decía que ya habían sufrido suficiente y que no volverían a fiarse de sus promesas, ya que hasta entonces no las habían cumplido.

La fábula del estómago

Aunque los plebeyos eran muy obstinados en su negativa de volver a Roma y aunque se regocijaban abiertamente al oír que los patricios estaban desesperados, ellos mismos estaban casi en tan mala situación. Habían logrado llevarse consigo solo un poco de comida y, como no tenían dinero, no tardarían en empezar a pasar hambre.

Ambas partes estaban sufriendo y nadie sabía cómo acabar con aquella desesperante situación. Finalmente, un sabio romano, de nombre Menenio, se ofreció para ir a hablar con la gente y convencerlos de volver a Roma.

Los senadores, que habían hecho tantos esfuerzos en vano y habían tratado de negociar hasta la extenuación, se alegraron al oír aquella oferta, y mandaron a Menenio a hacer todo lo que pudiera. Este sabio, por tanto, fue al monte Sacro, se puso en medio de la multitud y comenzó a hablar.

Se había dado cuenta de que los pobres, que por lo general no tenían mucha cultura, no entendían los discursos largos típicos de los senadores, así que comenzó a contarles una historia.

—¡Amigos! —dijo—. Todas las diferentes partes del cuerpo una vez se negaron a trabajar, diciendo que estaban cansadas de servir al estómago. Las piernas dijeron: «¿De qué nos sirve correr desde el amanecer hasta el anochecer solo para encontrar comida para llenarlo a él?». Y entonces las manos y los brazos dijeron: «¡Tampoco nosotros trabajaremos para el vago del estómago! Piernas, si vosotras no os movéis, nosotros tampoco lo haremos». Y dijeron los dientes: «Nosotros también estamos cansados de masticar y masticar y masticar todo el día. ¡Que haga algo el estómago!».

»Todas las demás partes del cuerpo tenían alguna queja sobre el estómago, y todas estuvieron de acuerdo en no trabajar más para satisfacer sus necesidades: las piernas dejaron de andar, las manos y brazos dejaron de trabajar, los dientes dejaron de masticar, y el estómago, vacío, reclamaba en vano su dosis diaria de comida.

»Todas las partes del cuerpo se deleitaron al principio y, cuando el estómago vacío pedía algo de comer, se limitaban a reírse. Sin embargo, les duró poco la risa, porque el estómago, débil por la falta de comida, no tardó en dejar de llorar. Entonces, después de un tiempo, las manos y los brazos y las piernas se debilitaron tanto que no podían moverse. Todo el cuerpo cayó y murió, porque el estómago,

sin comida, no podía proveerlo de energía para vivir.

»Ahora, amigos míos —prosiguió Menenio—, este es justo nuestro caso. El Estado es el cuerpo, los patricios son el estómago y vosotros sois las partes del cuerpo. Por supuesto, si os negáis a trabajar y permanecéis quietos, los patricios sufrirán, igual que el estómago.

»Pero, si continuáis con la revuelta, no tardaréis en sufrir vosotros también: perderéis vuestra fuerza y pronto el cuerpo, nuestra gloriosa patria de Roma, morirá.

Los plebeyos escucharon la historia con suma atención, comprendieron la metáfora y captaron el sentido de todo lo que Menenio había dicho. Empezaron a darse cuenta de que no podían sobrevivir sin los patricios, igual que los patricios no podían sobrevivir sin ellos.

Así pues, tras hablar del asunto un rato, le dijeron a Menenio que estaban dispuestos a volver a Roma. Él se alegró mucho al oírlo, y, para evitar que volvieran a abusar de ellos, obligó al senado a darles defensores que cuidaran de sus derechos.

Estos nuevos magistrados eran los tribunos de la plebe. Tenían el derecho a interferir y cambiar la decisión del cónsul o cualquier otro siempre que fuera necesario para proteger a un plebeyo de los abusos. Así pues, si alguien tenía una deuda, el tribuno podía evitar que fuera a la guerra; y, si el acreedor estaba tratando de reducirlo a la esclavitud, el tribuno podía liberarlo.

En tiempos posteriores, además, los tribunos tenían su sitio en la cámara del senado. Antes de que se pudiera aprobar ninguna ley nueva, tenía que mostrárseles a los tribunos. En caso de que no aprobaran la ley, los tribunos podían evitar su aprobación diciendo *veto*, que en latín significa 'prohíbo'. Esta palabra todavía se usa en español.

Los tribunos al principio eran dos, pero luego había diez, y siempre estaban de parte del pueblo.

También había otros dos magistrados elegidos por los plebeyos: los ediles, cuya obligación era ayudar a los tribunos, cuidar de los edificios públicos, encargarse de que los romanos tuvieran casas saludables y buena comida, y cuidar del bienestar de los pobres. Así, los plebeyos habían mejorado mucho sus condiciones y tenían de su lado magistrados cuya única labor era preocuparse de sus intereses.

La historia de Coriolano

Los plebeyos volvieron a Roma en cuanto estuvieron seguros de que se iban a respetar sus derechos. Sin embargo, apenas habían vuelto cuando tuvieron que volver a armarse para ir a luchar contra los volscos, que se habían aprovechado de la revuelta para levantarse contra Roma.

Los romanos obtuvieron la victoria y el ejército volvió a la ciudad, donde, a pesar de los esfuerzos de los tribunos, volvió a haber disputas entre los patricios y los plebeyos.

Una de las causas principales del descontento era que los patricios estaban arrepentidos de haber dado derechos a los plebeyos, y ahora trataban de buscar alguna buena excusa para reducirlos a su estado previo.

Tres años después de la revuelta de los plebeyos hubo una gran hambruna en Roma. Los pobres, como siempre, fueron los que más sufrieron y estaban casi muertos de hambre cuando un rey de Sicilia se apiadó de ellos y les dio una gran cantidad de trigo.

Envió el trigo al senado, con la indicación de que se repartiera entre los plebeyos. Recordemos en este punto que nadie salvo los patricios podía pertenecer al senado. Los senadores aceptaron el trigo de buena gana, pero, en lugar de distribuirlo inmediatamente, se lo quedaron, diciendo que lo repartirían entre los pobres con la condición de que renunciaran a su derecho de elegir tribunos y ediles.

Los plebeyos estaban totalmente desesperados. No estaban dispuestos a perder sus derechos, pero tenían tanta hambre que apenas podían resistir la tentación de hacer lo que les exigían los senadores, pues eso significaría conseguir comida para ellos y sus familias. Estaban muy indignados de que se aprovecharan tan cruelmente de su situación, y, cuando se enteraron de que el plan lo había sugerido un tal Coriolano, se enfurecieron con él.

En su furia, acusaron a Coriolano de traición y lo amenazaron tan severamente que el senado no se atrevía a protegerle. Por tanto, Coriolano huyó de Roma, jurando que se vengaría, por lo que se unió a los volscos.

Como hemos visto, los volscos eran enemigos de los romanos. Ya les habían hecho la guerra en el pasado, pero habían perdido parte de sus tierras. Por tanto, recibieron alegres a Coriolano y le dieron el mando del ejército, pues sabían que era un gran guerrero.

Coriolano los llevó directos a Roma. En el camino, obtuvo una victoria tras otra sobre las tropas romanas y tomó una aldea tras otra. Tal fue su éxito que los romanos comenzaron a temer por su ciudad. Los plebeyos, además, oyeron que estaba devastando sus tierras y destruyendo sus propiedades, mientras que no atacaba las granjas de los patricios, por lo que empezaron a temer por sus vidas.

Cuando el victorioso exiliado estaba a solo ocho kilómetros, una diputación de senadores fue a encontrarse con él y le imploró que no atacara la ciudad. Pero Coriolano no escuchaba sus ruegos ni las súplicas de los sacerdotes y vírgenes vestales que fueron después a pedirle clemencia por Roma.

Los romanos habían perdido la esperanza. Creían que había llegado su hora, pero hicieron un último esfuerzo por aplacar la furia de Coriolano, enviándole a su madre, su mujer e hijos a la cabeza de todas las mujeres de Roma para interceder por la ciudad.

Cuando Coriolano vio a su madre, Veturia, y a su mujer, Volumnia, encabezando la procesión, fue corriendo a abrazarlas. Entonces las mujeres se tiraron a sus pies y le rogaron tan fervientemente que perdonara a su patria que le cayeron lágrimas de los ojos.

Sin embargo, no quería claudicar, hasta que su madre exclamó:

—¡Hijo mío, entrarás en Roma solo sobre mi cadáver!

Aquellas palabras casi le rompen el corazón, pues era un buen hijo y amaba a su madre. Ya no pudo resistir más sus súplicas, a pesar del juramento y promesas a los volscos de que los haría dueños de Roma. Rompiendo a llorar, gritó:

—Madre, has salvado a Roma y perdido a tu hijo.

Las lágrimas de las romanas se convirtieron en gritos de alegría, y la procesión volvió triunfal a Roma. Solo Veturia y Volumnia estaban tristes, porque Coriolano no podía ir con ellas y no olvidaban sus juramentos, por lo que temían por su vida.

Cuando las mujeres se hubieron ido, Coriolano se llevó a su decepcionado ejército a casa. Algunos historiadores dicen que vivió tranquilo con los volscos hasta que murió bastante viejo, mientras que otros declaran que estaban tan enfadados con él por traicionarlos al perdonar a Roma que lo sentenciaron a muerte.

Según una tercera versión de la historia, Coriolano murió de pena, porque había abandonado y casi destruido Roma, y porque para salvar su patria se había visto obligado a traicionar a los volscos, que habían confiado en él.

El lugar donde Veturia y Volumnia se arrodillaron entre lágrimas ante Coriolano se consideró sagrado. Allí los romanos construyeron un templo dedicado a la fortuna de las mujeres. Nunca olvidaron cuán generosamente Coriolano las perdonó cuando estaban a su merced; y cuando él murió, todas las mujeres de la ciudad llevaron luto por él, como lo habían hecho por Bruto.

Así, incluso en aquellos tiempos antiguos, la gente sabía que era más noble derrotar los propios demonios de uno mismo que obtener una gran victoria, y que un hombre lo suficientemente valiente para controlarse a uno mismo en los malos tiempos y hacer el bien es mucho más digno de honor que muchos otros héroes.

El héroe granjero

Los romanos eran un pueblo tan belicoso que prácticamente nunca tenían paz. En cuanto terminaba una batalla, se preparaban para la siguiente y, tras derrotar a un pueblo, inmediatamente ponían a prueba sus armas contra otro.

Cuando no estaban ocupados luchando fuera de casa, a menudo lo hacían dentro, pues los patricios y los plebeyos también recelaban los unos de los otros. Entre todas estas luchas, muchos soldados murieron y, cuando la gente de Veyes volvió a levantarse contra Roma, el senado se vio sorprendido al constatar que no había un ejército preparado para el encuentro.

En tal momento crítico, un noble patricio, llamado Fabio, se alzó en el senado y dijo que él y su familia se armarían inmediatamente e irían a luchar por la ciudad. Al día siguiente temprano, trescientos seis hombres, todos emparentados entre sí y todos de la familia Fabia, marcharon fuera de Roma para enfrentarse al enemigo.

En la primera batalla los Fabios obtuvieron una gloriosa victoria, pero, más adelante en la campaña, sufrieron una emboscada y murieron todos. Cuando las noticias de su muerte llegaron a la ciudad, la gente rompió a llorar, y la puerta por la que habían salido para ir a luchar fue llamada Nefasta.

El día de su muerte se marcó en el calendario romano también como nefasto, y la gente lloró públicamente la pérdida de tan buenos y valientes hombres, que habían dejado atrás solo unos cuantos niños que eran demasiado jóvenes para luchar.

Sin embargo, los romanos pronto obtuvieron una gran victoria sobre los veyentes, y las dos ciudades acordaron una larga tregua. Pero las guerras con otros pueblos prosiguieron, y entre los peores enemigos de Roma estaban los ecuos. En una ocasión, las tropas romanas fueron conducidas por un cónsul sin mucha experiencia. Poco tardó su campamento en ser rodeado por los ecuos, y su ejército corría el peligro de un destino similar al de los Fabios.

Cinco jinetes lograron escapar y fueron al galope a avisar al senado del peligro del ejército. La gente estaba aterrorizada ante aquellas noticias y, sabiendo que el segundo cónsul no era mejor general que el primero, insistieron en que había que elegir un dictador.

Solo un hombre parecía capaz de ayudarles. Se trataba de Cincinato, un antiguo soldado que se había retirado a una granja, donde pasaba

todo el tiempo arando, sembrando y cosechando. Un grupo de senadores fue a buscarlo y lo encontró arando sus campos.

A toda prisa le dijeron que el ejército estaba en gran peligro y le imploraron que se hiciera cargo de la ciudad e hiciera todo lo posible por salvar las vidas de sus valientes conciudadanos. Cincinato estaba ya harto de la guerra y habría preferido quedarse en su granja, pero, en cuanto oyó las noticias, dejó a los bueyes entre los surcos y volvió a Roma con los senadores.

Al llegar al foro, llamó a los ciudadanos a las armas. Ordenó que todo hombre capaz estuviera en el Campo de Marte antes del amanecer, completamente armado y con suficiente comida para cinco días. Los romanos estaban tan contentos de tener un buen líder que lo obedecieron sin rechistar, y, en cuanto el sol se hundió en el horizonte, Cincinato, el nuevo dictador, salió de Roma a la cabeza de un pequeño ejército de hombres.

Tras caminar toda la noche, Cincinato llevó a sus hombres a la retaguardia de los ecuos, que al amanecer se encontraron con que se habían cambiado las tornas y ahora estaban entre dos enfurecidos contingentes romanos.

No tardaron en darse cuenta de que sería inútil resistir, por lo que, sin tratar de atacar, ofrecieron su rendición. Cincinato aceptó gustoso la oferta de paz, pero con la condición de que entregaran sus armas y botín, y que se humillaran mediante el ritual de pasar bajo el yugo. Esto era considerado algo sumamente vergonzoso, y los ecuos nunca habrían aceptado si no se hubieran visto obligados para salvar sus vidas.

El yugo estaba compuesto de dos lanzas clavadas en el suelo, y una tercera atada sobre ellas. Los soldados romanos se colocaron en dos largas filas mirándose unos a otros, y el enemigo debía marchar entre ambas y pasar por debajo del yugo, sufriendo las burlas e incluso los golpes de sus vencedores.

Tras rescatar al ejército romano de una muerte segura, Cincinato los llevó de vuelta a la ciudad y disfrutó los honores de un triunfo. Entonces, cuando vio que su país no lo necesitaba ya, renunció al título de dictador, que había ostentado solo unos pocos días.

Volvió feliz a su granja y retomó su arado allí donde lo había dejado para continuar con su vida tranquila y simple como si nunca lo hubieran llamado para ser dictador y recibir los honores de un gran triunfo.

Este hombre es famoso tanto por su humildad y moderación como por su habilidad y coraje. Fue muy admirado por los romanos, y su memoria aún sigue honrándose incluso en Estados Unidos, donde hay una ciudad llamada Cincinnati en su honor.

Las nuevas leyes

Es una lástima que no todos los romanos fueran tan buenos, sencillos y altruistas como Cincinato, pero el hecho es que hubo muchos de ellos que solo pensaban en sí mismos y no les preocupaba lo que les pasara a los demás. Los patricios en particular estaban muy inclinados a gloriarse de su posición y riqueza y a mostrarse altivos y crueles.

Como oprimían a sus vecinos más pobres, los plebeyos estaban cada vez más descontentos, hasta que el senado vio que iban a rebelarse otra vez si no se hacía algo rápido para apaciguarlos. Ya no tenían a un Menenio para calmar a los plebeyos, y los senadores recordaban lo inútil de sus largos discursos en el pasado.

Por tanto, para evitar una revuelta, los senadores propusieron cambiar las leyes. En primer lugar, enviaron a tres hombres a Atenas, que también era una república; allí habían de estudiar su forma de gobierno y obtener una copia de las leyes de Solón, que eran las más famosas de todo el mundo.

Cuando los tres hombres volvieron a Roma, llevaban consigo las leyes de los atenienses y de muchas otras naciones. Entonces se eligió a diez hombres para leerlas todas y elegir la que fuera a ser mejor para las nuevas leyes romanas. Las nuevas leyes debían escribirse en tablillas de bronce y colocarse en el foro para que todo el mundo pudiera leerlas siempre que quisieran.

A los diez hombres, llamados *decenviros*, se les concedió poder total por un año. Tuvieron mucho cuidado con ser justos al juzgar entre los patricios y los plebeyos, y pronto se ganaron la confianza y el respeto de la gente.

La autoridad que ostentaban les agradó tanto que quisieron conservarla. Al final del año, las leyes se escribieron en tablillas de bronce y se colocaron en el foro, pero los hombres hicieron como que su trabajo aún no estaba concluido y pidieron seguir siendo decenviros un segundo año.

La gente les creyó y se llevaron a cabo unas elecciones, pero solo uno de los diez, Apio Claudio, fue reelegido. Los otros nueve decenviros no fueron tan cuidadosos como sus predecesores y, de hecho, eran muy soberbios y malvados y no tardaron en actuar como tiranos.

Curiosamente, Apio Claudio era el más desagradable de todos. Mientras que castigaba con severidad a los romanos que no obedecieran las leyes, él mismo no las respetaba. Tomaba lo que le

apetecía, hacía lo que le placía y trataba a la gente con gran crueldad.

Un día, mientras estaba sentado en el foro, vio a una bella muchacha llamada Virginia, que iba de camino a la escuela. Era tan hermosa que Apio se prendó de ella y decidió tenerla de esclava, aunque fuera la hija de un ciudadano romano libre.

Tras algunos tejemanejes, averiguó que Virginio, el padre de la muchacha, no estaba en Roma, pues se encontraba en el ejército. Pensando que Virginia no tendría a nadie que la protegiera, llamó a uno de sus clientes y le dijo que quería a la muchacha, y le dio al hombre las indicaciones necesarias.

En Roma, los *clientes* eran un tipo de plebeyos conectados a ciertas familias de patricios y siempre trabajaban para ellos. El cliente de Apio Claudio, por tanto, le prometió hacer exactamente lo que se le había mandado. Cuando Virginia cruzó el foro al día siguiente, la atrapó diciendo que era una de sus esclavas.

Sin embargo, el tío de la muchacha salió en su defensa diciendo que su sobrina no era una esclava. Apeló a las leyes y finalmente logró que se liberara a Virginia, con la condición de que se presentara al día siguiente ante Apio Claudio para dirimir la cuestión en la corte.

El tío de Virginia sabía que había alguna confabulación para hacerse con la hermosa muchacha, por lo que, sin perder un momento, envió un mensaje al padre, pidiéndole que acudiera cuanto antes para salvar a su hija de caer en las manos de un hombre tan malvado.

La muerte de Virginia

Al día siguiente, a la hora señalada, el cliente apareció ante Apio Claudio y dijo que Virginia era de su propiedad, declarando que su madre había sido su esclava. Esto no era cierto, y el tío de Virginia protestó ante tal afirmación, pero Apio dijo al momento que la muchacha debía irse con su cliente, porque ya habían acordado que luego el cliente se la daría a él, y se imaginó que nadie se atrevería a hacer suposiciones o a protestar.

El cliente puso sus manos sobre Virginia y estaba a punto de llevársela por la fuerza, cuando su desgraciado padre apareció. Casi sin aliento por la rapidez con la que había vuelto a Roma para salvar a su hija, comenzó a discutir con Apio Claudio para liberarla. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que todo sería en vano y que, a pesar de todo lo que pudiera decir o hacer, se llevarían a su hija como trofeo de aquellos malvados hombres.

En su desesperación, pidió al menos poder despedirse de Virginia, y se la llevó con tristeza a un lado. Sabía que ninguno de los presentes tendría el coraje de ayudarle a salvarla, y que la muerte era mucho mejor que la vida que le esperaba en casa de Apio Claudio. Inmediatamente cogió un cuchillo de una carnicería que había allí y se lo clavó en el corazón mientras decía:

—Querida hija, esta es la única forma en la que puedo salvarte.

Entonces le sacó el cuchillo del pecho y salió corriendo entre los guardias, que no se atrevieron a detenerlo, y se fue de Roma, jurando que se vengaría. Al llegar de vuelta al ejército, les contó a sus compañeros el trágico suceso causado por Apio Claudio, y entonces todos juraron ayudarle y marcharon hacia Roma.

Los decenviros no habían esperado una revuelta y no habían hecho ningún preparativo para defender la ciudad. Por tanto, el ejército marchó sin obstáculos y Apio fue arrojado a una celda; poco después lo encontraron estrangulado, y nadie se preocupó por averiguar cómo había ocurrido.

Ahora los decenviros fueron apartados de su puesto y se restauró el gobierno como había sido hasta entonces, pero las tablillas de bronce continuaron vigentes, pues las leyes que contenían eran, en general, buenas y justas para todo el pueblo.

Los planes de un traidor

Por un tiempo Roma estuvo debilitándose y, conforme crecían las disputas, los volscos y los ecuos se fortalecían y crecían más. Los patricios y los plebeyos continuaban en conflicto, y los soldados romanos se dejaban derrotar antes que luchar con toda su fuerza por un Estado que los trataba tan mal.

Los tribunos, esperando solucionar la situación, pidieron que los plebeyos tuvieran el derecho a casarse con gente fuera de su clase social y que incluso pudieran llegar a ser cónsules. La primera propuesta se aceptó, pero la segunda se denegó durante mucho tiempo.

Los dos cónsules seguían siendo elegidos entre los patricios, y el senado también dijo que dos nuevos magistrados, llamados *censores*, debían ser igualmente de la misma clase. El deber de los censores era contar a la gente, distribuir las tierras públicas de forma justa, decidir quién debía ser senador y acabar con los vicios y crímenes de todo tipo.

Pese a todo, se otorgó a los plebeyos el derecho de ostentar ciertos cargos de menor importancia, y esto, junto a la ley sobre los matrimonios, los satisfizo por el momento. Ahora lucharon de buena gana y derrotaron a los volscos. Todos esperaban que ahora la paz fuera duradera, pero los conflictos volvieron al poco tiempo. La causa principal en esta ocasión fue el hambre, pues, mientras que los plebeyos pasaban penalidades, a la vez veían que los patricios estaban bien provistos de comida, por lo que naturalmente les tenían envidia y odio.

Uno de los patricios ricos de Roma, un tal Espurio Melio, pensó que aquella sería una buena oportunidad para ganarse las afecciones del pueblo y, con la esperanza de conseguirlo, empezó a regalarles grano. Abrió las puertas de su casa, invitó a todos a que pasaran y se sentaran a la mesa y gastó su dinero de forma liberal.

Por supuesto todo esto parecía sumamente generoso, pero Espurio Melio no tenía ningún interés real en la gente, y los estaba tratando de forma tan amable solo porque quería que lo ayudaran a acabar con el gobierno y hacerse rey de Roma.

Muchos de los plebeyos dejaron de trabajar, pues preferían vivir ociosamente y dependientes de la caridad. Como suele pasar, la gente que no hace nada en su vida acaba descontenta, y así ocurrió al poco

tiempo, pues el pueblo se encontraba peor que nunca antes, a pesar de tener comida.

Espurio pensó que había llegado el momento adecuado, por lo que armó a sus seguidores y se preparó para tomar Roma. Afortunadamente para la ciudad, la conspiración fue descubierta por el senado, que volvió a designar dictador a Cincinato para salvar la ciudad de aquel nuevo peligro.

Aquel gran patriota tenía entonces ochenta años, pero seguía siendo tan valiente y resolutivo como siempre y no dudó ni un momento de cuál era su deber. Lo primero que hizo fue convocar a Espurio Melio, pero, como se negó a acudir, el mensajero de Cincinato lo mató a puñaladas.

A raíz de aquello, los plebeyos se vieron obligados a contentarse durante setenta años con los derechos que ya habían obtenido. Sin embargo, más adelante lograron que se les permitiera acceder a cualquier puesto en el Estado, y se hizo una ley que obligaba a que al menos uno de los cónsules y uno de los censores fuera de su clase.

No mucho después de la muerte de Espurio Melio volvió a haber una guerra con Veyes, que se prolongó varios años. Los romanos finalmente decidieron que su ciudad nunca estaría a salvo hasta que destruyeran por completo a su enemigo.

Aquella decisión se recibió con gran entusiasmo, y el ejército romano comenzó el asedio. Sin embargo, no tardaron en descubrir que no sería fácil hacerse con aquella ciudad. Emplearon diez años en vanos intentos de dominar las murallas, y fue solo cuando se nombró dictador a Camilo que los romanos fueron capaces de capturarla.

Camilo hizo que sus hombres cavaran un túnel hasta el centro de la ciudadela enemiga. Por tanto, habiendo conseguido entrar de esa forma, capturó o mató a los habitantes y luego destruyó las murallas que tantos problemas les habían dado. Cuando volvió a Roma, fue recompensado con un magnífico triunfo.

El maestro castigado

A la guerra contra Veyes le siguió pronto la guerra contra Faleria, y allí también el ejército romano tuvo que hacer un gran esfuerzo para tomar la ciudad. Sin embargo, un día un maestro de escuela se presentó ante Camilo, y traía a sus alumnos, que eran los hijos de los habitantes más importantes de Faleria.

Camilo se sorprendió al ver semejante grupo venir desde la ciudad, pero su sorpresa no tardó en convertirse en indignación cuando el traidor del maestro ofreció entregarle a los niños que estaban bajo su protección. Dijo que sus padres estarían dispuestos a negociar la paz bajo cualesquiera condiciones en cuanto se enteraran de que sus hijos eran prisioneros de los romanos.

En lugar de aceptar aquella propuesta, Camilo envió a los niños de vuelta con sus padres, y le dio a cada uno de ellos una vara para que azotaran al traidor mientras iban de camino de vuelta a la ciudad.

Cuando los padres se enteraron de que los niños debían su libertad a la generosidad del enemigo, se maravillaron. En lugar de continuar con la guerra, ofrecieron rendirse, y Camilo no solo aceptó las condiciones, sino que los hizo aliados de Roma. De esa forma terminó aquella segunda guerra, gracias a sus esfuerzos, y los romanos volvieron a celebrar una victoria.

A pesar de su éxito fuera de Roma, Camilo no era el más apreciado dentro. Poco después de volver de su última campaña, los romanos, que no le tenían gran aprecio, lo acusaron de haberse quedado parte del botín que se había tomado en Veyes.

Esta acusación era falsa, pero, a pesar de las protestas de Camilo, seguían repitiéndola y finalmente lo convocaron ante los magistrados para que se le juzgara. Esto era algo humillante, pero Camilo habría aceptado si hubiera tenido la esperanza de que el juicio sería justo.

Sin embargo, como todos los jueces eran sus enemigos, se negó a presentarse ante el tribunal y prefirió exiliarse y abandonar la ciudad; pero cuando estaba cruzando las puertas, no pudo contener su indignación y, alzando las manos hacia el cielo, imploró que sus conciudadanos fueran castigados por su ingratitud.

Aquel ruego fue atendido. No poco después de que Camilo hubiera dejado Roma, los galos, un pueblo bárbaro al norte de Italia, bajaron hacia el sur arrasando todo a su paso mandados por su caudillo, llamado Breno.

Estos bárbaros eran altos y fieros y robaban y mataban sin miramientos adondequiera que fueran. Antes de que los romanos pudieran hacer nada por frenarlos, se presentaron a las puertas de la ciudad de Clusio y la asediaron.

Los habitantes de Clusio eran amigos y aliados de los romanos, que enviaron tres embajadores de la familia Fabia para ordenar a los galos que se fueran. Breno los recibió con desprecio y no prestó atención a su petición.

Por tanto, ahora les tocaba a los Fabios, como embajadores, volver a Roma y permanecer neutrales. En lugar de eso, los hombres enviaron un mensaje a Roma, se unieron a los habitantes de Clusio y comenzaron a luchar contra los galos.

Breno se enfureció ante aquella falta de imparcialidad. Encolerizado, abandonó Clusio y emprendió la marcha hacia Roma, diciendo que haría pagar a los romanos la culpa de sus embajadores.

La invasión de los galos

Cuando los galos llegaron a la ciudad, se sorprendieron al ver las puertas abiertas, las calles abandonadas y las casas vacías. Al principio no se atrevían a entrar, no fueran a caer en una emboscada, pero, tranquilizados por el silencio, finalmente entraron. Conforme iban caminando por las calles, contemplaban con admiración los hermosos edificios.

Finalmente llegaron al foro, y allí volvieron a detenerse maravillados frente a aquellos ancianos sentados en silencio y quietos en las sillas. Aquella visión era tan impresionante que se quedaron pasmados y empezaron a preguntarse si se trataba de personas reales o de estatuas.

Uno de los galos, deseoso de averiguarlo, extendió la mano para tocar la barba de uno de los sacerdotes. Aquel gesto los romanos lo consideraban un insulto, por lo que el anciano levantó su vara y golpeó al bárbaro en la cabeza.

El galo quedó indignado por el golpe, por muy débil e inofensivo que fuera, y de un tajo le cortó la cabeza al sacerdote. Aquello fue el comienzo de la masacre: los sacerdotes y senadores fueron aniquilados, y luego comenzó la rapiña.

Tras saquear todas las casas y templos y llevarse o destruir sus preciosos contenidos, los bárbaros prendieron fuego a la ciudad, que no tardó en convertirse en un montón de escombros. Aquel fuego tuvo lugar el año 390 a. C., y en él murieron muchos registros de la historia temprana de Roma. Por culpa de esa pérdida, no queda mucha información fiable de aquella época, pero los romanos, poco a poco, fueron compilando la historia que hemos estado contando hasta ahora.

Ahora sabemos que muchas de estas historias no pueden ser ciertas, y que muchas otras deben de ser verdades a medias. Este es también el caso de las siguientes historias, pues los primeros historiadores no empezaron a escribir hasta muchos años después de aquel incendio de Roma. Sin embargo, los romanos creían a pies juntillas todas esas historias, y la gente de hoy en día tiene que conocer tan bien las historias falsas como las verdaderas y las dudosas.

Los gansos sagrados

Roma quedó destruida, excepto el Capitolio, donde el pequeño ejército estaba atrincherado tras las enormes murallas construidas hacía tiempo por Tarquinio. Aquella fortaleza estaba situada en lo alto del monte Capitolino, de modo que los galos no podían tomarla fácilmente.

Cada vez que trataban de escalar las escarpadas laderas, los romanos les daban un baño de flechas y piedras, y día tras día los galos permanecieron en su campamento al pie del Capitolio a la espera de que los romanos, acuciados por la falta de comida, se rindieran.

Los soldados comprendieron que ese era el plan de Breno, así que, para convencerlo de que era en vano, arrojaron hogazas de pan ladera abajo hacia los galos. Cuando el caudillo galo vio aquellos inusuales proyectiles, comenzó a dudar sobre el éxito de su plan, pues, si los romanos estaban dispuestos a tirarles pan, sin duda aún debían de tener muchas provisiones.

Sin embargo, una noche, uno de los centinelas del campamento galo vio a un soldado romano bajando descalzo y sin hacer ruido la ladera sobre la cual estaba el Capitolio. Se trataba de un mensajero que había ido a informar a los fugitivos de Roma y pedirles que acudieran en su auxilio.

El galo informó de lo que había visto a Breno, y este decidió hacer algo atrevido para sorprender a los romanos la noche siguiente. Mientras las agotadas tropas dormían, los galos escalaron en silencio siguiendo el mismo camino que el romano la noche anterior.

Los bárbaros iban escalando, cuando un ruido accidental de una de sus armaduras despertó a los gansos sagrados que vivían en el Capitolio. Sus agitados graznidos despertaron inmediatamente a un soldado romano llamado Manlio.

Este hombre miró hacia la muralla y vio a un enorme galo sobre ella. Corrió hacia él y no le resultó difícil empujarlo y tirarlo de cabeza. Al caer, el galo golpeó a sus compañeros, que iban escalando de forma bastante inestable, y todos los galos fueron cayendo. Entonces, Manlio corrió a dar la voz de alarma.

Los galos habían perdido toda esperanza de tomar por sorpresa a los romanos del Capitolio, por lo que Breno ofreció marcharse de Roma con la condición de que el senado le entregara mil libras romanas de oro, unos 330 kg. Aquello era un precio sumamente alto para

recuperar una ciudad en ruinas, pero los romanos no pudieron sino aceptar.

Cuando reunieron el oro y empezaron a pesarlo, se dieron cuenta de que los bárbaros habían colocado pesos trucados en la balanza para conseguir más oro del pactado. Los romanos se quejaron, pero Breno, en lugar de corregirlo, tiró también su espada a la balanza, diciendo entre carcajadas:

—¡Ay de los vencidos!

Mientras los romanos estaban allí dudando sin saber qué hacer, Camilo, el que había sido exiliado, entró en la ciudad con su ejército y fue en su ayuda. Cuando se enteró de las insolentes demandas de los bárbaros, mandó a los senadores llevarse el oro y exclamó con orgullo:

—¡Roma se rescata con la espada, no con oro!

Entonces retó a Breno a luchar, y tuvo lugar poco después la batalla en la que los galos fueron derrotados con gran matanza y expulsados de Roma. En cuanto se hubieron ido los restantes bárbaros, los fugitivos romanos empezaron a volver y hubo muchos lamentos cuando vieron su ciudad y sus hogares destruidos.

En lugar de perder el tiempo en inútiles lágrimas, se pusieron manos a la obra y reconstruyeron sus casas con las rocas de las ruinas; y, como cada ciudadano situó su casa donde le pareció, el resultado fue muy irregular.

Manlio, el soldado que salvó el Capitolio de los galos, fue recompensado con el sobrenombre de Capitolino, una casa y una pensión. Estaba tan orgulloso de aquellos honores que se le subieron a la cabeza y quiso ser rey de Roma. Maquinó un plan para obtener el mando de la ciudad, pero lo descubrieron antes de que pudiera llevarlo a cabo.

Por tanto, acusaron a Manlio Capitolino de traición y lo arrestaron. Fue juzgado, hallado culpable y sentenciado a muerte. Como a cualquier traidor, lo arrojaron desde lo alto de la roca Tarpeya, y de esa forma murió al pie de la montaña que hacía poco él mismo había salvado del asalto de los galos.

Dos héroes de Roma

No mucho después de la partida de los galos y del trágico final de Manlio Capitolino, los romanos se asustaron al ver un gran abismo en medio del foro. Aquel agujero era tan profundo que no se podía ver el fondo, y, aunque los romanos se esforzaron por rellenarlo, todo el trabajo parecía ser en vano.

Desesperados, fueron a consultar a los sacerdotes como de costumbre, y, tras muchas ceremonias, los augures les dijeron que aquel abismo se cerraría solo cuando la cosa más preciada en Roma hubiera sido arrojada a las profundidades.

Las mujeres empezaron a tirar sus joyas, pero el abismo continuaba como siempre. Finalmente, un joven llamado Curcio dijo que las posesiones más preciadas de Roma eran sus hombres heroicos y, por el bien de la ciudad, se preparó para sacrificarse.

Ataviado con su armadura, se montó en un robusto corcel y galopó valientemente hacia el foro. Entonces, en presencia de todos los reunidos allí, hizo correr al caballo y saltó al abismo, que se cerró al momento tras tragárselo para siempre.

Aunque esta historia es muy improbable, los romanos se la contaban siempre a sus hijos, y Curcio siempre fue considerado un ejemplo de gran patriotismo. El lugar donde se decía que esto había ocurrido se quedó cenagoso por un tiempo y se le puso el nombre de *lago Curcio*; incluso después de secarse por completo siguió conociéndoselo así.

El mismo año que Curcio se había sacrificado por el bien del pueblo, también murió Camilo. Todos los romanos lo lamentaron y lo nombraron segundo fundador de Roma porque había animado a la gente a reconstruir la ciudad después de que los galos la destruyeran hasta los cimientos.

Los escritores romanos afirman que varios sucesos importantes tuvieron lugar por esta época, y entre ellos estaba el duelo entre Valerio y un galo gigantesco. Por lo visto, el bárbaro, que le sacaba una cabeza y los hombros al siguiente más grande, tenía la costumbre de salirse de la formación y retar a los romanos a luchar con él.

Temerosos de vérselas con un guerrero mucho más alto y fuerte que ellos, los soldados no osaban aceptar; pero uno de ellos, llamado Valerio, estaba tan irritado por las burlas del galo que finalmente aceptó el reto y se dispuso a luchar valerosamente. Aunque era mucho más pequeño que su oponente, Valerio tenía una ventaja, y es que lo

ayudó un cuervo entrenado para atacar a los enemigos en los ojos.

El galo pensó que obtendría la victoria con facilidad y estuvo fanfarroneando un rato, pero, antes de que pudiera dar ni un tajo, Valerio y el cuervo lo atacaron. Tratando de esquivar los picotazos, el galo se distrajo de los golpes de Valerio y no tardó en caer muerto al suelo.

En conmemoración del duelo con el galo y de la ayuda que había recibido del cuervo, Valerio fue conocido a partir de entonces como Marco Valerio Máximo Corvo.

El desastre de las Horcas Caudinas

Valerio no fue el único romano que ganó renombre gracias a derrotar a un galo en combate singular. Había otro miembro de la familia Manlia, como el salvador del Capitolio.

Manlio, como Valerio, logró matar a su enemigo y, como trofeo, le arrebató el torque, una especie de collar de oro contorneado en espiral que los caudillos galos solían llevar. Como a Manlio le gustaba mostrarse con el trofeo al cuello, los romanos empezaron a llamarlo Torcuato, en relación al torque.

Llegó el momento en que Torcuato fue elegido cónsul y, de esa forma, obtuvo el mando de las tropas romanas. Consideraba que los soldados no estaban bien entrenados y que no tenían buena disciplina, por lo que tomó la decisión de reformar el ejército. Así pues, dio órdenes estrictas de que cada soldado obedeciera inmediatamente, y añadió que condenaría a muerte a cualquiera que se lanzara a la batalla sin esperar la señal.

Muchos soldados romanos estaban ansiosos por sobresalir, y a algunos de ellos no les gustó aquella orden. En la siguiente batalla, el propio hijo del general estaba tan deseoso de comenzar la pelea que fue el primero en desobedecer las nuevas órdenes.

Sabiendo que la disciplina debe mantenerse a toda costa, Torcuato hizo llamar a su hijo en cuanto terminó el combate. Entonces, fiel a su promesa, hizo que lo ejecutaran en presencia de todo el ejército.

Aquel ejemplo de disciplina militar impresionó tanto a los romanos que ninguno de ellos se atrevió a desobedecer a su general desde ese momento. Se recobraron el orden y la disciplina, y el ejército volvió victorioso a Roma. El senado felicitó a Torcuato, no solo por la victoria, sino también por el coraje que había mostrado al mantener su palabra, incluso si eso conllevó la muerte de su hijo.

El senado nunca olvidaba felicitar y recompensar a los generales victoriosos, pero estos mismos hombres siempre consideraban que era una enorme desgracia si el ejército era derrotado, y a menudo dejaban ver bien claro su disgusto al desafortunado general.

Por tanto, cuando Espurio Postumio, uno de los cónsules, cayó en una emboscada durante una guerra con los samnitas, quedaron ciertamente disgustados. Los romanos se vieron atrapados en el desfiladero de una montaña, conocido como las Horcas Caudinas, y, al verse rodeados desde todas partes, tuvieron que rendirse. Entonces

todo el ejército fue sometido a la humillación de pasar bajo el yugo, y el cónsul tuvo que prometer que Roma no retomaría la guerra.

Cuando Postumio volvió a Roma, fue severamente criticado por los senadores, que estaban sumamente enfadados por la promesa que había hecho de no volver a luchar con los samnitas. En su cólera, juraron que no mantendrían la promesa que él había hecho. Entonces Postumio les dijo que, dado que su conducta les disgustaba tanto, más les valía que lo ataran de pies y manos y lo enviaran a los samnitas.

Por raro que parezca, el senado le tomó la palabra, y Postumio, atado como un criminal, fue llevado al campamento samnita. Cuando los enemigos oyeron que, aunque atado de semejante forma, había ido por su propia voluntad, se sorprendieron y admiraron su coraje. Sabían que los romanos iban a retomar la guerra, pero se negaron a vengarse sobre Postumio y lo devolvieron sin hacerle daño.

Se dice que otro romano también mostró gran patriotismo durante las guerras contra los samnitas. Se trata del cónsul Decio, que oyó a los augures decir que la victoria sería para el ejército cuyo comandante fuera lo suficientemente generoso como para sacrificar su vida por el bien de su país.

Así pues, en cuanto dio la señal, Decio se lanzó contra los enemigos sin intentar ni siquiera atacar o defenderse, por lo que cayó casi al momento entre los golpes de los adversarios.

Los soldados, enardecidos por el ejemplo de Decio, lucharon tan valientemente por su país que no tardaron en obtener una brillante victoria y pudieron regresar triunfantes a casa.

Los romanos tuvieron que luchar en muchas guerras durante los años siguientes a la visita de los galos. Tomaron muchas ciudades, gradualmente extendieron las fronteras de Roma y, tras luchar tres guerras contra los perseverantes samnitas, pensaban que tendrían algo de paz.

Los samnitas, que se habían levantado tres veces contra los romanos, eran un pueblo poderoso y valiente. Vivían al este y el sureste del Lacio, y una de sus principales ciudades era Herculano, de la que hablaremos más adelante.

Pirro y sus elefantes

Aunque derrotados en tres guerras, los samnitas no estaban completamente sometidos. Sin embargo, sabían que no serían capaces de derrotar a Roma por sí solos, por lo que empezaron a buscar a algún aliado poderoso.

Al sur de su región, cerca del mar, había diversas ciudades fundadas por colonias griegas que habían ido allí hacía muchos años. Esas ciudades eran ricas y florecientes, y tan poderosas que muchas ciudades y tribus de Italia perseguían su alianza.

Una de las ciudades griegas más poderosas era Tarento, situada en lo que ahora es conocido como golfo de Tarento. Por tanto, los samnitas se dirigieron a aquella ciudad para buscar ayuda y consiguieron una alianza con ellos. Sabían que la gente de Tarento había obtenido la mayoría de su riqueza con el comercio, y que tenían fantásticos barcos y navegaban por todo el mar Mediterráneo.

No mucho después de formada la alianza entre los samnitas y los tarentinos, los romanos se quejaron de que sus barcos hubieran sido atacados por marineros tarentinos y pidieron una compensación. La ciudad griega se negó a disculparse o a pagar indemnización alguna, por lo que comenzó una disputa entre las dos partes que terminó en una declaración de guerra.

La gente de Tarento no se sentía lo suficientemente poderosa, incluso con la ayuda de los samnitas, como para enfrentarse al ejército romano, y pidieron ayuda a Epiro, un reino griego al otro lado del mar Adriático.

Pirro, el rey de Epiro, era un hombre valeroso y buen general. Su mayor ambición era imitar a Alejandro Magno y conquistar el mundo entero. Por tanto, pensó que aquella sería una oportunidad excelente de comenzar, y envió un gran ejército a Italia.

Para completar el tratado de alianza con Tarento, también envió a un hombre llamado Cíneas, famoso por su elocuencia y discípulo del gran orador Demóstenes. El propio Pirro fue a Italia al poco tiempo, donde pasó revista con orgullo a sus fuerzas, que contaban con veinticinco mil hombres, además de elefantes entrenados para la batalla.

Al llegar al sur de Italia, Pirro contempló con desprecio a los tarentinos, pues contrataban a mercenarios en vez de luchar ellos y pasaban el día comiendo y de relax y yendo a los baños y al teatro.

Por tanto, Pirro les dijo que, a menos que se pusieran a entrenar, nunca serían capaces de luchar, y ordenó cerrar tanto los baños como los teatros. Luego trató de entrenarlos y hacerlos tan buenos guerreros como sus propios soldados, a los que había instruido en la formación de falange característica de las tropas de Alejandro de Macedonia.

Aunque la gente del sur de Italia era tan floja y debilucha, Pirro sabía que los romanos eran enemigos dignos de él. Ya había oído hablar de sus batallas, y sospechaba que las legiones romanas serían duras de pelar incluso para la falange macedonia.

Los dos bandos necesitaban la victoria, y, cuando los ejércitos se enfrentaron en Heraclea, hubo una terrible batalla. Los romanos no habían visto elefantes antes, por lo que se quedaron aterrorizados al oír los trompeteos de los animales y más aún al ver cómo agarraban romanos con las trompas y los aplastaban con sus enormes patas.

A pesar de su miedo, los romanos lucharon con gran valor, pero finalmente se vieron obligados a retirarse. Perdieron quince mil hombres aquel desastroso día, y unos mil ochocientos fueron hechos prisioneros.

Pirro obtuvo la victoria, pero la pagó a un precio tan alto que dijo:

—Otra victoria como esta y tendré que volver a casa sin ejército.

Como, aun así, fue el vencedor, permaneció en el campo de batalla y al día siguiente fue caminando por él. El suelo estaba repleto de muertos, pero los soldados romanos habían muerto de heridas por delante, lo que significaba que ninguno había emprendido la huida.

Pirro se admiró tanto ante aquello, y también cuando vio la expresión de sus rostros, que incluso en la muerte conservaban la entereza, que exclamó:

—¡Qué fácil sería conquistar el mundo si tuviera soldados romanos, o si me hicieran su rey!

La derrota de los elefantes

Tras aquella horrorosa batalla en Heraclea, Pirro no se decidía a volver a enfrentarse a los romanos, por mucho que los hubiera derrotado. Por tanto, envió al elocuente Cíneas a Roma para tratar de acordar la paz. Sin embargo, los elaborados discursos del orador no tuvieron efecto y, cuando Pirro trató de sobornar a los senadores para hacer lo que él quería, se encontró con que eso también fue en vano.

Fabricio, el embajador romano, fue a su tienda de campaña, y Pirro trató de aterrorizarlo colocando un elefante oculto tras la tienda y haciéndole sonar la trompa en un momento dado. Fabricio nunca había escuchado algo tan horrísono, y se imaginó que había llegado su hora, pero siguió manteniéndose firme en la negativa de la paz.

No habiendo conseguido nada mediante la elocuencia, el soborno ni la intimidación, Pirro volvió a prepararse para luchar. Los romanos, mientras tanto, habían reunido otro ejército. Ahora ya estaban acostumbrados a los elefantes, y el trompeteo ya no los asustaba. Volvieron a vérselas con Pirro en Ásculo, y una vez más fueron derrotados, pero esta vez sus pérdidas no fueron tantas como las del enemigo.

Los romanos aún no habían perdido la esperanza, a pesar de las derrotas. Aunque naturalmente odiaban a Pirro, sin embargo, sabían que era un enemigo honorable y que se enfrentarían a él en una batalla justa. Así pues, cuando un médico le escribió a Fabricio ofreciéndole envenenar a su amo Pirro, el honrado romano se indignó.

En lugar de responder a aquella carta llena de traición, Fabricio se la reenvió a Pirro para advertirle de que no confiara en su traicionero médico. La advertencia, enviada por un enemigo, impresionó a Pirro, que se llenó de admiración por la virtud del general romano y gritó:

—¡Sería tan fácil desviar al sol de su curso como a ti de tu honor, nobilísimo Fabricio!

En lugar de continuar la guerra, Pirro devolvió todos los prisioneros que había tomado y ofreció una tregua. Los romanos la aceptaron, y Pirro se marchó a Sicilia, pues esperaba conquistarla más fácilmente; pero al poco tiempo se vio obligado a volver a Italia y, al abandonar la fértil isla, dijo triste:

—¡Qué buen campo de batalla dejamos para Roma y Cartago!

Aquello era ciertamente verdad, como se verá. Al regreso de Pirro a

Italia, hubo un último encuentro entre él y el ejército romano. En esta ocasión, los romanos estuvieron lanzando contra los elefantes bolas incendiarias. Los elefantes, aterrorizados ante aquellos proyectiles, se descontrolaron por el dolor y se volvieron para huir, aplastando a los propios soldados de Pirro.

Entonces los romanos aprovecharon la confusión y, cuando la batalla terminó, Pirro volvió a casa para llorar la pérdida de veintitrés mil valerosos soldados.

Sus expectativas de conquistar Italia habían sido destruidas, pero, como seguía queriendo rivalizar con Alejandro, lo siguiente que hizo fue tratar de apoderarse de Grecia. Sin embargo, mientras luchaba allí, todo terminó para él. Una vez, mientras iba pasando por una calle, una anciana le tiró a la cabeza una teja con tanta fuerza que lo mató.

Los tarentinos, abandonados por Pirro, seguían sin estar dispuestos a rendirse a Roma, por lo que comenzaron a buscar otro aliado. El más poderoso que pudieron encontrar fue Cartago, la ciudad fundada por Dido, así que fueron allí a solicitar ayuda.

A pesar del poder naval de los cartagineses, los romanos pronto se apoderaron de Tarento. Destruyeron las murallas de la ciudad, pero perdonaron a los habitantes y les permitieron continuar su vida y el comercio bajo la protección de Roma.

La guerra terminó, y el ejército volvió a Roma, donde se celebró un magnífico triunfo en honor del cónsul victorioso. En la procesión iban cuatro de los elefantes de guerra que los romanos habían capturado, y todos se maravillaron ante aquellas inmensas criaturas que veían entonces por primera vez.

La primera victoria naval de los romanos

Los barcos antiguos eran muy diferentes a los de los últimos siglos: no se movían gracias al vapor ni otras tecnologías posteriores, sino solo gracias a las vejas y a los remos. Como las velas no servían de nada a menos que soplara el viento en la dirección apropiada, era muy frecuente tener que usar los remos.

Incluso los barcos más grandes se movían gracias a los remeros, normalmente esclavos bien entrenados para la tarea, que se sentaban en bancas situadas a lo largo de cada uno de los costados del navío, e iban remando despacio o rápido según las instrucciones del cómitre o encargado de los remeros.

Estas embarcaciones con muchos remeros eran galeras (aunque hoy en día normalmente llamamos así a barcos de épocas posteriores). Cuando a cada lado había dos filas de remeros, eran birremes; los de tres filas, trirremes; y los de cinco, quinquerremes.

Había otras disposiciones, pero para la guerra los más comunes eran los trirremes y los quinquerremes. Para la batalla, los barcos estaban provistos de un espolón, una punta de metal, con el que el barco cargaba a máxima velocidad contra el costado de la nave enemiga para tratar de partirla en dos.

De todos los pueblos asentados alrededor del mar Mediterráneo, los cartagineses eran los mejores marineros. Vivían en Cartago, en África, y, como su ciudad era lo único que poseían al principio, se dedicaron al comercio. De esa forma los cartagineses amasaron grandes riquezas, y su ciudad, cerca de la actual Túnez, era una de las más ricas del mundo.

Durante sus viajes, los marineros cartagineses a menudo visitaban Sicilia, uno de los lugares más fértiles del mundo. Empezaron a establecer relaciones comerciales allí y poco a poco iban ganando terreno en la isla. Los romanos vieron el avance de los cartagineses con gran desagrado, pues desde Sicilia es muy fácil cruzar a la península de Italia, y no les hacía gracia tener a un pueblo tan poderoso como vecinos.

La ciudad de Siracusa era por entonces la más grande y poderosa de la isla, aunque los cartagineses habían luchado ya contra ellos. Había otra ciudad que era independiente, ocupada por una banda de

soldados llamados mamertinos. Una disputa entre estas dos ciudades llevó a la guerra, y los mamertinos fueron derrotados de forma tan aplastante que pidieron auxilio a los romanos.

Cuando Hierón, el rey de Siracusa, oyó que Roma estaba planeando ayudar a sus enemigos, buscó ayuda en Cartago y comenzó a prepararse para la guerra que habría. Sin embargo, los romanos se atrevieron a cruzar a Sicilia y obtuvieron tantas grandes victorias que Hierón tuvo que hacer la paz con ellos y quedó como amigo de los romanos hasta su muerte.

De esta forma, los cartagineses se vieron obligados a continuar la guerra sin la ayuda de Siracusa. Mientras que las legiones romanas eran conocidas por su bravura en tierra, los romanos se dieron cuenta de que Cartago les llevaba ventaja en aquella coyuntura, pues tenían muchos más barcos.

Hacía falta una armada para proseguir con la guerra de forma exitosa y, como los romanos no tenían naves de guerra, comenzaron a construirlas de inmediato. Usaron como modelo un quinquerreme cartaginés que había naufragado en sus costas. Mientras los constructores navales hacían las ciento veinte naves que compondrían la flota, los futuros capitanes entrenaban a sus tripulaciones de remeros cada día.

Tal era la energía de los romanos que en el corto periodo de dos meses la flota estaba preparada. Como los romanos tenían más experiencia en el combate cuerpo a cuerpo que en cualquier otro tipo de lucha, cada barco estaba provisto de garfios para poder enganchar a las naves enemigas, de modo que los soldados romanos pudieran abordarlas y luchar cuerpo a cuerpo.

La flota se encomendó a Duilio Nepote, que se enfrentó a las naves cartaginesas cerca de Milas, cerca de la costa de Sicilia, y obtuvo una victoria aplastante. La mayoría de las naves enemigas fueron capturadas o hundidas y, cuando Duilio regresó a Roma, el senado le otorgó el primer triunfo naval.

En la procesión, el vencedor iba seguido por sus marineros, que llevaban los espolones de bronce de las naves cartaginesas. Aquellos espolones, llamados *rostra* en latín (es decir, como los picos de las aves), luego se colocaron en una columna del foro, cerca de la tribuna de los oradores, que pasaría a ser conocida como Rostra, por estar adornada con los espolones.

Duilio además recibió el honor de ser acompañado por una comitiva

de flautistas y portadores de antorchas, que lo acompañaban a casa desde los banquetes a los que acudía. Como nadie más podía presumir de semejante comitiva, aquello fue considerado un gran privilegio.

Régulo y la serpiente

La guerra contra Cartago duró muchos años, con diversas interrupciones. Los cartagineses hacían muchas promesas a los romanos, pero las rompían tan a menudo que se hablaba de *Punica fides* (es decir, 'lealtad cartaginesa') para hablar de traición o engaño.

Cuando los dos bandos quedaron exhaustos de la larga disputa, los romanos resolvieron finalizarla llevando la guerra a África. Se envió entonces un ejército bajo el mando de Régulo. Los hombres desembarcaron en África, donde les esperaba una nueva y terrible experiencia.

Un día poco después de su llegada, el campamento cayó presa del pánico por la aparición de una de las monstruosas serpientes por las que África era conocida, pero que los romanos nunca habían visto. Los hombres huyeron aterrorizados, y la serpiente podría haber puesto en fuga a todo el ejército si no hubiera sido por la entereza de su líder.

En lugar de huir con los demás, Régulo aguantó su posición y mandó que le trajeran una de las pesadas máquinas que pensaban usar para lanzar piedras contra Cartago. Con una balista o catapulta, como esas máquinas se llamaban, podrían lapidar a la serpiente sin riesgo para ellos.

Tranquilizados por sus palabras y su ejemplo, los hombres obedecieron y cumplieron con el plan, de modo que consiguieron matar a la serpiente sin problema. Se quedaron su piel como trofeo del suceso y la enviaron a Roma, donde la gente la contempló con admiración, pues se dice que el monstruo medía más de treinta metros de largo. Sin duda, ¡a los romanos se les daba bien exagerar!

Tras deshacerse de la serpiente, el ejército romano prosiguió con la guerra contra los cartagineses, que tenían un ejército más grande, además de muchos elefantes de guerra, por lo que los romanos acabaron totalmente derrotados, y Régulo fue hecho prisionero y llevado a Cartago encadenado.

Los cartagineses habían obtenido aquella gran victoria gracias a un general griego llamado Jantipo, a quien por supuesto estaban muy agradecidos; pero se dice que más tarde, por envidia de algunos, sabotearon su barco para que se ahogara.

Los gobernantes de Cartago no tardaron en lamentar la muerte de Jantipo, pues los romanos, tras reunir un nuevo ejército, obtuvieron diversas victorias en Sicilia y expulsaron de la isla al general

cartaginés, Asdrúbal.

Como ya hemos visto, la gente en aquellos tiempos recompensaba a sus generales victoriosos, pero, cuando perdían una batalla, tendían a considerar al general como a un criminal y lo castigaban por su mala suerte, ya fuera con penas como el destierro o incluso con la muerte. Así, cuando Asdrúbal volvió a Cartago derrotado, la gente, indignada, lo condenó a muerte.

Entonces los cartagineses, agotados de la guerra que ya duraba más de quince años, enviaron una embajada a Roma para proponer la paz, pero los romanos rechazaron las propuestas. Por aquellos días Régulo había muerto en Cartago, y más adelante los romanos contaron una historia bastante conocida.

Dicen que los cartagineses enviaron a Régulo con una embajada, tras hacerle prometer que volvería a Cartago si no se confirmaba la paz. Lo hicieron así considerando que, para procurarse la libertad, les aconsejaría a los romanos que detuvieran la guerra.

Sin embargo, Régulo era demasiado patriota como para buscar su propio beneficio sobre el de su país. Cuando los senadores romanos le preguntaron cuál era su consejo, les dijo que continuaran la guerra, y entonces, aunque los romanos trataron de retenerlo allí, él insistió en mantener su promesa y volver a Cartago prisionero.

Cuando llegó a Cartago con la embajada y se supo que había aconsejado continuar la guerra, los cartagineses se enfurecieron y lo sentenciaron a muerte tras horrorosos tormentos.

La guerra continuó siete u ocho años más, hasta que incluso los romanos desearon la paz. Roma y Cartago acordaron una tregua que puso final a la mayor guerra que los romanos habían soportado hasta entonces, la primera guerra púnica.

Aníbal cruza los Alpes

La paz acordada tras tantos años de lucha fue bien recibida, y los romanos se alegraron de poder cerrar las puertas del templo de Jano por primera vez desde los días de Numa Pompilio, el segundo rey de Roma.

Como no había que luchar en ninguna parte, la gente empezó a cultivar las artes de la paz. Por primera vez en sus ocupadas vidas, se interesaron profundamente por la poesía y disfrutaron las sátiras, las tragedias y las comedias; pero, mientras que el primer tipo de poesía fue una invención propia, las otras formas de literatura las tomaron de los griegos.

Sabían que no podrían disfrutar de una vida sin acción por demasiado tiempo, por lo que hicieron diversas mejoras a sus armas y defensas y se prepararon para guerras futuras. Entonces, para evitar que se les oxidaran las armas, se unieron a los aqueos en las guerras contra los piratas que infestaban el mar Adriático.

Poco después de eso, los galos volvieron a invadir Italia y bajaron a Etruria, a tres días de marcha de Roma. Los ciudadanos corrieron a las armas para frenar su avance y los derrotaron en una batalla campal. Los romanos mataron a cuarenta mil bárbaros y capturaron a diez mil.

En un segundo encuentro, el rey de los galos resultó muerto, y su pueblo tuvo que comprar la paz a los romanos a cambio de entregarles todas las tierras que ocupaban en la parte norte de Italia.

Mientras los romanos estaban ocupados con estas conquistas, los cartagineses no se habían quedado parados tampoco. En muy poco tiempo su comercio volvió a ser boyante, y conquistaron cerca de media península ibérica. Entonces, en cuanto hubieron obtenido suficiente dinero y estuvieron preparados, rompieron el tratado que habían hecho con los romanos asediando Sagunto, una ciudad ibera bajo la protección de los romanos.

El senado romano envió una embajada a Cartago para quejarse de la violación del tratado y exigir que se les entregara al general que había tomado Sagunto. Este general era Aníbal, un hombre que odiaba a los romanos incluso más de lo que odiaba a su propio país. Siendo solo un niño, había jurado solemnemente en el altar de uno de los dioses cartagineses que lucharía contra Roma mientras estuviera vivo.

Aníbal era un líder nato, y su dignidad, resistencia y entereza lo hicieron uno de los más famosos generales de la Antigüedad. Los

cartagineses aún no habían tenido suficiente tiempo de comprobar sus habilidades, pero tampoco estaban dispuestos a entregarlo. Cuando el embajador romano, Fabio, vio aquello, se metió en la asamblea con la túnica bien cerrada, como si llevara escondido algo dentro.

—Aquí os traigo la paz y la guerra —dijo—: ¡elegid!

Los cartagineses, sin asustarse por aquello, le replicaron:

—¡Elige tú!

—Entonces, es la guerra —respondió Fabio, e inmediatamente se volvió y regresó a Roma para dar a conocer el resultado de su misión.

Aníbal, mientras tanto, continuaba la guerra en Hispania y, cuando hubo cruzado hasta el norte, llevó a su ejército de más de cincuenta mil hombres por los Pirineos y cruzó la Galia. Su objetivo era entrar en Italia por el norte y continuar la guerra allí en lugar de cualquier otro lugar. Aunque era casi invierno y ante él se alzaba la gran barrera de los Alpes, siguió adelante con sus hombres.

Aquella empresa parecía imposible, y ningún otro hombre la habría intentado siquiera. Sin embargo, gracias a la determinación y energía de Aníbal, el ejército cruzó por los precipicios y la nieve. Aunque alrededor de la mitad de sus hombres murió de frío o por los ataques de los habitantes hostiles, los demás llegaron finalmente a las llanuras de Italia. Les llevó unas dos semanas cruzar los Alpes.

Aníbal aplasta a los romanos

Cuando los romanos se enteraron de que Aníbal estaba cada vez más cerca, el cónsul Escipión avanzó con un ejército a enfrentarse a él, y las dos fuerzas se encontraron frente a frente cerca del río Tesino. Allí tuvo lugar una batalla en la que Aníbal, apoyado por tropas galas, obtuvo una brillante victoria.

Hubo una segunda batalla, en la que ganó gracias a una estratagema en el río Trebia, donde los romanos sufrieron una horrorosa matanza. Aplastados dos veces, los romanos se le enfrentaron una vez más, solo para acabar derrotados de forma aún más aplastante a orillas del lago Trasimeno.

Ante la amargura de las noticias de aquellos desastres, el pueblo romano le dio el mando del ejército a Fabio, un hombre conocido por su coraje no menos que por su cautela.

Fabio no tardó en darse cuenta de que los romanos no serían capaces de derrotar a Aníbal en una batalla campal, por lo que, en lugar de enfrentársele abiertamente, hacía guerra de guerrillas, le cortaba los suministros y le dificultaba el avance.

En una ocasión, tras apoderarse del paso de una montaña, Fabio incluso logró dejar encerrados a los cartagineses, y pensó que podría mantenerlos allí y obligarlos a rendirse por la falta de comida; pero Aníbal logró escapar. Por orden suya, juntaron todos los bueyes que iban con el ejército para cargar con las provisiones. Les ataron antorchas en los cuernos y las encendieron. Cegados y aterrorizados, los bueyes iniciaron una estampida contra las tropas romanas, que se vieron obligadas a retirarse para no acabar aplastadas por los animales. Los cartagineses entonces aprovecharon la confusión y la oscuridad para salir de su desfavorable posición, y así escaparon de la encerrona.

Fabio se vio obligado ahora a compartir su mando con otro general, al que no le gustaba el plan de evitar las batallas campales. Este general avanzó contra Aníbal y comenzó a luchar, y habría pagado cara su imprudencia si no hubiera ido Fabio a rescatarlo justo a tiempo.

Siguiendo aquellas tácticas tan sumamente prudentes, que ya tenían incluso el nombre de *tácticas fabianas*, Fabio evitó que Aníbal pudiera tomar la sartén por el mango. Pero cuando terminó su periodo al mando, sus sucesores, los cónsules Varrón y Emilio, creyendo que serían más listos que él y terminarían la guerra, volvieron a

aventurarse a luchar contra los cartagineses.

La batalla tuvo lugar en Cannas, y los romanos volvieron a ser derrotados con enormes pérdidas. Emilio cayó, pero al menos logró enviar un mensaje a Roma para que la gente fortificara la ciudad y reconociendo que era mucho más sabio continuar con las tácticas fabianas.

Fueron aniquilados tantos romanos en aquel terrible día en Cannas que se dice que Aníbal envió a Cartago una enorme cantidad de anillos de oro arrebatados a los caballeros romanos muertos.

Cuando llegaron a Roma las noticias de la derrota, el pueblo, aterrorizado, empezó a temer que Aníbal marcharía sobre ellos mientras se encontraban indefensos, y que de esa forma se apoderaría de la ciudad. Empezaron a apelar a Fabio, que restauró el coraje y el orden, llamó a los ciudadanos a las armas e incluso instruyó a los esclavos para luchar.

Aníbal, mientras tanto, había ido a Capua, donde quería pasar el invierno para descansar tras un viaje tan largo y tantas fatigas y para reclutar más hombres. El clima era tan favorable, la comida era tan abundante, las termas eran tan acogedoras, que muchos de los cartagineses se volvieron autocomplacientes y, tras unos meses allí, no eran capaces de luchar adecuadamente.

Desde entonces, cuando la gente se relaja demasiado sin pensar en las obligaciones, hay quien habla de *entregarse a los placeres de Capua*.

El inventor Arquímedes

Hierón, el rey de Siracusa, murió poco después de la batalla de Cannas. Había ayudado mucho a los romanos, pero sus sucesores se aliaron con los cartagineses y le declararon la guerra a Roma.

Los romanos, sin embargo, habían vuelto a tener ánimo cuando se enteraron de que Aníbal había decidido proseguir a Capua en lugar de marchar directamente sobre Roma. Así pues, en cuanto tuvieron preparadas nuevas tropas, las enviaron a Sicilia bajo el mando de Marcelo, con órdenes de asediar Siracusa.

Esto era una gran empresa, pues la ciudad estaba tremendamente fortificada, y dentro de las murallas estaba Arquímedes, uno de los matemáticos e inventores más famosos de toda la historia.

Había descubierto que incluso el peso más pesado podía manejarse fácilmente gracias a poleas y palancas, y se dice que exclamó:

—Dame una palanca lo suficientemente larga y un punto donde apoyarla, y ¡levantaré el mundo!

Arquímedes hacía uso de sus grandes talentos para inventar todo tipo de máquinas de guerra. Enseñó a los siracusanos a crear catapultas de gran alcance y enormes garfios que se lanzaban sobre el mar y podían volcar naves enemigas. Se dice que también creó una serie de espejos colocados de forma que pudieran prender fuego a los barcos romanos. Para evitar que las naves siracusanas se hundieran si les entraba demasiada agua, inventó el tornillo de Arquímedes, que hacía de bomba para expulsar el agua.

Gracias a la habilidad de Arquímedes, los siracusanos lograron resistir mucho tiempo, pero finalmente los romanos lograron entrar en la ciudad. Estaban tan enfurecidos con la gente por su tenaz resistencia que saquearon toda la ciudad y mataron a muchos de sus habitantes.

Un soldado romano se metió en casa de Arquímedes, que estaba sentado, tan absorto en sus cálculos que no se dio cuenta de que la ciudad había sido capturada. El soldado, que no sabía quién era aquel señor, mató a Arquímedes allí sentado a su mesa llena de papeles.

Marcelo, el general romano, había dado órdenes de salvar al inventor, por lo que lamentó mucho su muerte. Para honrar a Arquímedes, preparó un fantástico funeral, al que asistieron tanto romanos como siracusanos.

Mientras tanto, Aníbal comenzaba a perder fuerza en Italia, y los

cartagineses que se habían quedado en Hispania habían tenido que luchar muchas batallas. Su líder era Asdrúbal, el hermano de Aníbal, mientras que los romanos eran comandados por los dos Escipiones.

Estos dos generales finalmente resultaron muertos, pero su sucesor, otro Escipión, derrotó a los cartagineses tantas veces que prácticamente toda la península se hizo provincia romana. Tras escapar de Hispania, Asdrúbal se preparó para continuar el camino que había tomado su hermano para unírsele en el sur de Italia.

Sin embargo, nunca llegó junto a Aníbal, pues, tras cruzar los Alpes, fue atacado y muerto junto a su ejército. Los romanos que obtuvieron esta gran victoria fueron corriendo hacia el sur y le arrojaron la cabeza de Asdrúbal al campamento de su hermano, y esas fueron las primeras noticias que tuvo Aníbal del gran desastre.

En esta guerra, desde el principio la suerte había estado del lado de los cartagineses, pero finalmente la fortuna los había abandonado por completo, y Aníbal, después de volver a sufrir otra derrota, volvió con su ejército a Cartago, pues había oído que Escipión había ido hasta allí para asediar la ciudad.

El país que estaba al oeste de Cartago, llamado Numidia, estaba dividido entre dos reyes rivales. Uno de ellos, Masinisa, envió a sus soldados a ayudar a Escipión en cuanto cruzó a África, y los romanos sintieron gran admiración por sus tremendas habilidades ecuestres; eran los ancestros de los bereberes, que viven en la misma región hoy en día y siguen siendo grandes jinetes.

Sífax, el rival de Masinisa, se unió a los cartagineses, que le prometieron hacerle rey de toda Numidia si lograban derrotar a sus enemigos. Con su ayuda, luchó tres grandes batallas contra los romanos, pero en todas fue derrotado y finalmente fue hecho prisionero.

Cuando llegó, Aníbal fue al encuentro de los invasores cerca de Zama, y allí tuvo lugar la famosa batalla de Zama, en la que Escipión y Masinisa obtuvieron la victoria. En su desesperación, los cartagineses propusieron una oferta de paz. Los romanos la aceptaron, y así terminó la segunda guerra púnica tras unos diecisiete años.

A su regreso a Roma, Escipión fue honrado con el sobrenombre de Africano y con un gran triunfo, en el que Sífax iba encadenado tras su carro como un esclavo. Aunque los romanos aclamaron con entusiasmo a Escipión y lo colmaron de alabanzas, pronto lo acusaron de haberse apropiado ilegalmente de parte del oro obtenido en las

campañas.

Aquella acusación tuvo lugar poco después de que Escipión hubiera ayudado a obtener algunas grandes victorias en Asia, de las que pronto hablaremos; y se sintió tan furioso que se fue de Roma para siempre. Se retiró a su casa de campo en Campania, una parte de Italia al sureste de Roma.

Allí permaneció el resto de su vida, y cuando murió dejó órdenes de no llevar sus restos a la ciudad que le había sido tan desagradecida.

El baño de Escipión y Aníbal

Podría pensarse que los romanos tenían a su disposición todo lo necesario para luchar contra los cartagineses en Hispania, Italia y África, pero, incluso mientras estaba en curso la segunda guerra púnica, también tuvieron que luchar contra Filipo V, el rey de Macedonia.

En cuanto la lucha con Cartago hubo terminado, se retomó con más fuerza la guerra con Filipo. El ejército estaba al mando de Flaminino, que derrotó a Filipo y lo obligó a pedir la paz. Entonces les dijo a los griegos, que llevaban tiempo oprimidos por los macedonios, que quedaban libres de su tiranía.

Aquello lo anunció el propio Flaminino en la celebración de los juegos ístmicos y, cuando los griegos oyeron que estaban libres, gritaron con tal entusiasmo que —se dice— una bandada de pájaros cayó al suelo aturdidos por el ruido.

Haber triunfado contra los cartagineses y los macedonios no era suficiente para los romanos. Habían obtenido muchas tierras en estas guerras, pero ahora anhelaban más. Por tanto, no tardaron en ponerse a pelear contra Antíoco, el rey de Siria, que había sido aliado de los macedonios, y ahora amenazaba a los griegos.

Aunque Antíoco no era él mismo un gran guerrero, tenía en su corte a uno de los mejores generales del mundo antiguo. Se trataba de Aníbal, al que los cartagineses habían exiliado, y, mientras estaba allí, una vez se encontró en unos baños con quien lo había derrotado, Escipión, y los dos generales charlaron largo y tendido.

Se dice que Escipión le preguntó a Aníbal quién consideraba que era el mayor general que el mundo había visto jamás.

—¡Alejandro! —respondió inmediatamente Aníbal.

—¿Y el segundo? —continuó Escipión.

—Pirro.

—¿Y después de Pirro?

—¡Yo mismo! —respondió el cartaginés, con orgullo.

—¿Y dónde te pondrías si tú me hubieras derrotado a mí? —preguntó Escipión.

—¡Por encima de Pirro y Alejandro y todos los demás generales! —exclamó Aníbal.

Si Antíoco hubiera seguido los consejos de Aníbal, es posible que hubiera podido derrotar a los romanos; pero, aunque tenía un ejército mucho mayor, fue expulsado de Grecia y derrotado en Asia por tierra y por mar por otro Escipión, uno de los hermanos de Africano, que por ello obtuvo el sobrenombre de Asiático.

Entonces los romanos obligaron a Antíoco a entregar todas sus tierras en Asia Menor al noroeste de los montes Tauro, y también le hicieron prometer entregar a Aníbal. Sin embargo, no mantuvo esta promesa, pues Aníbal huyó a Bitinia, donde, al ver que no podía seguir escapando de sus enemigos, se suicidó ingiriendo un veneno que llevaba siempre consigo escondido en su anillo.

Los romanos le habían permitido a Filipo conservar la corona de Macedonia con la condición de jurarles obediencia. Así lo hizo él, pero su sucesor, Perseo, odiaba a los romanos y trató de recuperar su libertad. Sin embargo, el intento fue en vano y fue aplastado por completo en la batalla de Pidna.

Perseo fue hecho prisionero y llevado a Italia para el desfile triunfal del general romano, y Macedonia, el país más poderoso del mundo bajo el reinado de Alejandro, fue reducido al rango de provincia romana tras varios intentos infructuosos más por recuperar su independencia.

La destrucción de Cartago

Mientras Roma iba paulatinamente extendiendo su poder hacia el este, los cartagineses se recuperaban lentamente de la segunda guerra púnica, tan desastrosa para ellos. Los romanos, entretanto, no se preocuparon grandemente por Cartago, porque su aliado Masinisa era aún el rey de Numidia, y esperaban que mantuviera al senado informado de lo que ocurriera en África.

Pero después de unos cincuenta años de paz, Cartago se había sobrepuesto a las pérdidas y volvía a tener espléndidas riquezas, por lo que algunos romanos comenzaron a estar bastante seguros de que había llegado el momento en que se reemprenderían las hostilidades. Sin embargo, otros decían continuamente que había que aplastar por completo Cartago antes de que lograra volver a ser tan poderosa como antaño.

Un romano estaba tan a favor de este último plan que no paraba de decirlo a cada oportunidad. Se trataba de Catón el censor, un anciano sumamente severo, que terminaba cada uno de sus discursos en el senado diciendo:

—Además, pienso que Cartago debe ser destruida.

Repetía aquello tan a menudo y de forma tan persistente que poco a poco fue calando entre los romanos, y no sintieron ninguna pena cuando el rey de Numidia rompió la paz y comenzó la conocida como tercera guerra púnica.

Los cartagineses, derrotados en el primer encuentro, deseaban volver a la paz, hasta el punto de que incluso entregaron todas sus armas cuando Roma las pidió; pero, después de que dieron prácticamente todo lo que tenían, los romanos les ordenaron que se marcharan de la ciudad para destruirla, y a esto se negaron.

Como la paz no era posible, los cartagineses tomaron la determinación de luchar valientemente y a defender su libertad hasta con sus vidas. Como les habían arrebatado las armas, reunieron todo el metal de la ciudad para hacer nuevas armas. Tanto era el amor del pueblo por su ciudad que los habitantes cedieron toda su plata y oro para la defensa y para reforzar las murallas.

No contentas con entregar sus joyas, las cartaginesas se cortaron el pelo para hacer cuerdas y arcos, y fueron con los niños a trabajar en las fortificaciones para que pudieran resistir el ataque romano. Todo niño lo suficientemente mayor para andar, inspirado por los demás,

participaba aunque fuera llevando piedras.

Comenzó el asedio y, bajo el mando de su general Asdrúbal, los cartagineses aguantaron tan valerosamente que después de cinco años Cartago seguía libre. Los romanos, a las órdenes de varios comandantes, trataron de tomar por sorpresa la ciudad, pero fue solo cuando Escipión Emiliano abrió brecha en la muralla de la bahía que su ejército logró entrar en Cartago.

Los romanos estaban tan enfurecidos por la larga resistencia de sus enemigos que aniquilaron a muchos hombres, esclavizaron a todas las mujeres, saquearon la ciudad y luego le prendieron fuego. A continuación, destruyeron las imponentes murallas, y Cartago, la ciudad que había rivalizado con Roma más de cien años, quedó devastada por completo.

De esta forma terminaron la tercera y última guerra púnica y la heroica defensa de la ciudad que los romanos siempre habían temido y que no estaban dispuestos a consentir, no fuera que algún día se hiciera tan poderosa que pudieran mandar sobre ellos.

Ese mismo año, después de incitar a todas las ciudades griegas a pelearse entre ellas, los romanos fueron a Grecia y pronto se hicieron dueños de todo el país. Destruyeron Corinto de la misma forma que Cartago y se llevaron incontables obras de arte que aún eran demasiado ignorantes para apreciar.

No mucho después, una tercera ciudad compartió el terrible destino de Cartago y Corinto. Se trataba de Numancia, en Hispania, que había defendido sus murallas contra los romanos hasta que se acabaron los suministros y muchos de los habitantes hubieron muerto de hambre. Demasiado débiles para luchar más, los supervivientes vieron cómo arrasaban su ciudad y eran vendidos como esclavos.

Cómo se entretenían los romanos

Por esta época, los romanos habían olvidado por completo su antigua simplicidad. Igual que crecían las tierras con cada nueva victoria, así también lo hacían sus riquezas y orgullo. En lugar de limitarse a la ciudad de las siete colinas y los territorios colindantes, la república romana se extendía ahora casi por toda Italia. Además, las provincias romanas, que eran gobernadas por oficiales enviados desde Roma, incluían extensos territorios en Hispania, África y Asia Menor, además de Grecia, Macedonia y el norte de Italia.

Desde estos países conquistados los romanos habían llevado a casa todo el botín que habían sido capaces de reunir. Así, tenían vasijas de oro y plata, joyas de todo tipo, delicadas prendas, hermosos muebles y obras maestras de la pintura y escultura. Empezaron a compararse los unos con los otros en la magnificencia de sus hogares y ropas y lo que se servía a sus mesas.

Había más de tres veces tantos esclavos como ciudadanos libres, y esto era debido a los muchos prisioneros que capturaban durante las guerras; así, todos los romanos ricos tenían gran cantidad de sirvientes, y no tardaron en acostumbrarse a quedarse ociosos y ser demasiado difíciles de agradar.

Algunos de estos esclavos tenían mucha mejor formación que sus amos, pues, con la conquista de Grecia, muchos maestros y filósofos habían acabado en Roma para instruir a los niños romanos. Estos griegos enseñaban a sus alumnos a leer griego, para que pudieran disfrutar los excelentes e interesantes textos escritos en esa lengua, pues los romanos habían estado tan ocupados hasta el momento luchando que no habían tenido tiempo para escribir sus propias historias, poemas y obras de teatro.

Los esclavos griegos, además, traducían muchas de las obras maestras de su propia literatura al latín, la lengua hablada por los romanos. De esta forma, los romanos aprendieron sobre los héroes de Grecia, leyeron las enseñanzas de sus filósofos y contemplaron sus tragedias y comedias, representadas en los teatros romanos.

De los países que habían conquistado, los romanos también se habían llevado estatuas de los dioses y sacerdotes para ocuparse de los ritos. Estas estatuas fueron colocadas en un magnífico edificio, llamado *Panteón* o *casa para todos los dioses*, donde los romanos los veneraban junto a los suyos propios.

Ya sabemos que a los romanos les encantaban las procesiones y espectáculos, por lo que no es de extrañar que animaran a los sacerdotes a celebrar también los festivales de los dioses extranjeros. Entonces, los propios romanos participaban en todas estas procesiones con tanto gusto como si hubieran sido en honor a sus propios dioses.

Otro cambio que había ocurrido fue que los romanos se habían vuelto más duros y egoístas. Llevaban tanto tiempo guerreando que ahora se deleitaban en la crueldad y la agitación. Para satisfacer esos deseos, construyeron grandes circos y anfiteatros, con asientos alrededor de todo el recorrido y la arena, y acudían en masa para contemplar las carreras de carros y las peleas de gladiadores, entre ellos mismos y con fieras salvajes.

Para hacerlo más emocionante, algunos de los ciudadanos más ricos entrenaban cuidadosamente a sus esclavos para este tipo de combates. Como muchos de estos combatientes usaban la espada corta llamada *gladius* en latín, fueron conocidos en general como *gladiadores*. Estos hombres eran bien alimentados y vivían de forma cómoda, pero solo porque así lucharían mejor para ofrecer un mejor espectáculo. Incluso se les enseñaba a caer y morir con elegancia.

Cuando un gladiador caía tras un gran combate, la gente solía querer salvarle la vida para que en el futuro siguiera luchando y dándoles más espectáculo; pero si el gladiador caído no le había gustado al público, pedían al vencedor que lo rematara. En cualquier caso, los gladiadores bien entrenados eran un recurso demasiado valioso como para dejarlos morir a la ligera, por lo que realmente no morían tantos como la gente suele pensar.

Una vez enviaron a un esclavo llamado Androclo a luchar contra un león. Los espectadores se quedaron sorprendidos cuando vieron a la bestia haciéndole carantoñas en lugar de atacarle. Entonces, Androclo les explicó que una vez, estando en el desierto, le había sacado al león una espina. Emocionados por la historia, los espectadores indultaron al león y se lo dieron al gladiador como regalo.

Las joyas de Cornelia

Los romanos iban al circo con tanta frecuencia que día a día se iban haciendo más crueles y sanguinarios, y por lo general eran bastante duros con sus esclavos. La mayoría de ellos iban mal vestidos y estaban mal alimentados, pero tenían que trabajar mucho. Si desobedecían, los azotaban, pero, por mucho que hicieran, era raro que los recompensaran o los liberaran.

Sin embargo, los propios ciudadanos romanos podían hacer prácticamente cualquier cosa que les viniese en gana. Cuando eran llevados a juicio por algún crimen, solían recibir un buen trato, mientras que los esclavos o cualquiera que no fuera ciudadano romano eran tratados con gran severidad por los mismos crímenes.

Así, el mero hecho de ser ciudadano romano solía valer de escudo para cualquier cosa. Incluso los criminales condenados a muerte, si eran ciudadanos romanos, tenían una ejecución mejor que los demás, que podían ser crucificados, mientras que los ciudadanos romanos eran ejecutados rápida y limpiamente con una espada.

Ante el aumento de las riquezas y el lujo, el contraste entre las clases ricas y pobres se agrandó más que nunca antes. Los ricos se hacían cada vez más extravagantes, mientras que los pobres prácticamente se morían de hambre. Algunos de los romanos más ricos de la época se dice que pagaban auténticas fortunas a sus cocineros, pero nadie se acordaba de los pobres, que no tenían hospitales ni hogares ni casas de acogida ni ningún tipo de caridad.

Al menos, los plebeyos habían conseguido la equidad con los patricios, incluso en el acceso a los cargos políticos. Las disputas entre estas dos clases sí habían terminado, y en su lugar había comenzado la disputa entre los ricos y los pobres. Algunos plebeyos se habían vuelto bastante ricos, y ellos y los antiguos patricios formaban una nueva clase de nobles que trataban de mantener sus cargos para hacerse cada vez más ricos.

Las tierras al principio se habían distribuido entre todos los ciudadanos, pero se había ido concentrando en manos de unos pocos ricos, que tenían sus propios esclavos para cultivarlas, y se negaban a vender el grano y los frutos a precios razonables. El resultado era que muchos de los plebeyos pobres, desprovistos de tierras e incapaces de conseguir trabajo, se hacinaban en la ciudad, donde habrían muerto de hambre si no hubiera sido por los tribunos, que a veces conseguían

distribuir raciones de grano.

Esta clase desoficiada y pobre era cada vez más numerosa y, como la gente no tenía nada que hacer, era infeliz y estaba dispuesta a cualquier cosa. Además del circo, sus únicos placeres eran ir por las calles para ver las procesiones religiosas o los triunfos, y los generales victoriosos no tardaron en darse cuenta de que ya ni se preocupaban por vitorearlos como antiguamente si no iban arrojando monedillas a su paso.

Muchos años antes de esto, se había aprobado una ley que prohibía que cualquier ciudadano romano poseyera más de una determinada extensión de tierra. Esta ley, la ley Licinia, no gustaba a los ricos, por lo que no la ignoraban. Pero entonces llegó el momento de obligar a cumplirla, y alguien tuvo que ponerse de parte del pueblo oprimido.

Los pobres necesitaban un campeón que luchara por sus derechos, y lo encontraron en el valiente joven Tiberio Graco, al que habían elegido como tribuno. Este hombre era inteligente e intrépido, y la gente sabía que haría todo lo posible por ayudarlos.

Tiberio Graco, el campeón de los pobres, pertenecía a una de las familias más ilustres de Roma. Su padre era un plebeyo noble, y su madre, Cornelia, era la hija de Escipión Africano, el gran general que había derrotado a los cartagineses en la segunda guerra púnica.

Se dice que Cornelia era una mujer noble y una madre excelente. Crio a sus hijos ella misma y se sentía muy orgullosa de ellos. Una noble romana le pidió una vez que le mostrara sus joyas, después de haber ella mostrado las suyas. Entonces, Cornelia hizo venir a sus hijos y dijo:

—¡Estas son mis joyas!

En otra ocasión, unas personas estaban hablando del padre de Cornelia y de todo lo que había hecho, y la felicitaban a ella por ser la hija de un hombre tan excelente. Sin embargo, Cornelia respondió que estaba más orgullosa aún de ser la madre de los Gracos, es decir, de sus hijos Tiberio y Gayo Graco.

La muerte de Tiberio Graco

En cuanto Tiberio fue elegido tribuno, comenzó a hablar en el foro, diciendo sin pelos en la lengua que era una vergüenza que no se respetara la ley Licinia, y que la tierra debía volver a distribuirse. Mostró claramente lo malo que era para los pobres plebeyos no tener tierras ni trabajo, e insistió en que debían tener posibilidades de ganarse la vida.

Los pobres, que deseaban trabajar, escuchaban aquellos discursos con deleite, pero los ricos, que poseían las tierras y no deseaban desprenderse de nada, estaban muy enfadados con aquel atrevido tribuno.

Otra causa de disgusto entre los patricios fue la siguiente: Átalo, rey de Pérgamo, en Asia Menor, dejó toda su fortuna a Roma al morir. En cuanto Tiberio se enteró, sugirió que el dinero había que distribuirlo entre los pobres, en lugar de darlo, como de costumbre, a los ricos, que ya tenían demasiado.

A pesar de todos los discursos de Tiberio, los pobres no obtuvieron nada de las riquezas de Átalo. Los ricos y el senado también se oponían cuanto podían al tribuno en su esfuerzo de revivir la ley Licinia, pero el joven finalmente persuadió a la gente de crear otra ley similar y nombrar a tres hombres para que distribuyeran la tierra excedente entre los pobres.

Los senadores vieron que nunca serían capaces de silenciar a Tiberio, y temían que continuara con más reformas del estilo. Por tanto, al final del año, cuando la gente empezó a votarle para que fuera tribuno por segundo año consecutivo, los senadores armaron tal follón que hubo que posponer las elecciones al día siguiente. Entonces dieron armas a sus esclavos y les ordenaron acosar al tribuno si no abandonaba su candidatura.

Tiberio Graco sabía cuánto lo odiaban los ricos, por lo que, cuando apareció al día siguiente, iba rodeado de cientos de sus amigos, que estaban en las escaleras del Capitolio preparados para defenderlo a toda costa. La votación volvió a comenzar, pero los ricos y sus seguidores empezaron a armar tal tumulto que no se podía oír nada. Entonces, viendo que Tiberio permanecía firme, empezaron a marchar contra él con amenazas.

Temiendo por su vida, Tiberio levantó las manos hacia su cabeza, una señal que había acordado con sus amigos cuyo significado era que su

vida corría peligro. Sin embargo, los senadores hicieron como que habían malinterpretado la señal de Tiberio y gritaron que estaba pidiendo una corona de rey, por lo que merecía morir.

Siguiendo a Escipión Nasica, familiar del propio Graco, los senadores se echaron sobre Tiberio, ayudados por sus esclavos, y lo mataron a él y a trescientos de sus amigos. Entonces arrastraron su cuerpo por las calles, como el de un vil criminal, y lo arrojaron al Tíber.

Los ciudadanos pobres, aterrorizados ante aquella masacre y desprovistos de su campeón, ya no se atrevieron a resistir más, y los ricos de Roma empezaron a tratarlos peor que nunca. Sin embargo, Escipión Nasica temió que alguien fuera a matarlo en venganza por el asesinato de Tiberio, por lo que abandonó Roma y marchó a Asia.

Escipión Emiliano, el vencedor de Cartago y Numancia, dijo abiertamente que él creía que Tiberio Graco merecía morir, y por ello se ganó el odio de los ciudadanos pobres. Poco después de decir aquello, lo encontraron muerto en su cama, y, como nadie sabía cómo había ocurrido, la versión más extendida de su muerte fue que había sido asesinado por alguno de los amigos del tribuno.

Gayo Graco

Los plebeyos, en su búsqueda de un nuevo líder, eligieron a Gayo Graco, el hermano del asesinado Tiberio, y lo eligieron dos veces como tribuno. Era igualmente inteligente y valiente, y también él se propuso solucionar la opresión de los ricos sobre los pobres.

Gracias a los esfuerzos de Gayo, el precio del grano bajó lo suficiente como para que el pueblo hambriento pudiera comprar pan a precios razonables. Pero día a día los senadores se enfurecían más con aquel nuevo campeón, y ya maquinaban cómo librarse de él.

Como la vida de un tribuno era sagrada, tenían que esperar a que se acabara su periodo en el cargo para poder atacarle, pues nadie era tan valiente como para imitar a Escipión Nasica. Pero, al final del segundo año, Gayo fue abandonado por muchos y no volvió a ser elegido. Poco después, los cónsules declararon públicamente que quien les llevara su cabeza recibirían su peso en oro.

Temiendo por su vida, Gayo Graco se retiró al Aventino, donde se reunieron muchos de sus seguidores. Allí fueron atacados y dispersados por el cónsul y sus tropas, y tres mil de ellos acabaron en prisión o muertos. Gayo vio que acabaría en manos de sus enemigos si no huía, por lo que llevó a cabo un desesperado esfuerzo por escapar con dos de sus amigos y un fiel esclavo.

Sin embargo, no tardaron en ser atrapados tras una breve resistencia en la que lucharon valientemente y los dos amigos cayeron. Gayo entonces huyó hacia un bosquecillo al otro lado del Tíber. Allí le ordenó al esclavo que lo matara para no caer vivo en manos del enemigo.

Tras cumplir la orden, el leal esclavo se mató poco antes de que los enemigos los encontraran. El primero de ellos que los encontró le cortó la cabeza a Gayo, la clavó en una pica y, en lugar de ir a cobrar su recompensa, primero fue a casa.

Allí le sacó los sesos, los sustituyó por plomo fundido y entonces llevó la cabeza rellena de aquella forma ante el cónsul, que le dio una gran cantidad de oro.

El cuerpo decapitado fue arrojado al Tíber, pero lo sacaron y lo llevaron ante Cornelia. Aquella honrada madre había perdido a sus dos hijos, y entonces su vida era muy triste. Lloró a sus dos valerosos muchachos el resto de su vida, y, cuando murió, se cumplió su deseo más anhelado, pues el pueblo erigió una estatua suya en cuyo pedestal

había una inscripción:

Cornelia, la madre de los Gracos

La muerte de Gayo terminó de decidir la cuestión entre los ricos y los pobres. El pueblo había perdido dos veces a sus campeones, y más de tres mil hombres valientes habían muerto en la vana esperanza de hacer valer sus derechos. El gobierno había quedado por completo en manos de los senadores, que, en lugar de usar su poder generosamente, pensaban solo en sí mismos.

Los romanos ahora pensaban más en sí mismos que en su país, y la historia de este periodo está plagada de una larga lista de crímenes y hechos violentos de todo tipo.

Yugurta, rey de Numidia

Como habíamos dicho, Masinisa, el rey de Numidia, tenía una caballería magnífica y había ayudado a los romanos a luchar contra los cartagineses. Tanto él como sus hijos estaban muertos ya para entonces, y su reino había quedado dividido entre sus tres nietos: Yugurta, Hiempsal y Adérbal.

El primero de ellos, Yugurta, era intrépido y cruel, y era bien conocido por ser uno de los mejores jinetes de todo el país. No estaba satisfecho compartiendo Numidia, por lo que comenzó a planear cómo apoderarse de las partes de sus hermanastros.

Comenzó por asesinar a Hiempsal, y luego continuó asediando a Adérbal en su capital. En su desesperación, el rey asediado envió mensajeros a los romanos, implorándoles que acudieran a ayudarle. Pero Yugurta se enteró de la petición y también él envió un mensajero ante el senado.

Los nobles romanos estaban tan sedientos de riquezas que estaban dispuestos a hacer lo que fuera para conseguir más. Yugurta lo sabía, por lo que le dijo a su mensajero que fuera dando ricos presentes a todos aquellos con los que se reuniera. El hombre obedeció. Los senadores romanos aceptaron los sobornos, por lo que negaron cruelmente la ayuda a Adérbal, que no tardó en caer en manos de Yugurta.

En lugar de simplemente arrebatarle el reino a su primo, Yugurta lo metió en prisión y lo torturó de la forma más terrible e inhumana hasta que murió. Aunque los romanos habían sido tan ruines de aceptar los sobornos, sin embargo, se sintieron indignados al enterarse de lo cruel que había sido Yugurta, por lo que lo convocaron en Roma para defenderse por el asesinato de su primo.

Yugurta acudió, hizo ver que estaba muy arrepentido por lo que había hecho, fingió el debido luto y en secreto dio tantos regalos a los senadores que no quedaba ninguno que fuera a condenarlo; y es que, incluso en medio de la pantomima, ya estaba planeando un nuevo crimen.

Antes de irse de Roma, envió un asesino para acabar con su último pariente. Entonces, mientras salía de la Ciudad Eterna (como los romanos llamaban orgullosamente su ciudad), se dice que gritó con desdén:

—¡Ciudad venal!, te venderías a cualquiera que tuviera el suficiente

dinero para comprarte.

Cuando Yugurta llegó a casa, toda su fingida aflicción y arrepentimiento se desvanecieron. Sentía tanto desprecio por los romanos, que habían aceptado sus regalos, que ya no creía necesario seguir siendo su amigo, y poco después les declaró la guerra.

La guerra entre Yugurta y Roma se luchó en África y duró varios años. Los romanos sufrieron diversas derrotas antes de que un joven general llamado Mario derrotara finalmente a Yugurta y se apoderara de la última de las fortalezas númidas.

Aquel lugar estaba situado en una roca tan alta y escarpada que parecía imposible subir, pero un joven soldado romano descubrió que había muchos agujeritos y grietas pequeñas, en los que podía ir metiendo los dedos de los pies si iba descalzo. Aprovechando aquello, lideró a un grupo de romanos hasta la fortaleza y se apoderó de ella mientras la guarnición dormía.

Poco después, apresaron a Yugurta y lo llevaron a Roma, donde lo obligaron a marchar ante el carro del vencedor mientras celebraba su triunfo. Tras la ceremonia, lo arrojaron desnudo a una prisión llena de humedades, donde murió a los seis días sin que nadie le hubiera ofrecido pan o agua. Como él no se había apiadado de nadie, nadie se apiadó de él.

Los cimbros y los teutones

Mario, el vencedor de Yugurta, había sido honrado con un magnífico triunfo a su regreso a Roma, y fue una de las personas más importantes de su época. Aunque era hijo de padres pobres, tosco y sin pompa, sin embargo era valiente y resuelto.

A fuerza de gran perseverancia, había logrado llegar a ser cónsul. Era un hombre muy ambicioso y siempre quería ser el primero en todo; pero había otro hombre en Roma tan ambicioso como él: su lugarteniente Sila.

Sila era patricio, y se había decidido a derrotar a Mario, por lo que empezó a granjearse tantas amistades como le fue posible. Como Sila también quería ser el primero en Roma, vio con envidia el gran triunfo que le concedieron a Mario, y se sintió encantado cuando una nueva guerra lo mandó lejos de Roma.

El peligro que amenazaba a Roma en esta ocasión era una invasión de los bárbaros del norte. No se trataba de los galos, sino de pueblos más feroces y terribles conocidos como cimbros y teutones.

Estos pueblos emigraron con sus familias y animales: las mujeres y los niños iban por detrás de los carros, mientras que los hombres, feroces y belicosos, marchaban por delante saqueando, matando y arrasando con cuanto se les pusiera por delante.

Los cimbros y los teutones eran originarios de tierras bañadas por el mar Báltico, pero, conforme su población iba aumentando, cada vez tenían más problemas para acoger a todos y alimentar a su ganado, por lo que muchos se fueron para asentarse en otros territorios.

De esa forma acabaron por llegar a la gran barrera de los Alpes, que separaba Italia del resto de Europa. Allí oyeron hablar de la fértil tierra de Italia, su agradable clima y las grandes ciudades llenas de tesoros de todo tipo.

Con todo aquello, tomaron la decisión de entrar y tomar posesión de las tierras y el botín. Los galos, ya bastante civilizados y que por entonces ocupaban la provincia ahora conocida como Lombardía, se sintieron aterrorizados al enterarse de la llegada de aquellos bárbaros, por lo que pidieron auxilio a Roma.

Los romanos enviaron un ejército para enfrentarse a los cimbros, pero sufrieron una derrota aplastante. Cuando las noticias del fracaso llegaron a Roma, el senado ordenó a Mario (que había sido elegido

cónsul cinco veces) que fuera a detener a los invasores.

Mario acudió a marchas forzadas a la Galia y, gracias a sus habilidades de general, derrotó a los teutones. Luego volvió a Italia, adonde llegó justo a tiempo para detener a los cimbros que iban cruzando los Alpes.

Los cimbros esperaban reunirse con los teutones allí, pero se vieron sorprendidos al encontrarse solos contra las legiones romanas. Aun así, pidieron que les entregaran tierras suficientes para ellos mismos y para sus aliados, los teutones, que creían que se les unirían pronto.

Mario escuchó sus demandas con tranquilidad, y entonces dijo:

—Ya les he dado tierras suficientes a tus aliados, cuyos cuerpos yacen en los campos de la Galia, y sus huesos han acabado como varas y verjas para los viñedos.

Entonces, viendo que Mario no estaba dispuesto a concederles tierras, excepto la que ocuparan sus tumbas, los feroces cimbros se prepararon para tomarla por la fuerza, y comenzó una terrible batalla que tuvo lugar en el año 101 a. C.

Los cimbros, que no estaban acostumbrados al clima del sur, no tardaron en cansarse por el calor, por lo que no pudieron luchar con sus fuerzas habituales. Además, también se habían unido unos a otros con cuerdas, esperando que eso les ayudara a permanecer unidos en la formación; pero de hecho facilitó su derrota y ayudó a los romanos a hacer más prisioneros.

Casi toda la tribu de los cimbros murió aquel día terrible, pues las mujeres, tras defenderse ferozmente tras sus carros, estrangularon a sus hijos con sus largos cabellos y entonces se colgaron ellas mismas, pues lo veían preferible a caer en manos de los romanos. Incluso los perros que iban con ellos acabaron muertos, pues estaban amaestrados para luchar hasta la muerte.

Cuando Mario hubo derrotado tanto a los teutones como a los cimbros, librando así a Roma de un gran peligro, le concedieron otro magnífico triunfo y la gente lo eligió cónsul por sexta vez. Tal era la admiración que muchos de sus conciudadanos le tenían que erigieron estatuas en su honor, e incluso le ofrecían sacrificios como si fuera un dios.

La guerra de los aliados romanos

Cuando las guerras en el extranjero terminaron, los romanos se vieron amenazados por un peligro mucho mayor: las guerras en la propia Italia, causadas por el egoísmo y ambición de unas pocas personas, que se preocupaban mucho más de sus propios beneficios que del bien de su país.

Los romanos eran muy orgullosos, y siempre se consideraban mejores que los demás pueblos de Italia. Tenían derechos especiales y solo ellos podían votar u obtener cargos en la república romana, y por eso, cuando el senado concedía la ciudadanía romana a un extranjero, se consideraba un honor extraordinario.

Como los estados italianos ya formaban parte de la república, sus habitantes deseaban disfrutar de los derechos de los ciudadanos romanos. Mario estaba a favor de conceder estos derechos a algunos de los pueblos italianos, pero Sila estaba en contra y dijo que nadie salvo los patricios romanos debía tenerlos.

Así, estos dos prohombres acabaron siendo los líderes de los dos partidos que se hicieron más poderosos; pero, mientras que la gente creía que Mario y Sila estaban a favor o en contra de unos y otros y que disputaban por el beneficio de los suyos, la realidad era que los dos no paraban de pensar en cómo ganarse el mayor número de amistades para ellos mismos.

Sin embargo, no todos los romanos eran ciegos a aquello, y uno, llamado Metelo, se negó abiertamente a obedecer una ley que Mario había conseguido que se aprobara, pero que era negativa para Roma. Para castigar a Metelo por atreverse a oponerse a la ley, Mario lo exilió, pero volvió al poco tiempo, y todos lo honraron por haber tenido el coraje de hacer lo que creía correcto, incluso si eso implicaba atraerse la cólera de alguien tan poderoso como Mario.

Con el paso del tiempo, la gente fue cansándose de la tiranía de este hombre, y lo trataron tan mal que tuvo que marcharse de Roma, enfurecido, y fue a visitar a Mitrídates, un rey de Asia Menor; pero allí no fue bien recibido por culpa de sus maneras y su insolencia. Para librarse de aquel visitante no deseado, Mitrídates le dio muchos regalos y lo animó a que volviera a Italia.

De vuelta en Roma una vez más, Mario se unió a su antiguo partido y trató de volver a hacerse el líder. Mientras tanto, la cuestión de admitir a todos los estados italianos en la ciudadanía romana había

vuelto a salir a la luz y se debatía acaloradamente. Finalmente, los romanos decidieron no conceder los derechos, por lo que los demás italianos se rebelaron contra ellos.

La guerra que surgió a raíz de aquello duró un par de años y fue conocida como *guerra social* porque los demás italianos eran llamados en latín *socii*, es decir, aliados. Los soldados de uno y otro bando se odiaban tanto unos a otros que no mostraban compasión, y se dice que más de trescientos mil murieron en aquel breve periodo de tiempo. Muchas ciudades ricas y prósperas se vieron arruinadas antes de que los italianos obtuvieran sus derechos, con lo que finalmente concluyó la guerra.

La huida de Mario

Con los belicosos romanos, el final de una guerra era normalmente la señal del comienzo de otra. Así pues, en cuanto terminó la guerra social, enviaron un ejército contra Mitrídates, el rey oriental más poderoso del momento.

Mario había estado preparándose para la guerra y esperaba estar al mando como general; pero, para su gran decepción, el mando se lo dieron a su rival, Sila. Entonces, Mario comenzó a hacer todo lo que estaba en su mano para que mandaran regresar a Sila. Sus esfuerzos no fueron en vano, pues los romanos no tardaron en enviar órdenes a Sila para que volviera a Roma, y le dieron el mando del ejército a Mario en su lugar.

Cuando los oficiales llegaron para decirle a Sila que debía ceder su puesto, se enfadó tanto que hizo ejecutar a los mensajeros. Entonces, como sus soldados le eran totalmente fieles, todos le pidieron que los llevara de vuelta a Roma para castigar a sus enemigos por ultrajarlo a sus espaldas.

Este cambio de planes le vino muy bien a Sila. En lugar de ir a Asia, regresó a Roma espada en mano, derrotó a Mario y a los suyos y, tras obligarlos a buscar la salvación en la huida, se puso al mando de todos los asuntos públicos.

Mario fue declarado enemigo público y perseguido por algunos de los amigos más cercanos de Sila. Aunque tenía setenta años, huyó solo y a pie y logró llegar hasta la costa. Entonces trató de escapar en un barco que encontró allí, pero, desafortunadamente, el capitán, temiendo el castigo, lo dejó en tierra.

El anciano fugitivo se vio obligado a esconderse entre los cenagales, y durante un buen tiempo se quedó allí metido hasta la barbilla. Finalmente lo capturaron y cayó en manos del gobernador de Minturnas.

Mario, el hombre que había gozado dos triunfos y había sido seis veces cónsul de Roma, fue ahora arrojado a una prisión oscura y húmeda. Enviaron a un esclavo —uno de los derrotados cimbros— a su celda para cortarle la cabeza; pero, cuando entró, el prisionero se levantó orgullosamente y le preguntó si se atrevía a ponerle la mano encima a Mario.

Aterrado por el cadavérico y feroz anciano, el esclavo huyó, dejando la puerta de la celda abierta. El gobernador, que era muy

supersticioso, dijo que estaba claro que los dioses no querían que Mario muriera, por lo que no solo lo liberó, sino que además le ayudó a encontrar un barco para que se fuera a Cartago.

Allí, entre las ruinas de la que había sido una poderosa ciudad, el anciano Mario se quedó lamentando su destino. Finalmente volvió a embarcarse para ir en busca de algún otro lugar de refugio, pero en algún momento se enteró de que Cina, uno de sus amigos, había aprovechado la ausencia de Sila en Roma para reunir a los suyos, por lo que decidió volver a Italia de inmediato.

Las listas de proscripciones

Mario no quiso volver a Roma hasta que el aterrorizado senado hubo abolido su sentencia de destierro, pues el anciano siempre respetaba las leyes para hacer ver a la gente que solo pensaba en el bien de ellos.

Por tanto, los ciudadanos romanos fueron convocados para votar al respecto, y Mario se encontró con que la mayoría estaba a favor de su regreso. Entró en Roma, tan poderoso como siempre, y celebró su regreso ordenando la muerte de todos los que habían sido sus enemigos.

Mario y Cina se nombraron cónsules, y una de sus primeras acciones fue abolir todas las leyes de Sila. A continuación, persiguieron a todos sus amigos y llevaron a cabo sus sangrientos planes de venganza matándolos. Sin embargo, para fortuna de los romanos, el anciano murió un mes después de volver a Roma, por lo que su sangrienta carrera terminó.

Mientras tanto, las noticias de que Mario había vuelto a Roma llegaron rápido a oídos de Sila, que estaba haciéndole la guerra a Mitrídates en oriente. Sila esperó a haber obtenido muchas victorias sobre este rey, y entonces acordó una paz y regresó a casa lo más rápido posible para castigar a los hombres que habían matado a sus amigos.

Era demasiado tarde para atacar a Mario, pues estaba muerto; pero Sila era tan sanguinario como su antiguo rival y volvió su cólera contra Cina y el hijo de Mario, que eran los que estaban ahora a la cabeza de su partido. Al enterarse de que Sila había acordado la paz con Mitrídates e iba de camino a casa, Cina envió un ejército para enfrentársele y detenerle.

Pero, en lugar de luchar contra Sila, los romanos desertaron y se unieron a él, esperando recibir parte del oro que traía de oriente. Gracias a su aumento de fuerzas y a la ayuda de Pompeyo, que reunió un ejército en Italia, Sila obtuvo diversas victorias y finalmente marchó a Roma a la cabeza de sus tropas.

Sus propios soldados mataron a Cina, y, cuando Sila entró en Roma, tenía ocho mil prisioneros de guerra que habían sido del partido de Mario. En lugar de mostrarse generoso, ordenó en secreto la matanza de todos ellos antes de ir al senado.

Los gritos y gemidos de los hombres al ser aniquilados podían oírse claramente desde el senado. Los senadores palidecieron y se quedaron

aterrorizados, no se atrevieron a oponerse a Sila y no pudieron sino estremecerse cuando dijo:

—No voy a perdonar a ningún hombre que haya levantado sus armas contra mí.

Entonces, durante muchos días se redactaron largas listas con los nombres de los ciudadanos que Sila quería ejecutar. Estas listas se colocaban en lugares públicos, y se hizo una proclamación ofreciendo una recompensa por la muerte de cada hombre cuyos nombres estuvieran en las listas, y también había amenazas de muerte a cualquiera, incluso los familiares, que les ofreciera protección.

Entre las guerras civiles de los partidarios de Mario y Sila y estas listas de proscripciones, perdieron la vida más de ciento cincuenta mil ciudadanos romanos.

Sila, para evitar que cualquier otro se hiciera con el poder sobre los romanos, obligó a que le nombraran dictador perpetuo. Pero, tras gobernar un breve periodo de tiempo tiránicamente, de repente cedió su poder y se retiró al campo, donde pasaba sus días y sus noches en todo tipo de juergas.

Poco después, se vio sorprendido por una horrorosa y desagradable enfermedad que no podía curarse. Murió en un terrible ataque de cólera sin sentido tras dar órdenes para su propio funeral y la construcción de una magnífica tumba en el Campo de Marte, sobre la que se escribió el siguiente epitafio que él mismo había compuesto:

Soy Sila el afortunado, que, a lo largo de mi vida, he sobrepasado tanto a amigos como a enemigos; a los primeros, mediante el bien, y a los segundos, mediante el mal.

Pero, aunque Sila se autoproclamaba jactanciosamente *el afortunado*, realmente nunca fue feliz, porque pensaba más en sí mismo que en su país y sus conciudadanos.

Sertorio y su cierva

Cuando murió Sila, seguía habiendo dos bandos o facciones en Roma, y no había forma de que se pusieran de acuerdo para mantener la paz. Estas dos facciones estaban lideradas por Cátulo y Lépido, los cónsules de aquel año. Cátulo había sido amigo de Sila y tenía el apoyo de Pompeyo, que era un hombre muy inteligente. Pompeyo no era tan cruel como Mario y Sila, pero no era de fiar, pues no siempre decía la verdad ni se preocupaba mucho por cumplir sus promesas.

Como los dos cónsules tenían ideas muy diferentes y lideraban partidos enfrentados, no tardaron en pelearse y llegar a la guerra abierta. Cátulo, ayudado por un general tan capaz como Pompeyo, obtuvo la victoria y rechazó a Lépido hasta Cerdeña, donde murió.

Aunque la guerra civil en Roma estaba detenida, aún no había paz, pues seguía en marcha en el extranjero. Sertorio, uno de los amigos de Mario, se había refugiado en Hispania al regreso de Sila. Allí obtuvo el respeto y afecto de los hispanos, que incluso le confiaron a sus hijos y le pidieron que los educara a la manera romana.

Los hispanos, que eran un pueblo muy crédulo, pensaron que Sertorio era un favorito de los dioses porque iba siempre seguido a todas partes por una cierva totalmente blanca, un animal considerado consagrado a la diosa Diana. Esta cierva paseaba por el campamento según le placía, y los soldados creían que llevaba mensajes de los dioses, por lo que procuraban no molestarla.

Como los hispanos compartían aquella creencia, siempre estaban preparados para hacer lo que fuera que Sertorio les mandara, y, cuando llegó un ejército romano a Hispania para conquistarlos, se reunieron en una numerosa hueste.

Hispania es un territorio muy montañoso. Por supuesto, los habitantes estaban familiarizados con todos los caminos y sendas, y por tanto tenían una gran ventaja sobre las legiones romanas, que estaban acostumbradas a luchar en llanuras, donde podían aprovechar su disciplinada formación de batalla.

En lugar de enfrentarse a los romanos en una batalla campal, Sertorio hizo que los hispanos los hostigaran con escaramuzas. Siguiendo sus órdenes, tomaban posición en las montañas, ocultos entre los árboles, y desde allí lanzaban rocas y flechas sobre el enemigo.

Cuando el general romano vio que su ejército iba siendo mermado, y que no tendría ocasión de mostrar sus habilidades en una gran batalla,

hizo una proclama ofreciendo una gran suma de dinero a quien matara a Sertorio y le llevara su cabeza a su campamento.

Sertorio se indignó al oír aquella proclama, y aceptó de buena gana la oferta de Mitrídates para unir sus fuerzas contra los romanos. Pero antes de que el rey del Ponto pudiera ir en su ayuda, Sertorio empezó a sospechar de los hispanos y creyó que estaban a punto de traicionarlo y entregarlo a los romanos.

Sin esperar a averiguar si sus sospechas eran ciertas, ordenó aniquilar a los muchachos confiados a su cuidado. Por supuesto, los hispanos se enfurecieron y declararon que Sertorio tenía merecido lo que le ocurrió finalmente: Perpena, uno sus propios hombres, se lanzó sobre él y lo mató.

Sin embargo, mientras tanto, el senado romano había enviado otro ejército bajo el mando de Pompeyo, y este general había luchado diversas batallas con Sertorio. Perpena trató de liderar a los hispanos y a los romanos que odiaban a Pompeyo, pero, como era un cobarde, perdió la siguiente batalla y fue hecho prisionero. Esperando salvar su vida, Perpena ofreció entregar todos los documentos de Sertorio para que Pompeyo pudiera averiguar los nombres de los romanos en su contra.

Afortunadamente, Pompeyo era demasiado honorable como para leer cartas que no estaban destinadas a él. Sí tomó los documentos y los lanzó directamente al fuego sin pararse a mirar el contenido. Entonces ordenó la ejecución del traidor Perpena, y, habiendo terminado la guerra en Hispania, regresó a Roma.

La revuelta de Espartaco

Fue una suerte que la guerra en Hispania hubiera terminado, pues Pompeyo hacía falta en Roma a causa de la revuelta general de los esclavos en Italia.

En Capua, en el sur de Italia, había una famosa escuela de gladiadores. Los gladiadores solían ser prisioneros de guerra a los que los romanos entrenaban para luchar en los anfiteatros para su diversión.

Espartaco, un tracio, era el líder de estos hombres, y, cuando se escaparon de su cautiverio, los condujo al monte Vesubio, donde se les unieron muchos otros gladiadores y esclavos fugitivos. Allí podían defenderse con facilidad, y desde el monte Vesubio hicieron diversas incursiones en las ciudades de los alrededores para buscar provisiones y botín.

Poco a poco, todos los esclavos tracios, galos y teutones se les unieron allí, y no mucho después Espartaco se encontró al mando de un ejército de más de cien mil hombres. Los romanos enviaron legiones a derrotarlos, pero los esclavos deseaban tanto conservar su libertad que luchaban muy bien y derrotaron a los romanos una y otra vez.

Espartaco, tras comprobar la solvencia de sus hombres, ahora se preparaba para llevarlos por Italia hasta los Alpes, donde proponía que debían separarse e ir cada uno de vuelta a sus tribus nativas. Pero este plan no agradó a los esclavos, pues ansiaban vengarse y obtener un gran botín antes de regresar a casa.

Así pues, aunque Espartaco los llevó casi ante los Alpes, lo convencieron para volver a ir de nuevo hacia el sur para asediar Roma. Aterrados por los rebeldes que estaban cada vez más cerca, los romanos pidieron a Craso, uno de los oficiales de Sila, que liderara un gran ejército para frenar el avance de los esclavos. Al mismo tiempo, enviaron a Pompeyo un mensajero para que volviera urgentemente de Hispania.

Los ejércitos de Craso y Espartaco se enfrentaron después de que muchos de los esclavos hubieran abandonado a su líder. El tracio debía de presentir que sería derrotado, pues se dice que mató a su caballo justo antes de comenzar la batalla. Cuando uno de sus compañeros le preguntó por qué lo había hecho, respondió:

—Si ganamos la batalla, habrá muchos caballos para elegir; si perdemos, no me hará falta ninguno.

Aunque herido en una pierna al comienzo de la batalla, Espartaco luchó valientemente hasta caer sin vida sobre la pila de soldados que había matado. Cuarenta mil de sus hombres murieron con él, y el resto huyó. Antes de que pudieran llegar a un lugar seguro, fueron sorprendidos por Pompeyo, que los aplastó.

Pompeyo había llegado justo a tiempo para ganar la última batalla y llevarse toda la gloria de la guerra. Estaba muy orgulloso de aquella victoria, y escribió una carta bastante jactanciosa al senado, en la que decía: «Craso ha derrotado a los gladiadores en batalla campal, pero yo he terminado la guerra arrancando el mal de raíz».

Entonces, para hacer de la victoria un ejemplo para evitar que los esclavos volvieran a rebelarse contra sus amos, los romanos crucificaron a seis mil rebeldes a lo largo de todo el camino desde Capua a Roma.

Las victorias de Pompeyo

Como Pompeyo se había llevado todo el mérito de la victoria sobre los esclavos, es fácil suponer que Craso no le tenía en mucha estima. Los dos eran hombres muy ambiciosos, y ambos se esforzaban por ganarse la simpatía de los romanos. Sin embargo, lo hacían de formas diferentes, pues Pompeyo trataba de comprar su afecto por medio de sus victorias, mientras que Craso lo hacía gastando su dinero muy pródigamente.

Craso era un hombre muy rico. Daba magníficos banquetes, y se dice que había invitado a los romanos a lo largo de diez mil mesas públicas, todas muy bien provistas. También hacía generosos regalos de grano a todos los pobres y les daba comida para varios meses.

A pesar de su generosidad, la gente parecía preferir a Pompeyo, que, poco después de derrotar a los esclavos, hizo la guerra a los piratas que infestaban el mar Mediterráneo. El número de piratas había crecido muchísimo, y eran tan osados que atacaban incluso los barcos más grandes. Lo normal era que masacraran a los prisioneros, pero a los ciudadanos romanos les hacían ver que los trataban con gran respeto.

Si uno de sus prisioneros decía que era romano, inmediatamente le pedían disculpas por tomarlo prisionero. Entonces, ponían una tabla en la borda y con mucha educación obligaban al romano a saltar del barco al mar.

Los piratas también saqueaban los barcos de provisiones que iban de camino desde Sicilia hasta Roma, y, como había una hambruna a la vista, los romanos enviaron a Pompeyo a poner fin a aquellos saqueos. Pompeyo obedeció las órdenes tan bien que cuatro meses después todos los barcos piratas habían sido o capturados o hundidos, y sus tripulaciones, hechas prisioneras o muertas.

Pompeyo sabía que los piratas eran gente con iniciativa, por lo que aconsejó al senado que los enviara a formar nuevas colonias. Se siguió aquel buen consejo, y muchos de estos hombres, con el tiempo, llegaron a ser ciudadanos buenos y respetables en sus nuevos hogares.

Como Pompeyo había tenido tanto éxito en todas sus campañas, los romanos le pidieron que tomara el mando de sus ejércitos cuando estalló una tercera guerra con su viejo enemigo Mitrídates, el rey del Ponto, en Asia Menor.

Con su acostumbrada buena fortuna, Pompeyo llegó justo a tiempo

para ganar las últimas batallas y llevarse todo el mérito de la guerra. Se dice que obtuvo una gloriosa victoria al aprovecharse de la luz de la luna, pues colocó a sus soldados de forma que sus sombras se alargaban por la arena frente a ellos. Los soldados de Mitrídates, adormilados en medio de la noche, creyeron que unos gigantes los atacaban, y huyeron aterrorizados.

En cuanto a Mitrídates, prefirió la muerte al cautiverio, y se suicidó para evitar que lo llevaran en el triunfo como un trofeo.

Luego, Pompeyo subyugó Siria, Fenicia y Judea, y entró en Jerusalén. Allí algunos de los judíos se resguardaron en su templo, que fue tomado solo tras un asedio de tres meses. A pesar de sus súplicas, Pompeyo se adentró en el Sanctasanctórum (el lugar donde incluso el alto sacerdote solo entraba una vez al año), y se dice que por aquel sacrilegio fue castigado con un rápido declive de su poder.

Toda la parte occidental de Asia ahora estaba bajo el poder romano, y, cuando Pompeyo volvió a Roma, llevó consigo enormes riquezas pocas veces vistas antes.

Roma llevaba siendo regada de todo tipo de riquezas durante tantos años que ahora parecía que causarían la ruina de la gente de un momento a otro. Los ciudadanos ricos formaron una gran clase de holgazanes que solo buscaban el placer, y pronto se hicieron tan malvados que siempre estaban planeando alguna fechoría.

La conjuración de Catilina

Mientras Pompeyo estaba en el este, unos cuantos jóvenes romanos sin nada mejor que hacer pensaron que les vendría bien asesinar a los cónsules, abolir las leyes, saquear el tesoro público e incendiar la ciudad. Por tanto, idearon una conjuración encabezada por un tal Catilina, un hombre sumamente malvado.

La razón por la que Catilina animó a estos holgazanes a tales crímenes era que había gastado todo su dinero y se había endeudado muchísimo, por lo que deseaba encontrar alguna forma de procurarse otra fortuna que dilapidar en sus dislates.

Afortunadamente para Roma, la conjuración fue descubierta por el cónsul Cicerón, el más elocuente de los oradores romanos. Reveló la conspiración al senado, pero Catilina tuvo el atrevimiento de negar todo conocimiento relativo a las acusaciones.

Entonces, Cicerón prosiguió denunciando al traidor en uno de esos discursos tan famosos y elocuentes que trabajan aún hoy todos los que estudian latín. Sin embargo, Catilina se marchó indignado del senado y, yéndose de la ciudad, se unió al ejército de rebeldes que lo aguardaba. Pero los conjurados que se quedaron en la ciudad fueron arrestados y sentenciados a muerte por orden de Cicerón y el senado.

Mientras tanto, se había enviado un ejército contra Catilina, que acabó derrotado y muerto junto a la gran mayoría de sus soldados. Los romanos le agradecieron tanto a Cicerón que los salvara de la destrucción que le concedieron el honor de llamarlo *padre de la patria*.

Poco después de aquello, Pompeyo estaba celebrando un nuevo triunfo, y ahí se reavivó la vieja rivalidad con Craso. Sin embargo, ya no eran los únicos hombres importantes en Roma, pues Julio César iba acumulando cada vez más poder.

Este Julio César fue uno de los hombres más importantes de toda la historia de Roma. Era una persona sumamente inteligente, y lo primero que hizo en cuanto tuvo la suficiente influencia fue traer de vuelta a todos los romanos desterrados por Sila. Como César creía en la clemencia, había tratado de persuadir al senado para que perdonara a los jóvenes conjurados con Catilina; pero en esto fracasó, debido a la elocuencia de Cicerón.

César era tan ambicioso como los demás, y por lo visto una vez dijo que preferiría ser el primero en una aldea que el segundo en Roma. Sin embargo, en los comienzos de su carrera entendía perfectamente

que debía procurarse amigos, por lo que ofreció sus servicios tanto a Pompeyo como a Craso.

Poco a poco, César convenció a sus dos rivales de que sería una insensatez ponerse a pelear, y finalmente los convenció de ser amigos. Cuando los tres hubieron unido fuerzas, sintieron que tenían Roma en la palma de la mano y ya podrían hacer lo que quisieran.

Por tanto, formaron lo que se llamó un triunvirato, es decir, un concilio de tres hombres. Afirmaban que Roma seguía gobernada por el senado y los cónsules como siempre, pero la realidad era que tenían tanta influencia que el pueblo y el senado prácticamente hacían lo que los triunviros querían.

Para sellar aquella alianza, César dio a su hija Julia en matrimonio a Pompeyo. Entonces, cuando todo estuvo dispuesto según sus deseos, César pidió y obtuvo el gobierno de la Galia durante cinco años. Para librarse de Cicerón, Clodio, un amigo del triunvirato, revivió una antigua ley por la cual cualquier persona que hubiera condenado a muerte a un ciudadano romano sin juicio pasaba a ser un criminal. Clodio dijo que Cicerón no había solo causado la muerte de jóvenes romanos en la conspiración de Catilina, sino que incluso había estado presente durante su ejecución.

Cicerón no pudo evitar la ley, por lo que tuvo que marcharse, y se quedó lejos de Roma los siguientes dieciséis meses. Aquello fue duro para él, y se estuvo quejando tanto que finalmente le permitieron volver. La gente, que lo amaba por su elocuencia, lo recibió con muchas muestras de júbilo.

Las conquistas de César

Mientras tanto, César había ido como gobernador de la Galia y estaba obligando a las diversas tribus a reconocer la autoridad de Roma. Luchó valerosamente y escribió unos diarios sobre sus conquistas en la Galia, que está escrito de forma tan sencilla y es tan interesante que siempre se usa para practicar durante el aprendizaje del latín.

César no solo sometió toda la Galia, lo que sería la actual Francia, sino que también subyugó a los bárbaros que vivían en las actuales Suiza y Bélgica.

Aunque fue uno de los mayores generales, no tardó en darse cuenta de que no podría completar estas victorias antes de que su periodo como gobernador terminara. Por tanto, acordó con sus amigos Craso y Pompeyo permanecer en la Galia otra magistratura mientras ellos se encargaban de Hispania y Siria.

El senado, que era un mero instrumento en las manos de estos tres hombres, confirmó el reparto, y César se quedó en la Galia para terminar el trabajo que había empezado. Pero Pompeyo envió a uno de sus hombres para encargarse de Hispania, pues él mismo deseaba quedarse en Roma para mantener el contacto con el pueblo y seguir ganándose su aprecio.

Como a Craso le gustaba el oro más que ninguna otra cosa, fue corriendo a Siria, donde cogió todo el dinero que pudo, e incluso fue a Jerusalén a saquear el templo. Poco después de esto, comenzó una guerra injusta contra los partos, que lo derrotaron en la famosa batalla de Carras, mataron a su hijo delante de él, y a continuación lo mataron a él mismo.

Se dice que un soldado parto le cortó la cabeza al general romano y se la llevó al rey. Este, que sabía lo ávido de oro que había sido siempre Craso, le metió algo de él en la boca y dijo:

—¡Ahí tienes, para que te sacies ahora del metal que siempre te ha gustado tanto!

Mientras Craso acababa de esta forma en Asia, César conseguía cada día alguna victoria en la Galia. También había invadido Britania, cuyas costas podían verse desde la Galia en los días de buen tiempo.

Aunque esta isla estaba habitada por pueblos belicosos, ya había sido visitada anteriormente por los fenicios, que habían ido por el estaño de las minas de Cornualles.

César cruzó el canal de la Mancha en pequeñas embarcaciones por la parte más estrecha, entre las actuales ciudades de Calais y Deal. Cuando los britanos vieron acercarse a los romanos en formación de batalla, acudieron a la costa, cubiertos de pieles de animales y pintados de azul, y mientras proferían sus feroces gritos de batalla blandían y agitaban sus armas de forma amenazante.

A pesar de su valerosa resistencia, César logró desembarcar y obtuvo unas cuantas victorias; sin embargo, la estación estaba tan avanzada ya que tuvo que regresar a la Galia. Al año siguiente volvió a Britania y derrotó a Casivelono, un renombrado caudillo britano.

Con esta victoria terminó la guerra. Los britanos hicieron como que se sometían al general romano y acordaron pagarle un tributo anual. Así, César se marchó para completar la conquista de la Galia, pero se llevó consigo a unos cuantos rehenes para asegurarse de que los britanos cumplieran sus promesas.

Conforme las noticias de una victoria tras otra llegaban a Roma, la influencia de César entre el pueblo era mayor cada día. Pompeyo, que se enteraba de todo ello, no tardó en ponerse celoso por la fama de su amigo. Como su esposa Julia había muerto durante un parto, ya no consideraba estar ligado a César, por lo que comenzó a hacer todo lo posible por dañar a su colega ausente.

En cuanto a los soldados, eran todos fieles a su general, porque los trataba amablemente, los conocía por su nombre y siempre los animaba no solo de palabra, sino también con sus propios hechos, tanto en el campo de batalla como durante la marcha.

Cruzando el Rubicón

Las noticias de la hostilidad de Pompeyo le llegaron pronto a César, que, por consiguiente, se esforzó más que nunca en mantener el favor de los romanos y pidió ser nombrado cónsul.

César llevaba siendo gobernador de la Galia casi nueve años. En ese tiempo había logrado someter ochocientas ciudades y trescientas tribus, y había luchado contra más de tres millones de soldados. Sus servicios habían sido tan grandes que Pompeyo no se atrevió a oponérsele abiertamente, no fuera que la gente se le enfrentara.

Sin embargo, Pompeyo tenía especial interés en que su rival volviera a Roma como un simple ciudadano particular. Por tanto, sobornó a un hombre para influir contra la elección de César como cónsul, sobre la base de que iba contra la ley elegir a un hombre que no estuviera presente en la ciudad.

Entonces, como César estaba en la Galia, Pompeyo aconsejó al senado que hiciera llamar a dos de las legiones de César, pero, incluso al marchar estas de su lado, no olvidaron quién era el general al que admiraban y permanecieron leales a él.

Como todos los intentos de estorbar a César y disminuir su gloria habían sido en vano, Pompeyo pensó que sería un buen plan hacerle volver a Roma, donde no tendría disponible a su formidable ejército. Así pues, el senado dio la orden que quería Pompeyo, pero, en lugar de ir a Italia solo, César cruzó los Alpes a la cabeza de su ejército. El gran general estaba determinado a conseguir su propósito, incluso por las armas, si no podía hacerlo de forma más pacífica.

Las noticias de que César había cruzado los Alpes a la cabeza de su ejército llenaron a los senadores de terror. Temían la furia del hombre que había obtenido tantas victorias. Recordando que Pompeyo había salvado tantas veces el Estado, le imploraron que tomara un ejército y se dirigiera al norte a detener los avances de César.

A César no le gustaba el derramamiento de sangre, y no quería pelear contra otros romanos si podía conseguir lo que quería sin hacerlo. Por tanto, se detuvo varias veces y trató de acordar la paz con Pompeyo. Pero, como rechazaban todas sus propuestas, dejó de dudar y cruzó el Rubicón con osadía, gritando *Alea iacta est!*, que suele traducirse como «La suerte está echada», pero que realmente hace referencia a tirar los dados en un juego de apuestas.

El Rubicón era un riachuelo que fluía entre la provincia de la Galia y

el territorio de Roma. Por esta razón, iba contra la ley que el gobernador de la Galia lo cruzara sin deponer sus armas. Como César no obedeció esta ley, mostró a las claras que ya no estaba dispuesto a obedecer al senado, y que estaba listo para la guerra civil.

El cruce del Rubicón por parte de César fue un acontecimiento muy señalado. Desde entonces, cuando se ha tomado una decisión atrevida o se ha hecho algo y ya no puede irse atrás, se habla de que «la suerte está echada» o de que «se ha cruzado el Rubicón».

Cuando Pompeyo se enteró de que César había invadido el territorio romano e iba directo hacia Roma, se le llenó de terror el corazón. En lugar de mantener su posición, huyó por mar hacia Bríndisi. Su propósito era navegar hasta Grecia, donde pretendía reunir un ejército lo suficientemente grande como para enfrentarse a su rival y antiguo amigo.

César marchó sobre Roma sin encontrar ninguna resistencia. Al llegar, abrió el tesoro público y tomó todo el dinero necesario para pagar a sus tropas. Entonces envió a sus soldados a enfrentarse a Pompeyo, mientras que él fue directo hacia Hispania y la añadió a su palmarés de conquistas en poco tiempo.

A continuación, el incansable César fue a Grecia, donde planeaba enfrentarse al propio Pompeyo. Sin embargo, durante ese tiempo, Pompeyo había reunido muchas tropas, y se le habían unido muchos romanos prominentes, entre los cuales estaban Cicerón, el gran orador, y Bruto, un hombre callado, severo y muy patriótico.

La batalla de Farsalia

Cuando César llegó al puerto de Bríndisi, se encontró con que no había suficientes naves para transportar a todos sus hombres por el mar. Por tanto, embarcó con una parte, dejando a la otra en Bríndisi al mando de su amigo Marco Antonio, que tenía órdenes de seguirle en cuanto pudiera.

En lugar de obedecer, Marco Antonio esperó tanto tiempo que César embarcó en secreto en un barco de pescadores para regresar a Italia y averiguar la causa del retraso. Se trataba de un barco no muy grande, y, cuando se levantó una tempestad, los pescadores querían dar la vuelta.

César trató de convencerlos para seguir y dijo con orgullo:

—Seguid avanzando sin temor, pues lleváis a César y su fortuna.

Los hombres habrían obedecido con gusto, pero la tempestad se embraveció tanto que se vieron obligados a volver al puerto del que habían zarpado.

Poco después, Marco Antonio se decidió a cruzar el mar y se unió a César, que estaba entonces asediando a Pompeyo en la ciudad de Dirraquio, en Iliria. Para rechazar al enemigo lo antes posible, Pompeyo había destruido todas las provisiones de los alrededores. Los hombres de César pasaron mucha hambre, pero eran leales y no desertaron. Para convencer a Pompeyo de que sus intentos no le valdrían de nada, le lanzaron sus últimas hogazas, gritando que comerían hierba antes de abandonar su propósito.

Sin embargo, César veía que sus hombres enfermaban por falta de comida apropiada, por lo que se los llevó de Dirraquio a Tesalia, donde encontró mucha comida, y Pompeyo fue en su persecución. Allí, en la llanura de Farsalia, los dos grandes generales se enfrentaron en batalla campal, y Pompeyo estaba tan seguro de obtener la victoria que mandó a sus soldados preparar un gran banquete para celebrarla tras la batalla.

Muchos de los hombres de Pompeyo eran nobles jóvenes, orgullosos de sus magníficas armaduras y apariencia, mientras que los de César eran veteranos curtidos que lo habían seguido durante toda su carrera de constantes batallas. César, que conocía la vanidad de los romanos jóvenes, les dijo a sus hombres que apuntaran a la cara y trataran de desfigurarlos más que acabar con ellos.

La batalla comenzó de forma muy virulenta. Siguiendo las órdenes de su general, las tropas de César apuntaban a la cara de sus rivales, que huían ante la idea de quedar desfigurados para siempre. Cuando Pompeyo vio que la batalla estaba perdida, huyó a escondidas, mientras que los hombres de César disfrutaron del rico banquete que sus contrincantes habían preparado.

Al contrario que los otros romanos de su tiempo, César siempre fue generoso con el vencido. Por tanto, liberó a todos los prisioneros que había hecho en Farsalia. Entonces, en lugar de fisgonear los documentos de Pompeyo como cualquier otro habría hecho, los quemó sin mirarlos. Aquella clemencia y honradez agradó tanto a Bruto que reafirmó su amistad con César.

Pompeyo, mientras tanto, iba huyendo por mar. Había recibido el sobrenombre de Magno por sus muchas victorias, pero la derrota de Farsalia fue tan aplastante que temía permanecer en Grecia. Por tanto, embarcó con su nueva esposa, Cornelia, y con su hijo Sexto, en un barco con destino a Egipto.

Como pretendía pedir el auxilio y protección de Ptolomeo, el faraón de Egipto, compuso un elocuente discurso de camino a África. El barco finalmente llegó a poca distancia de la costa y Pompeyo embarcó solo en una barquita para llegar a tierra.

Cornelia se quedó en la cubierta del barco, mirando con ansia a su marido. Es fácil imaginar su horror al ver cómo lo asesinaron en cuanto llegó a tierra. El crimen fue cometido por orden del rey egipcio, que esperaba ganarse el favor de César al matar a su rival.

Le cortaron la cabeza a Pompeyo y la prepararon como regalo para César, cuya llegada a Egipto esperaban en poco tiempo. El cuerpo habría permanecido en la costa, sin enterrar, si no hubiera sido por un liberto que hizo una pira funeraria y quemó los restos de su amo.

La muerte de César

En cuanto César desembarcó en Egipto, le ofrecieron la cabeza de Pompeyo. En lugar de alegrarse ante aquel abominable presente, se echó a llorar. Entonces, aprovechándose de su poder, interfirió en los asuntos de Egipto y le entregó el trono a Cleopatra, la hermana del faraón, que era una mujer inusualmente hermosa e inteligente.

Esto no gustó a algunos egipcios, que deseaban seguir gobernados por Ptolomeo. El resultado fue una guerra entre Ptolomeo y los egipcios por un lado, y César y Cleopatra por otro.

Durante este conflicto, todo el mundo antiguo y presente sufrió una gran pérdida, pues la magnífica biblioteca de Alejandría, que contenía miles de manuscritos, sufrió un incendio. Los libros antiguos se escribían en pergamino o papiro y costaba mucho tiempo y dinero crear cada copia. La mayoría ardieron y se perdieron para siempre, por lo que muchas obras antiguas han desaparecido y por eso no las conocemos hoy.

César resultó vencedor, como de costumbre, y Cleopatra fue nombrada reina de Egipto. El general romano se marchó para luchar en el Ponto, donde había comenzado una nueva guerra. Allí, César luchó con tal energía que apenas tardó en someter el país por completo. Las noticias de su victoria fueron enviadas a Roma con la famosa frase latina *Veni, vidi, vici*, es decir, «Llegué, vi, vencí».

Tras una breve campaña en África, César volvió a Roma, donde se le concedieron cuatro triunfos como nunca se habían visto antes. Poco después, se le dio el título de *imperator*, de donde viene la actual palabra «emperador». También en su honor se renombró uno de los meses del año, desde entonces llamado *julio*.

César llevó a cabo otra campaña reseñable en Hispania antes de asentarse definitivamente en Roma. Entonces dedicó su inteligencia y energía a mejorar las leyes. Le dio grano al pueblo hambriento, cedió tierras a los soldados que habían luchado valientemente y se impuso el título de dictador, que ostentaría diez años.

Como a los romanos les gustaban mucho los espectáculos, César los entretenía a menudo con batallas simuladas. Incluso inundó el anfiteatro desviando las aguas del Tíber; hasta allí navegaron algunos barcos y se celebró una naumaquia, una batalla naval en miniatura, a la vista de los impresionados espectadores. También celebró combates de gladiadores, pero, como no le gustaba la sangre sin justificación,

trataba de no abusar de aquello.

César era un hombre muy ambicioso, y su mayor deseo había sido siempre ser el primero, incluso en Roma. Algunos de sus amigos le apoyaban en aquella ambición y les habría gustado nombrarlo rey; pero otros deseaban sobre todo mantener la república y temían que César planeara acabar con ella para volver a la monarquía.

Entre los republicanos acérrimos estaban Casio y Bruto. Eran amigos de César, pero no estaban de acuerdo con sus ansias de poder. De hecho, sus sospechas de que fuera a aceptar la corona crecieron tanto que se conjuraron para asesinarle.

A pesar de muchas advertencias, César fue al senado el día acordado por Casio y Bruto para su muerte. Se dice que también ignoró la aparición de un cometa que los antiguos romanos creían que presagiaba males, aunque un cometa no es más que un astro y es tan neutral como una estrella.

César estaba ante la estatua de Pompeyo leyendo tranquilamente una petición que le habían entregado. De repente se dio la señal y recibió la primera puñalada. César trató de defenderse al principio, pero, cuando vio a Bruto entre los atacantes con el puñal en la mano, gritó lleno de pena:

—¡¿Tú también, Bruto?!

Entonces se cubrió la cara con su túnica y no tardó en caer con un total de veintitrés puñaladas.

Así murió César, cuando tenía solo cincuenta y cinco años. Fue un gran general, un magnífico político y un estupendo historiador. Entre las muchísimas obras posteriores sobre su vida y muerte hay una de Shakespeare, en la que se cuenta cómo le advirtieron y que, a pesar de ello, fue al senado, y allí murió con gran aflicción por la traición de sus amigos.

El segundo triunvirato

César, uno de los más grandes romanos hasta la fecha, había muerto asesinado por Bruto, que creía que era su deber librar a su patria de un hombre cuya ambición era tan grande que podía llegar a ser dañina.

Bruto era tan severo como patriota, y no le pareció mal matar a un hombre por el bien del país. Por tanto, no dudó en dirigirse al senado y explicar sus razones para hacer lo que hizo.

Para su sorpresa e indignación, no tardó en encontrarse hablando a las bancas vacías. Los senadores se habían marchado todos porque no sabían cómo se tomaría el pueblo la muerte de su ídolo.

Bruto, Casio y los otros conspiradores estaban igualmente inciertos, por lo que se retiraron al Capitolio, donde podrían defenderse si fuera necesario. Sin embargo, los romanos al principio estaban demasiado conmocionados como para reaccionar. Los senadores se reunieron al día siguiente para decidir si César había sido realmente un tirano y su muerte era merecida, pero Cicerón les aconsejó que dejaran el asunto sin resolver.

Así, tomando el consejo de Cicerón, los asesinos ni fueron recompensados ni castigados, pero sí que se celebró un funeral público por el héroe muerto. Sus restos fueron expuestos en el foro en una cama de marfil. Allí se leyó el testamento de César en voz alta y, cuando el pueblo oyó que había dejado sus jardines para disfrute público y que había ordenado que se pagara una cierta cantidad de dinero a cada hombre pobre, la tristeza por su pérdida fue más evidente que antes.

Como César no tenía hijos, la mayoría de sus propiedades las dejó a su sobrino e hijo adoptivo, Octavio. Una vez leído el testamento, Marco Antonio, el amigo de César, pronunció un discurso fúnebre y se valió de su elocuencia para azuzar al pueblo a vengar el asesinato.

Los fue azuzando poco a poco hasta el punto de que construyeron la pira funeraria con sus propias manos y clamaban por la muerte de los asesinos. Sin embargo, los conspiradores lograron escapar de la ciudad y, poco después, Bruto y Casio se hicieron señores de Macedonia y Siria.

Con César muerto y Casio y Bruto lejos, Marco Antonio quedó como el hombre más poderoso en Roma. Sin embargo, poco después descubrió que Octavio y el excónsul Lépido rivalizarían con él. Tras luchar entre

sí por un tiempo sin conseguir ningún logro, finalmente hicieron las paces.

Estos tres hombres entonces formaron lo que se conoce como segundo triunvirato. Acordaron que Marco Antonio gobernaría la Galia; Lépido, Hispania; y Octavio, África y el Mediterráneo; pero Roma e Italia quedarían en común.

La visión de Bruto

En cuanto los triunviros hubieron tomado de esta forma todo el poder, comenzaron a maquinar cómo vengar sus agravios particulares y redactaron largas listas de gente que debía ser ejecutada. En esto siguieron el ejemplo de Mario y de Sila, en lugar de mostrarse generosos y compasivos como Julio César.

Para satisfacer las demandas los unos de los otros, se vieron obligados a sacrificar a algunos de sus allegados y amigos. Lépido cedió a su hermano a la venganza de sus colegas; Marco Antonio hizo lo mismo con su tío; y Octavio consintió la muerte de su amigo Cicerón.

Cuando se concluyeron estos planes, los triunviros marcharon hacia Roma y tomaron posesión de la ciudad por la fuerza. Entonces sus soldados comenzaron a matar a todos los ciudadanos cuyos nombres aparecían en las listas de proscripciones. Muchos trataron de escapar, y entre ellos estaba Cicerón, aunque estaba tan enfermo en aquel momento que tuvo que ser llevado en litera.

Los soldados persiguieron al orador y pronto lo alcanzaron. Sabiendo que toda resistencia sería inútil, Cicerón sacó la cabeza de la litera con resignación, y se la cortaron de un tajo. Los hombres también se llevaron su mano derecha, porque Marco Antonio había pedido la mano que había escrito semejantes discursos contra él.

Antonio y su esposa, Fulvia, se dice que recibieron aquellos espantosos regalos con muestras de alegría. Fulvia incluso perforó la lengua del orador con su broche para el pelo, en venganza por haberse atrevido a hablar mal de Marco Antonio. Pero esta mujer acabó recibiendo un merecido castigo por su crueldad: su marido, que no había sentido escrúpulos por matar a un amigo, no tardó en abandonarla, y finalmente murió de pena y sola.

Más de dos mil ciudadanos romanos fueron asesinados en aquellos días para satisfacer la crueldad de los triunviros. Muchos otros escaparon a la muerte abandonando el país. Se dice que un joven se llevó a su anciano y débil padre a cuestas para salvarlo de sus perseguidores. Padre e hijo alcanzaron un lugar seguro, donde se quedaron escondidos hasta que pudieron regresar a Roma sin peligro. Fueron recibidos amistosamente cuando volvieron, y todos tenían bellas palabras para el valiente joven que no había abandonado a su padre, aunque su propia vida estaba también amenazada.

A la cabeza de las listas de proscripciones de los triunviros estaban los

nombres de Bruto y Casio, pero los asesinos de Julio César estaban ausentes y, por tanto, no podían ser ejecutados. Bruto había ido a Atenas, en Grecia, donde convenció a muchos de los romanos que estaban estudiando allí para que se unieran a su ejército en Macedonia.

Fue entonces cuando Bruto tuvo un extraño sueño. Un espectro se le apareció mientras dormía y le dijo solemnemente:

—Bruto, soy tu genio maléfico. ¡Volveremos a vernos en Filipos!

Poco después, Bruto estaba acampado en Filipos con un ejército. En la víspera de una gran batalla, se dice que vio al mismo espectro, que ahora le advirtió de que se acercaba su final. La batalla de Filipos fue muy importante, pues Bruto, Casio y todos sus amigos estaban a un lado, mientras que Marco Antonio, Octavio y muchos otros romanos estaban en el otro.

Sin embargo, poco después, Casio y sus hombres fueron derrotados, y él se quitó la vida sin esperar el final de la batalla. Bruto al principio iba ganando, pero unos pocos días después también él acabó derrotado. En medio de la lucha, su amigo Lucilio se adelantó.

Lucilio había visto que los hombres de Antonio estaban tratando de capturar a Bruto, por lo que él se hizo pasar por él, diciendo a voces que él era Bruto. Mientras lo llevaban a la tienda de Antonio, donde pronto se descubriría la verdad, el verdadero Bruto escapó.

Temiendo ser alcanzado y hecho prisionero, Bruto imploró en vano a sus amigos y esclavos que lo mataran; entonces, desesperado, se suicidó con su propia espada. Esto ocurrió cuando tenía tan solo cuarenta y tres años, solo dos años después de la muerte de César.

Marco Antonio y Cleopatra

La victoria en Filipos dejó a Marco Antonio, Lépido y Octavio como dueños del mundo romano. Volvieron a dividirlo y Antonio fue a Asia; Lépido, a África; y Octavio se quedó en Roma.

Aunque estos tres hombres eran aparentemente buenos amigos, realmente se temían y odiaban, y su alianza no podía durar mucho. Octavio, el más ambicioso de los tres, determinó al poco tiempo ser el único al mando. Sabía que Lépido era viejo, y podría librarse fácilmente de él; pero Marco Antonio era tan poderoso que era necesario evitar una guerra abierta.

Al llegar a Asia, lo primero que hizo Antonio fue convocar a Cleopatra, la reina de Egipto, para que se defendiera de la acusación de haber ayudado a Bruto. Cleopatra acudió, y, en lugar de juzgarla, Antonio se enamoró perdidamente de ella.

Para agradar a esta orgullosa reina, dejó su puesto en Asia y fue con ella a Egipto, donde pasó mes tras mes junto a ella. Su esposa lo mandó llamar muchas veces, pero, como él no regresaba, finalmente suscitó una rebelión en Italia.

Antes de que Antonio pudiera unírsele, la revuelta había terminado, y la trató tan mal que no tardó en morir de pena. Entonces Antonio se casó con Octavia, la hermana de Octavio, y los dos triunviros unieron fuerzas contra Sexto Pompeyo, el hijo de Pompeyo Magno, pues este hombre se había apoderado de Sicilia y estaba reuniendo una gran flota.

Tras algunas batallas, los dos colegas hicieron las paces con Sexto Pompeyo, pero esta paz se rompió poco después. Finalmente, Sicilia cayó en manos de los triunviros, y Pompeyo huyó a Siria, donde fue ejecutado por orden de Antonio.

El anciano Lépido fue llamado a Italia, donde le quitaron su parte del gobierno. En lugar de una provincia, le dieron el cargo de pontífice máximo de Roma, que ostentó hasta su muerte.

Antonio, mientras tanto, había vuelto a dirigir sus pasos hacia el este, y, en lugar de atender a sus asuntos en Asia, volvió a unirse a Cleopatra en Egipto. A pesar de las cartas de su esposa y de las amenazas de Octavio, Antonio se quedó allí año tras año. Tal era la influencia que Cleopatra tenía sobre Antonio que incluso se divorció de su esposa Octavia y se casó con la reina de Egipto.

Octavio había estado esperando una buena excusa para declarar la guerra a Antonio, pues deseaba ser el único al mando del gobierno. Por tanto, hizo ver que estaba muy enfadado por el hecho de que Antonio se divorciara de su hermana, y formó un gran ejército.

Mientras Octavio reunía tropas para el ejército y la flota, Antonio estaba con Cleopatra y no pensaba en otra cosa que en el placer. Daba magníficos banquetes en honor a ella, y en uno de estos banquetes la reina de Egipto disolvió una excelente perla en vinagre y se la tragó, solo para poder decir que nadie se había tomado una bebida tan cara como la suya.

Obligado finalmente a enfrentarse a Octavio, que fue con una gran flota, Antonio y Cleopatra navegaron a Accio, donde tuvo lugar una gran batalla naval. Aunque las flotas combinadas de Antonio y Cleopatra eran imponentes, Octavio obtuvo la victoria.

Cleopatra había acudido en su nave dorada con velas de seda púrpura y tripulación vestida lujosamente; pero, en cuanto comenzó la lucha, se asustó tanto que se volvió y huyó. Cuando Antonio la vio marcharse, olvidó todo honor y deber y le fue detrás, abandonando a su gente para terminar la batalla como pudieran.

La serpiente venenosa

Octavio siguió a Antonio y Cleopatra a Egipto en cuanto aseguró la victoria. Cleopatra trató muchas veces de hacer la paz, pero él se negó a escuchar a menos que le entregara a Marco Antonio. Entonces, la reina de Egipto trató de ablandarle el duro corazón con su belleza, pero también ese plan falló.

Todo había terminado, y Cleopatra sabía que Octavio insistiría en que ella fuera a Roma para desfilar en su triunfo. No podía soportar aquella idea, por lo que decidió morir antes que sufrir tal desgracia.

Mientras tanto, Marco Antonio había oído que ya estaba muerta, por lo que hizo llamar a su esclavo Eros y le ordenó que lo matara. Eros tomó la espada, pero, en lugar de matar a su amo, se la clavó en su propio corazón y cayó muerto. Entonces, Marco Antonio sacó la espada del pecho del esclavo y se la clavó él mismo. Sin embargo, lo hizo tan dubitativo que la herida no le causó una muerte inmediata y vivió para enterarse de que lo que había oído no era verdad, y que Cleopatra seguía viva.

Para verla una vez más, Antonio hizo que lo llevaran a la torre en la que la reina egipcia se había refugiado con sus sirvientas y tesoros. Pero las puertas estaban tan bien barricadas que no podían abrirse. Por tanto, hizo que lo metieran por una ventana, pero murió en cuanto lo tendieron a los pies de Cleopatra.

Tras conseguir permiso para enterrar a Antonio y tener por seguro que no había esperanza de escapar, Cleopatra se tumbó en su diván para su propia muerte. Cogió a un áspid (una serpiente sumamente venenosa) de una cesta de fruta en la que lo habían escondido y dejó que la mordiera, y así murió.

Octavio, avisado de aquello, envió ayuda de inmediato, pero su oficial la encontró ya muerta, con sus sirvientas favoritas muriendo a sus pies.

—¿Es esto adecuado? —le preguntó a una.

—¡Sí, es adecuado! —respondió ella, y murió con una sonrisa, porque su hermosa ama nunca sería obligada a ir siguiendo el carro del vencedor por las calles de Roma.

Con la muerte de su rival, Octavio se vio finalmente como único gobernante. Junto a Antonio, murió la antigua república romana y comenzó la historia del imperio romano.

La época de Augusto

Octavio era conocido por su severidad e incluso crueldad mientras compartió el gobierno con Lépido y Antonio, pero luego cambió por completo su proceder y obtuvo una gran reputación por su bondad.

Poco después de la muerte de Antonio, asumió el título de *imperator* que su tío había ostentado, que entonces solo se refería a los generales victoriosos, aunque se hacía llamar *princeps*, es decir, el primero de los ciudadanos. No contento con eso, Octavio tomó también los títulos de censor, tribuno y pontífice máximo, y asumió toda la pompa correspondiente a esos cargos. Todavía se elegían cónsules, pero no tenían autoridad real y eran meras marionetas en las manos del emperador.

En memoria de su tío, Octavio también tomó el nombre de César, y desde entonces el título de césar fue llevado por los emperadores romanos, aunque la mayoría de ellos no pertenecieron a la familia del gran general.

César Augusto, como solían llamar a partir de entonces a Octavio, tuvo muchos buenos amigos en Roma. Entre ellos estaba su general favorito, Agripa, y un hombre muy rico llamado Mecenas. A este Mecenas le gustaba mucho juntarse con la gente inteligente, y los mantenía económicamente para que pudieran dedicarse a escribir y crear arte.

En los banquetes celebrados en casa de Mecenas podía verse a los hombres más famosos de la época, y este periodo fue tan rico de escritores llenos de talento que es conocido como *época de Augusto*. El mayor de todos fue el poeta Virgilio, el autor de la *Eneida*, un poema en el que se cuentan las aventuras de Eneas, el padre del linaje romano.

Había otros poetas llenos de talento en Roma, como Ovidio y Horacio, cuyas obras aún son leídas y estudiadas. También estaban los historiadores Tito Livio y Cornelio Nepote, escritor de biografías de grandes hombres.

Tras tantos años de guerra constante, los romanos estaban contentos de tener paz en todo el mundo. Por tanto, fue causa de gran regocijo cuando Augusto ordenó que se cerrara el templo de Jano. Era la tercera vez que ocurría esto, y eso que el templo lo había construido Numa Pompilio, el segundo rey de Roma.

Aunque Augusto parecía afortunado, no era un hombre feliz, y,

mientras que su carrera pública era muy brillante, sufrió muchas penas. Por ejemplo, perdió dos nietos, a su hermana Octavia y a su sobrino y yerno Marcelo; y también sobrevivió a los amigos a los que quería tanto: Agripa y Mecenas.

Para entretener al pueblo, Augusto a menudo celebraba muchos juegos, especialmente carreras a pie y de carros, pero evitó todo lo posible los combates de gladiadores y con animales salvajes. El sabio emperador hizo aquello porque se dio cuenta de que ese tipo de espectáculos hacía crueles a los romanos.

Los mayores tesoros que Augusto se había llevado de Egipto y de otras partes fueron empleados en la construcción de muchos edificios en Roma. Así, la ciudad cambió rápidamente bajo su mandato, y sus admiradores incluso decían que había encontrado una Roma de ladrillo y la había dejado de mármol.

Unos veinticinco años después de que Augusto se hiciera emperador, y durante la paz, nació Jesús en Belén, en Judea. Este país era por entonces una provincia romana gobernada por Herodes, a quien Antonio había nombrado rey.

Naturalmente, los romanos no usaban las fechas «antes» o «después de Cristo», como se suele hacer en la actualidad. Precisamente, el año que nació Jesucristo fue el año 1, y todo lo que había ocurrido antes eran años antes de Cristo.

Aunque Augusto fue bueno y amable y un gobernador excelente, tuvo varios enemigos, y entre ellos estaba Cina, un nieto de Pompeyo Magno. Cina odiaba tanto a Augusto que una vez trató de matarlo, pero Augusto hizo llamar a Cina, le dijo que conocía sus planes y le preguntó por qué deseaba tanto su muerte.

Cina al principio trató de negar que tuviera tal deseo, pero finalmente se vio obligado a confesarlo todo. En lugar de encerrarlo en prisión o ejecutarlo, Augusto lo perdonó. Cina se conmovió tanto por su generosidad que le rogó que lo perdonara de corazón, y se hizo uno de sus más leales amigos.

Muerte de Augusto

Cuando Octavio tomó el nombre de Augusto, recibió el poder supremo por diez años, pero, al llegar al final, su autoridad se prorrogó otro periodo, y luego otro, y otro, todo el tiempo que vivió. También obtuvo el permiso del senado de dejar el título de emperador a su sucesor.

Como recompensa por sus victorias, celebró tres triunfos, y uno de los meses del año fue nombrado en su honor, el actual *agosto*. Tras sus triunfos cerró el templo de Jano, como hemos visto ya, y hubo paz a lo largo y ancho del mundo romano, aunque no duró mucho.

Le siguieron muchas guerras, y, casi al final de su carrera, Augusto tuvo un gran contratiempo del que nunca pudo recuperarse. Algunas de las tribus germanas al otro lado del Rin se habían levantado contra los romanos. Por tanto, Augusto envió varias legiones bajo el mando de Varo para volver a someterlos a la obediencia a los romanos.

Los germanos contaban con el liderazgo de Arminio, uno de sus mayores héroes. Estaba ansioso por recobrar su antigua libertad, por lo que atrajo al general romano y sus tropas al bosque de Teutoburgo. Allí, los germanos los rodearon y mataron a casi todo el ejército romano.

Mientras Arminio se regocijaba por su victoria, un mensajero llevó las tristes noticias a Roma. Cuando Augusto oyó cómo sus valientes soldados habían acabado aniquilados, le entró tal pena que no podía dormir. En su lugar, se dedicaba a deambular por el palacio durante la noche, gritando afligido:

—¡Varo, Varo, devuélveme mis legiones!

No mucho después de esto, Augusto enfermó tan gravemente que sabía que moriría. Convocó a todos sus amigos junto a su cama y les preguntó si creían que había jugado bien sus cartas.

—Si es así —dijo—, concededme vuestro aplauso.

Augusto murió a los setenta y seis años, dejando el título de emperador a su hijastro Tiberio. Hubo gran duelo en Roma cuando finalmente murió, y todas las mujeres estuvieron de luto un año entero. Se erigieron templos en su honor y se celebraron sacrificios, como si se tratara de un dios.

Tiberio, el hijastro y sucesor de Augusto, era ya un hombre de mediana edad. Había recibido una educación excelente, pero por

desgracia no era un hombre bueno. Mientras Augusto estuvo vivo, hizo ver que sí lo era, y, en lugar de permanecer en la corte, se retiró un tiempo a la isla de Rodas, donde pasó la mayor parte de su tiempo en compañía de astrólogos.

Los astrólogos eran hombres que contemplaban las estrellas y los planetas, fijándose en sus movimientos y observando su progreso por el cielo. Además, estos hombres hacían como que podían predecir el futuro según el movimiento de las estrellas, y ganaban mucho dinero contándole a la gente su fortuna.

Tiberio tenía una gran torre en lo alto de un acantilado junto al mar, y allí invitaba a menudo a astrólogos para que le leyeran el futuro en el cielo. Él mismo era un hombre inteligente, por lo que sospechaba que estos hombres no hacían más que contar patrañas y, siempre que se gloriaban de conocerlo todo, incluso su propio futuro, él les mostraba cuán equivocados estaban, arrojándolos por el acantilado, por lo que caían al mar y se ahogaban.

Un astrólogo llamado Trasilo, que probablemente se había enterado del destino que habían sufrido sus colegas, fue convocado una vez con mucha prisa. Tiberio lo llevó a su torre y le mandó que le dijera su futuro. El hombre observó las estrellas un tiempo, y finalmente dijo:

—Tú, Tiberio, vas a ser emperador, ¡pero *yo* corro un grave peligro!

A Tiberio le gustó la respuesta, por lo que permitió al astuto astrólogo irse sin daño.

Varo, vengado

Varios años antes de la muerte del emperador, habían convocado a Tiberio varias veces en Roma, pues Augusto no sospechaba lo malo que podía llegar a ser. Incluso adoptó a Tiberio como a su propio hijo y sucesor y le dio los títulos de césar y emperador. Sin embargo, le fueron dados solo con la condición de que a su vez él adoptara a su sobrino Germánico.

Este joven era tan bueno y leal como Tiberio era malo y deshonesto. Como era muy valiente, le dieron el mando de las legiones romanas del Rin, y allí se ganó el afecto de todos sus soldados.

Tiberio tenía alguna mala razón para casi todo lo que hacía, y había enviado a su sobrino al Rin porque lo odiaba y esperaba que en aquella posición peligrosa Germánico muriera pronto como Varo, pues los germanos, animados por su victoria, trataban de empujar más.

En una ocasión en la que Germánico estaba ausente, las legiones romanas se sublevaron. El joven general, temiendo por la seguridad de su esposa Agripina y de sus hijos, los envió lejos de allí. Aquellos hombres rudos, sin embargo, se habían encariñado de su hijo menor, que solo tenía tres años. Al niño también le gustaban los soldados y llevaba botas como las suyas, que en latín se llamaban *caligae*, y por ello empezaron a llamarlo Calígula, algo así como *el Botitas*.

Llegó el momento en que los soldados amotinados le pidieron a Germánico que los perdonara, y lo hizo, pero aprovechó el momento para llevarlos a luchar contra los germanos. Tras unas cuantas victorias, el ejército romano llegó al mismo punto en que Varo y sus legiones habían muerto en la terrible emboscada, y allí Germánico hizo que sus hombres se detuvieran.

Reunieron y enterraron los huesos de los romanos muertos en un gran túmulo, sobre el que Germánico echó el primer puñado. Entonces, como sus soldados estaban sedientos de venganza por sus conciudadanos muertos, los llevó hasta enfrentarse a Arminio y lo derrotó.

Mientras tanto, Tiberio había comenzado su gobierno. Al principio hizo ver que no quería ser emperador, pero sobornó en secreto a los senadores para que se arrodillaran ante él y le rogaran que aceptara ser su emperador.

Al contrario que la mayoría de los romanos, a Tiberio no le gustaban las carreras de carros, las pantomimas o los espectáculos de ningún

tipo. Sin embargo, todo eso se celebraba a cada rato y la gente iba en tropel al circo y otros edificios para verlos. A menudo las gradas estaban a rebosar, y en una ocasión un teatro en Fidenas cedió ante el peso y murieron veinte mil personas.

Tiberio estaba celoso de las victorias obtenidas por Germánico y del afecto de sus soldados, por lo que lo convocó poco después de su victoria contra Arminio. Germánico regresó como un general victorioso, y el senado le concedió un triunfo magnífico en el que Tusnelda, la esposa de Arminio, precedía su carro junto a sus hijos.

En memoria de su triunfo, se acuñó una moneda en Roma: en un lado estaba el nombre y efigie de Germánico, y en el otro, su regreso de Germania con las enseñas rotas de Varo. Tenía una inscripción alrededor, escrita en latín: *el regreso de la buena fortuna*. Esta moneda, como muchas otras que conmemoraban ocasiones especiales, es muy rara y preciosa, y solo puede verse en las mejores colecciones.

Muerte de Germánico

Poco después del regreso de Germánico desde el norte, llegaron noticias de que los partos amenazaban con una invasión. Tiberio mandó inmediatamente a su hijo adoptivo que fuera a Asia para enfrentarse a ellos, pero, como seguía celoso de Germánico, se dice que en secreto dio órdenes a un agente suyo, Pisón, para que lo matara.

El pobre Germánico, que no podía imaginarse aquellos malvados tejemanejes, tomó la copa envenenada que le ofreció Pisón y murió poco después de beber de ella. Sus soldados estaban tan enfurecidos por su muerte que habrían matado al traidor si no hubiera huido.

Todo el mundo en Antioquía, donde el noble príncipe había muerto, lloró por él. Se celebró un solemne funeral, y se colocaron sus cenizas en una urna que entregaron a Agripina para que se las pudiera llevar de vuelta a Italia. Incluso los enemigos de Germánico lamentaron su muerte y le mostraron respeto absteniéndose de luchar durante varios días.

Agripina regresó triste a Roma con las cenizas de su marido, seguida de sus seis hijos. Una gran multitud salió a recibirla, y todos lloraban conforme ella iba desde el barco hasta la tumba de Augusto, donde colocó las cenizas de Germánico.

Incluso Tiberio hizo ver que lamentaba la muerte. Cuando Agripina fue ante él y acusó a Pisón y a su mujer de envenenar a su marido, el emperador los traicionó. Pocos días después, encontraron muerto a Pisón con el corazón atravesado por una espada, y, aunque nadie sabía exactamente cómo había ocurrido, muchos de los romanos creyeron que había sido por orden de Tiberio.

Tras la muerte de Germánico, Tiberio se quitó la máscara y se mostró tal cual era, un monstruo de crueldad y vicios. Eligió sirvientes que eran tan malvados como él, por ejemplo Sejano, el capitán de la guardia pretoriana (que era la guardia personal del emperador). Sin embargo, este Sejano era tan desagradecido que hizo envenenar a Druso, el hijo del emperador, pero todos pensaron que el joven príncipe había muerto de causa natural.

Sejano era tan ambicioso como cruel. Mientras que fingía ser muy fiel a Tiberio, realmente lo que deseaba era deshacerse del emperador para gobernar él en su lugar. Por tanto, comenzó por persuadir a su señor para que se retirara a la isla de Capri, donde el clima era

magnífico y desde donde podría enviar órdenes a Roma con facilidad.

Sejano, una vez solo en Roma, mató a todos los que pudieran ponerse en su camino. Entre sus víctimas se contaban muchos amigos de Germánico y algunos de los hijos del héroe muerto. Agripina, la viuda de Germánico, fue desterrada a una isla rocosa en medio del Mediterráneo, donde se dice que murió de hambre y sed.

Muerte de Tiberio

Tal fue la crueldad de Sejano y las torturas que infligió sobre el pueblo que muchos se suicidaron para evitar caer en sus manos. Las noticias de estos hechos dejaron a Tiberio bastante indiferente, pero su cólera despertó cuando alguien tuvo el coraje suficiente de decirle que Sejano estaba planeando hacerse emperador en su lugar.

Aunque ahora odiaba a Sejano, Tiberio hizo ver que confiaba en él más que nunca. Envió un mensajero a Sejano con una carta llena de elogios, y al senado, una con órdenes de encarcelarlo. Sejano se presentó en el senado cuando se iba a leer esta carta, y al principio todos le mostraron el usual respeto, pero, pocos minutos más tarde, la escena cambió por completo.

En cuanto los senadores hubieron leído la orden del emperador, se echaron todos sobre Sejano y lo golpearon e insultaron. La gente siguió el ejemplo y, cuando el verdugo lo hubo estrangulado, despedazaron su cuerpo y arrojaron sus restos al Tíber.

Tiberio dio rienda suelta a su rabia ordenando la muerte de todos los que él creía que eran sus enemigos. Dio órdenes estrictas, también, de que nadie llorara por aquellos que él había condenado. Una pobre mujer lloró por la ejecución de su hijo, por lo que también ella fue ejecutada; y un tragediógrafo fue sentenciado porque había escrito una obra en la que el emperador se vio atacado.

Todas las prisiones en Roma estaban llenas, pero, cuando Tiberio oyó que ya no podía encerrarse a nadie más, dio órdenes de vaciarlas matando a todos los prisioneros sin esperar a que los juzgaran. Solo se lamentó una vez, y fue cuando oyó que un joven se había suicidado y había escapado de esa forma de las torturas que le esperaban.

Alguien tan malvado no podía ser feliz, por lo que no es sorprendente saber que Tiberio vivía en constante miedo de que lo asesinaran. No podía dormir bien, les tenía miedo a todos, se asustaba por cualquier ruido y pensaba que todos eran tan malos y crueles como él.

Dieciocho años después de que Tiberio heredara el trono, en Jerusalén crucificaron a Jesucristo, y se dice que Poncio Pilato, el gobernador romano, envió al emperador una larga lista con sus milagros, su juicio, su muerte y su resurrección. Aquella historia interesó a Tiberio, que propuso al senado que Jesús fuera incluido entre los dioses romanos y que su estatua se colocara en el Panteón.

A los senadores no les gustaba hacer nada que no hubieran sugerido

ellos mismos, por lo que se negaron a hacer lo que Tiberio quería. Sin embargo, muchos años más tarde, todos los dioses paganos dejaron de ser venerados en Roma.

Al hacerse más viejo, Tiberio empezó a sufrir por su mala salud, y a veces tenía desmayos. Un día, mientras estaba inconsciente en una de estas ocasiones, la gente creyó que había muerto y empezó a alegrarse abiertamente. Incluso proclamaron a Calígula, el hijo de Germánico, emperador en su lugar.

En medio de la celebración, se enteraron de que Tiberio no estaba muerto y que estaba volviendo en sí. La gente se quedó aterrada, pues sabían que Tiberio era tan vengativo que mataría a todos.

Sin embargo, el jefe de la guardia pretoriana no perdió su entereza. Fue corriendo a la habitación del emperador y lo asfixió con varias almohadas.

Las locuras de Calígula

Como Calígula era el hijo de padres virtuosos, todos esperaban que él también fuera un hombre bueno; pero había perdido tanto a su padre como a su madre cuando era muy joven, y se había criado entre gente malvada. Por tanto, no es de extrañar que siguiera el ejemplo que había visto con sus propios ojos y resultara ser incluso peor que Tiberio.

Calígula también era un hipócrita, por lo que al principio fingió ser muy bueno, pero, no mucho después, los romanos descubrieron que era lo más cruel y vicioso que se podía ser.

Entre sus muchas faltas, Calígula era muy vano. No contento con adoptar toda la pompa de los reyes orientales, pronto quiso que lo adoraran como a uno de los dioses; les quitó las cabezas a las estatuas para colocar copias de la suya propia.

Además, algunas veces se ponía en medio del templo vestido como Marte o incluso como Venus y obligaba a la gente a adorarlo. A menudo hacía como que conversaba con los dioses, e incluso los amenazaba y les echaba cosas en cara cuando algo no ocurría según su conveniencia.

Algunas veces iba como a cortejar a la luna llena, como si hubiera sido su amante, y trataba mejor a su caballo que a cualquiera de sus súbditos. Este animal, de nombre Incitato, vivía en un establo de mármol y comía de un pesebre de marfil; y había centinelas a su alrededor para encargarse de que no hubiera ni el más mínimo ruido que perturbara su descanso.

Calígula a menudo invitaba a Incitato a sus propios banquetes, y allí el caballo comía avena de un plato de oro y bebía vino de la propia copa del emperador. Calígula estaba a punto de hacer nombrar al caballo cónsul de Roma, pero el animal murió, lo que puso fin a esta extravagancia de su amo.

Muchos historiadores piensan que Calígula no era responsable de todo el daño que causó, pues una vez enfermó gravemente, y fue solo después de esta enfermedad que empezó a hacer todas estas locuras; algunos de sus cortesanos exclamaron que morirían con gusto si eso salvaba al emperador, por lo que, en cuanto se recuperó, hizo que se suicidaran como habían dicho.

Conforme pasaba el tiempo, la locura y crueldad de Calígula empeoraban, e hizo muchas más cosas absurdas. Por ejemplo, una vez

marchó con un gran ejército, diciendo que iba a hacerles la guerra a los germanos; pero, cuando llegó al Rin, dio órdenes de que unos cuantos esclavos germanos se escondieran al otro lado del río. Entonces, lanzándose en medio de ellos, hizo como que los tomaba prisioneros y, al volver a Roma, insistió en que se le celebrara un triunfo.

Sin embargo, antes de volver, marchó para conquistar Britania; pero cuando llegó al mar ordenó a sus soldados que recogieran muchas conchas en la orilla. Las llevó a Roma como botín y las llamó pomposamente *los despojos del océano*.

Una vez, un astrólogo le dijo que era tan probable que fuera emperador como que caminara sobre el mar, por lo que quiso probar su capacidad para ello. Como ya era emperador, ordenó que se construyera un puente de barcas sobre el mar, y entonces caminó sobre él simplemente para mostrar lo equivocado que había estado el astrólogo.

Un barco normal no habría sido suficiente para Calígula, por lo que hizo que le construyeran una galera de madera de cedro. Los remos estaban recubiertos de oro, las velas estaban hechas de seda y la cubierta estaba cubierta de un jardín con plantas de verdad y árboles con frutas de todo tipo.

La crueldad de este emperador era tanta como su locura. Se dice que mató a su propia abuela, hizo matar a muchos romanos con lentas torturas, y una vez exclamó:

—¡Ojalá todo el pueblo romano tuviera una sola cabeza para poder cortarla de un tajo!

La tiranía de Calígula duró unos tres años. Incapaz de soportarlo más, algunos romanos formaron una conspiración, y Calígula fue asesinado por uno de sus guardias, del que se había burlado. Tras el primer golpe de este hombre, los demás conspiradores se echaron sobre Calígula, y más tarde se descubrió que tenía unas treinta puñaladas.

Este fue el final de este monstruo, de quien Séneca dijo: «La naturaleza parece habérnoslo presentado para mostrar qué maldad puede llevarse acabo mediante los mayores vicios apoyados por la mayor autoridad».

Las malvadas esposas de Claudio

Los conspiradores estaban tan asustados después de matar a Calígula que huyeron a toda prisa sin pensar tan siquiera en un sucesor. Entonces los soldados comenzaron a deambular por el palacio abandonado, esperando encontrar algún botín; y uno de ellos se encontró a Claudio, el tío de Calígula, que estaba escondido tras una cortina.

Este Claudio no solo parecía ser un cobarde, sino también medio tonto, y se había escondido allí porque creía que los conspiradores lo matarían a él también.

Los soldados lo sacaron de su escondite, pero, en lugar de matarlo, lo pusieron en el trono y lo jalearon como césar y emperador. Ni el pueblo ni el senado disputó aquella extraña elección, y de esta forma Claudio se convirtió en el cuarto emperador de Roma.

Claudio al principio era muy moderado y trataba de administrar justicia de forma razonable, pero por desgracia no tenía mucha fortaleza mental y se había casado con una mujer considerada muy malvada, Mesalina. No satisfecha con cometer todo tipo de crímenes ella misma, obligaba también a su marido al mal.

Los romanos tenían la costumbre de recompensar a los esclavos buenos y leales con la libertad. Estos libertos a menudo se quedaban al servicio de su antiguo amo. Ya no podían venderlos o castigarlos de forma severa, y les pagaban por sus servicios, pero muchos aún se consideraban a sí mismos propiedad de sus amos.

Claudio tenía a muchos libertos de este tipo a su servicio, y entre ellos estaban un tal Narciso y un tal Palas. Eran muy astutos, pero también crueles y viciosos, por lo que aceptaban cualquier cosa que Mesalina les propusiera. Una vez se apoderaron de todo el trigo de la ciudad y se negaron a venderlo si no era por un precio tan alto que los pobres no podían comprarlo, y se quedaron en una terrible situación.

Un día, cuando su marido estaba ausente, la malvada Mesalina se casó públicamente con otro hombre. Como se había peleado con el liberto Narciso, este le dijo a Claudio lo que había pasado. El emperador estaba tan enfadado que permitió a Narciso enviar hombres para matarla. Hacía tiempo que ya no la amaba, aunque era la madre de dos buenos hijos, Británico y Octavia; y cuando le anunciaron que ya estaba muerta, siguió sentado comiendo como si nada.

Claudio había dado mucho dinero a la guardia pretoriana porque lo

habían elegido a él como el sucesor de Calígula. También se enorgullecía por sus demás soldados, aunque él mismo no era lo suficientemente valiente como para luchar. Sin embargo, fue durante su gobierno cuando parte de Britania se hizo provincia romana.

Cuando las legiones romanas en Dalmacia se enteraron de que la guardia pretoriana en Roma había nombrado un emperador, ellas quisieron nombrar uno también, por lo que pusieron a su general en un trono y le pidieron que los liderara hasta Roma para tomar la ciudad.

Por el camino, las tropas se pelearon con su líder. El resultado fue un motín, en el que el ambicioso general acabó muerto. Entonces Claudio envió a otro comandante y dio órdenes de arrestar a los que habían conspirado contra él y enviarlos a Roma.

Entre los prisioneros había un oficial llamado Peto. Su esposa, Arria, lo quería tanto que lo siguió a Roma. Cuando se enteró de que lo habían condenado a muerte tras una horrible tortura, le aconsejó que se suicidara. Tomando un puñal, Arria se lo clavó en su propio pecho, y entonces se lo entregó a su esposo. Con una sonrisa, le dijo:

—Peto, no duele.

Entonces, Peto tomó el mismo puñal y se suicidó también.

Tras la muerte de Mesalina, su enemigo Narciso imaginó que le permitirían hacer lo que le pareciera. Por tanto, se vio muy decepcionado cuando Claudio se casó con Agripina, la hermana de Calígula, pues esta era tan malvada y ávida de poder como lo había sido su hermano.

Agripina había estado casada antes, y, como su marido había muerto repentinamente, corría el rumor en Roma de que ella lo había envenenado. La nueva esposa del emperador llevó consigo al palacio a su hijo Nerón, a quien esperaba ver en el trono en no mucho tiempo, aunque el heredero era Británico, el hijo de Claudio.

Nerón recibió una educación esmerada, bajo el cuidado del filósofo Séneca y de Burro, el jefe de la guardia pretoriana. Estos dos hombres estaban totalmente dedicados a Agripina y, por sus órdenes, le dieron toda la atención a Nerón, mientras que a Británico lo dejaban de lado. Entonces, en cuanto Nerón fue lo suficientemente mayor, Agripina convenció a Claudio para casarlo con la princesa Octavia.

Narciso había observado todos estos cambios para su pesar, y trató de encontrar alguna forma de deshacerse de la emperatriz. Sin embargo, Agripina averiguó sus planes y persuadió a Claudio de enviarlo fuera

del palacio. Entonces, cuando ya no parecía que hubiera nada más que se interpusiera en su camino, hizo llamar a Locusta, una mujer experta en venenos, y le compró una dosis.

Puso este veneno en un plato de champiñones en la mesa del emperador, y Claudio, que era muy aficionado a ellos, se los comió, y a las pocas horas murió entre grandes dolores.

Los primeros crímenes de Nerón

Claudio había muerto, pero al principio solo se reveló a unos pocos sirvientes leales. Entonces, Agripina se encargó de que Británico, el heredero verdadero del imperio, quedara fuera del foco de atención hasta que su propio hijo Nerón estuviera bien colocado en el trono ahora vacío.

El senado y el pueblo no se opusieron a su elección, y todo el mundo esperaba que Nerón fuera a gobernar sabiamente, ya que era el nieto de Germánico y estaba bajo la tutela de Séneca y Burro, que eran dos hombres muy capaces y justos.

Como eran honrados, fueron los primeros en decirle a Nerón que lo mejor era echar a su madre de la corte, donde su influencia no podía traer nada bueno. Nerón siguió el consejo y durante los primeros meses de su reinado fue muy generoso, clemente y compasivo. Se dice que la primera vez que le pidieron firmar una sentencia de muerte para un criminal, lo dijo con lamentaciones y exclamando:

—¡Oh! ¡Ojalá no supiera escribir!

Nerón apenas tenía diecisiete años cuando comenzó su gobierno. Era apuesto, con buena formación y de formas agradables, pero, por desgracia, también era un hipócrita. Aunque fingía admirar todas las cosas buenas, en realidad era muy malvado.

Su madre, Agripina, lo había colocado en el trono solo para poder reinar ella misma, y se enfadó mucho cuando la echaron de la corte. Sin embargo, no había abandonado toda esperanza de gobernar, sino que trató varias veces de recuperar la confianza de su hijo para ganarse una vez más su puesto en la corte. Viendo que no funcionaba por las buenas, pasó a medios más osados. Un día entró en la sala donde estaba hablando Nerón con unos embajadores y trató de sentarse a su lado.

Nerón la vio entrar y adivinó sus intenciones. Se adelantó con unas buenas maneras exageradas, la tomó amablemente de la mano y la llevó solemnemente no a su lado, sino a un rincón, donde pudiera ver sin ser vista.

Agripina se enfadó tanto por aquello que empezó a planear el destronamiento de Nerón para darle la corona a Británico. Sin embargo, aquella conspiración fue descubierta por el joven emperador. En cuanto se enteró, hizo llamar a Locusta para que le preparara un veneno, que probó primero con animales para asegurarse

de su efecto.

Satisfecho con los resultados del veneno, Nerón invitó a su hermanastro a su propia mesa y lo envenenó. Aunque Británico murió allí ante sus ojos, el emperador no mostró ningún tipo de emoción, pero más tarde, cuando vio que el pueblo lamentaba la muerte, también él fingió gran pesar.

Poco después se libró de su esposa Octavia, la amable hermana de Británico, y en su lugar Nerón escogió a Popea, una mujer que era tan malvada como Mesalina o Agripina. Esta mujer no hacía sino darle malos consejos, que él seguía sin más reparo.

Tras matar a su propio hermano, a continuación Nerón comenzó a planear el asesinato de su propia madre. No quería envenenar a Agripina, por lo que hizo construir una galera que fuera a hundirse casi a voluntad.

En cuanto el navío estuvo preparado, le dijo a su madre que fuera a visitarlo. Entonces, tras tratarla con gran amabilidad, la envió de vuelta a casa en aquella galera. En cuanto estuvo lo suficientemente lejos de la costa, se soltaron los clavos y el barco se despedazó, arrojando a Agripina y sus sirvientes al mar.

Una de las mujeres de la reina nadó hasta la costa y gritó que ella era Agripina, para conseguir auxilio inmediato de los hombres que había allí. En lugar de ayudarla, los hombres volvieron a echarla al agua y la sujetaron hasta que se ahogó, pues Nerón los había enviado allí para asegurarse de que nadie escapaba.

La Agripina de verdad, al ver aquello, fingió ser una simple sirvienta y logró llegar segura a la costa. El joven emperador estaba sentado a la mesa cuando le llegaron las noticias de la huida de su madre. Viendo que sus planes habían fracasado, se volvió loco y mandó de inmediato a un esclavo para terminar lo que se había empezado.

Obedeciendo la cruel orden, el esclavo se metió en el cuarto de Agripina. Cuando lo vio llegar con la espada en la mano, gritó:

—¡Aquí, donde la cabeza de Nerón descansó hace tiempo!

El esclavo obedeció, y poco después Nerón supo que su madre ya estaba muerta.

La persecución de los cristianos

Al principio, Nerón estaba casi asustado por sus propios crímenes. Sin embargo, los romanos no lamentaron el asesinato de Agripina, sino que agradecieron públicamente que de esa forma se hubiera protegido la vida del emperador; y cuando Nerón se enteró de ello, se quedó muy tranquilo. Poco después, Octavia murió también, y entonces Nerón se entregó a una vida de extravagancias tan salvajes como las de Calígula.

Siempre deseoso de combates de gladiadores y espectáculos de todo tipo, el propio Nerón participó en las carreras de carros. Aunque no tenía buena voz, también le gustaba subirse al escenario a actuar y cantar ante sus cortesanos, que le decían que era un gran actor y un estupendo cantante.

Animado por estos aduladores, Nerón se fue haciendo más engreído y salvaje. Para obtener su favor, mucha gente siguió su ejemplo, e incluso mujeres nobles se subían al escenario buscando el aplauso de los peores públicos de Roma.

La gente pobre podía acudir gratis a estos espectáculos, siempre y cuando aplaudieran bien fuerte a Nerón y a sus favoritos. Como no podían encargarse de sus propios trabajos a causa de tantas fiestas, el emperador ordenó que se les alimentara a expensas del Estado, y regalaba grandes cantidades de grano.

Por entonces apareció un cometa, y algunos romanos supersticiosos se atrevieron a sugerir que era una señal de un nuevo reino. Aquellas palabras llegaron a oídos de Nerón, a quien disgustaron tremendamente, por lo que ordenó condenar a muerte a todos los que hubieran dicho algo semejante, y entonces confiscó sus propiedades.

Algunos de estos desafortunados romanos se quitaron la vida para escapar a las torturas que les aguardaban. Había otros a los que el emperador no se atrevía a arrestar a las bravas, no fuera que la gente se sublevara contra él; a estos les llegaban órdenes secretas de suicidarse cortándose las venas en un baño de agua caliente, de modo que murieran desangrados.

Para divertirse, a Nerón le gustaba ponerse disfraces e irse a los caminos a asaltar y asesinar a los que pasaban por allí. En una ocasión atacó a un senador que no lo reconoció, por lo que se defendió atacándole a él. Al día siguiente el senador averiguó quién había sido su atacante y, esperando desarmar la furia de Nerón, fue al palacio y

le suplicó que le perdonara por atacarle.

Nerón escuchó las disculpas en silencio, y entonces exclamó:

—¡Desgraciado! ¿Le pusiste la mano encima a Nerón y aún estás vivo?

Aunque no lo mató allí mismo, sin embargo, le dio órdenes estrictas de suicidarse, y el pobre senador no se atrevió a desobedecer.

Nerón había recibido una buena educación, por lo que conocía bien la *Ilíada*, el gran poema de Homero que habla sobre la guerra de Troya. Quería disfrutar de ver un fuego como el que había destruido Troya, por lo que se dice que dio órdenes de incendiar Roma, y se sentó en una torre de su palacio para contemplar la destrucción de la ciudad mientras cantaba sobre la caída de Troya acompañándose de la lira.

Una gran parte de la ciudad acabó destruida por el fuego y se perdieron muchas vidas, y muchos otros lo perdieron todo; pero los sufrimientos de otros no importaban al monstruo de Nerón, que se deleitaba al ver miserias de todo tipo.

Desde la crucifixión de Jesucristo durante el mandato de Tiberio, los apóstoles habían estado divulgando los evangelios. Pedro y Pablo incluso habían visitado Roma y habían hablado con tanta gente que por entonces ya había muchos romanos cristianos.

Los cristianos, que habían aprendido a amarse los unos a los otros y a ser buenos, no podían estar de acuerdo con la conducta malvada de Nerón. Le reprochaban abiertamente sus vicios, y Nerón no tardó en vengarse acusándolos a ellos de prender fuego a Roma y apresándolos y torturándolos de diversas formas.

Algunos cristianos fueron decapitados; otros, expuestos a las fieras salvajes en el circo; y a otros tantos los envolvían en materiales inflamables, los ponían en un palo y los usaban como antorchas en los juegos del emperador. Otros eran arrojados a ollas de aceite o agua hirviendo o los cazaban como a animales.

Sin embargo, todos ellos murieron con gran coraje defendiendo su fe en Cristo, y, como soportaron tales muertes por su religión, desde entonces se los conoció como *mártires*. Durante esta primera persecución, san Pablo fue decapitado, y san Pedro, crucificado boca abajo, por su propia petición, porque no se consideraba digno de morir como había muerto su maestro.

La crueldad de Nerón

Como Roma había quedado parcialmente destruida, Nerón comenzó a reconstruirla con gran magnificencia. También construyó un palacio para su uso personal, conocido como la *Domus Aurea* porque en ella el oro brillaba por doquier.

Nerón fue culpable de muchas insensateces, como adorar a un mono que le gustaba mucho, pescar con una red de oro y gastar enormes sumas de dinero en regalos para sus aduladores; y se decía que nunca usaba la misma ropa dos veces.

Por supuesto, un gobernante tan cruel y caprichoso como Nerón no podía ser amado por el pueblo, por lo que no es de extrañar que muchos romanos encontraran su reinado insoportable y formaran una conspiración para matarlo. Una mujer de nombre Epicaris tomó parte en ella, pero uno de los hombres a los que pidió ayuda resultó ser un traidor.

En lugar de guardar el secreto, este hombre fue corriendo a Nerón y le dijo que Epicaris sabía los nombres de todos los conspiradores. Así pues, el emperador la capturó y la torturó cruelmente, pero ella se negó a decir una palabra, pese a los terribles tormentos que sufrió. Entonces, temiendo traicionar a sus amigos si cedía por las torturas constantes, se estranguló con su propio cinto.

Como Nerón no pudo descubrir los nombres de los conspiradores, condenó a todos los romanos que él sospechaba que formaban parte y los obligó a suicidarse. Incluso su tutor Séneca obedeció cuando se le ordenó abrirse las venas en un baño de agua caliente, y murió mientras dictaba algunos de sus pensamientos a su secretario.

El poeta Lucano murió de la misma forma, y mientras le duraron las fuerzas estuvo recitando algunos de sus mejores poemas. Se dice que la mujer de una de las víctimas de la ira de Nerón trató de morir junto a su marido, pero que Nerón se lo prohibió: hizo que le cosieran las heridas y la obligó a vivir.

Nerón era tan brutal que mató a su propia esposa Popea a patadas; y era tan incoherente que hizo que la enterraran con gran pompa: le construyó templos en su honor y obligó a los romanos a adorarla.

Como los crímenes de Nerón crecían día a día, no tardó en formarse otra conspiración. Esta vez, fueron sus soldados. Las legiones en Hispania eligieron a su general, Galba, emperador, y así marchó hacia Roma para librar al mundo del tirano Nerón.

El emperador estaba de fiesta cuando le llegaron las noticias de la marcha de Galba. Se asustó tanto que salió corriendo a toda prisa, llevándose consigo una cajita que contenía algunos de los venenos de Locusta. Fue dando bandazos de puerta en puerta buscando refugio, pero todos se lo negaban. Finalmente, uno de sus libertos se lo llevó a una cabaña, adonde sus seguidores fueron con él.

Cuando Nerón vio que sus enemigos lo siguieron, se dio cuenta de que no podía escapar a la muerte, y exclamó triste:

—¡Qué lástima que tenga que morir un músico tan magnífico!

Entonces trató en vano de degollarse, y, si no lo hubiera ayudado su liberto, habría caído vivo en manos de Galba.

Nerón tenía poco más de treinta años cuando murió, y había reinado unos catorce años. Fue el último emperador romano emparentado con Augusto, el sabio gobernante que había hecho tanto por la prosperidad de Roma.

Dos reinados muy cortos

Galba tenía más de setenta años cuando fue proclamado emperador, por lo que era obvio que no tendría tiempo de hacer todo lo que tenía planeado. Puso mucho empeño en refrenar la insolencia de los soldados, castigar el vicio y llenar el exhausto tesoro público, pero no llegó a lograr nada de eso.

Tenía varios favoritos, y, según sus consejos, era o demasiado severo o demasiado suave. Su falta de firmeza hizo que no tardara en haber descontento y revueltas. Como no tenía un hijo que fuera a sucederle, Galba quiso adoptar a un joven noble llamado Lucio Calpurnio Pisón Frugi Liciniano, pero el senado y los soldados no aprobaron esta decisión.

Otón, uno de los favoritos de Galba, esperaba ser adoptado como heredero, pero, cuando vio que iba a ser otro el elegido, sobornó a los soldados para que le apoyaran a él, con el dinero que había robado del tesoro de Galba. La turba creyó lo que les había dicho Otón, y declararon que él debía ser emperador en lugar de Galba.

Se precipitaron hacia el foro, se encararon con el emperador y le cortaron la cabeza. La pusieron en una pica y la llevaron por el campamento como en triunfo, mientras el cuerpo abandonado lo enterró un esclavo leal al antiguo emperador.

Tras un reinado muy breve, Otón se enteró de que las legiones romanas del Rin habían proclamado emperador a su comandante Vitelio, que iba de camino para enfrentársele. Fue hacia el norte para luchar con él, y en los primeros encuentros su ejército tuvo la ventaja.

Sin embargo, en la gran batalla de Bedriaco sus tropas fueron completamente derrotadas, y dos días más tarde Otón se suicidó para evitar caer en manos del enemigo. Entonces Vitelio entró en Roma como emperador y sucesor de Galba y Otón, cuyos reinados combinados no habían durado ni un año.

El sitio de Jerusalén

El nuevo emperador, Vitelio, no era cruel como Tiberio, Calígula y Nerón, ni limitado como Claudio, ni víctima de sus favoritos como Galba; pero tenía un defecto tan desastroso como cualquier otro: la gula.

Estaba pensando siempre en comer y beber. Vivía con gran lujo en casa, pero a menudo se autoinvitaba a desayunar, almorzar o cenar a casa de alguno de sus cortesanos, donde esperaba que le ofrecieran las más exquisitas viandas.

Tanto amaba comer que, según se dice, cuando había terminado una buena comida, se tomaba un vomitivo para volver a comer, y de esa forma era capaz de disfrutar de cuatro cenas en un día en lugar de una. Esta glotonería repugnante se hizo tan conocida que muchos romanos decidieron no obedecer a un hombre cuyos hábitos se asemejaban a los de los animales.

Por tanto, tomaron la determinación de elegir como emperador al general Vespasiano, que había obtenido muchas victorias durante los reinados de Claudio, Nerón, Galba y Otón, y que ahora estaba sitiando Jerusalén. Atendiendo los deseos de sus soldados, Vespasiano dejó a su hijo Tito para terminar el asedio y envió un ejército a Roma que se enfrentó y derrotó a las fuerzas de Vitelio.

Al emperador no le importaba mucho el título imperial, por lo que ofreció entregarlo con la condición de que se le permitiera conservar una cantidad de dinero lo suficientemente grande como para seguir con su estilo de vida. Cuando se lo negaron, trató de defender su posición en Roma.

Sin embargo, el ejército de Vespasiano no tardó en entrar en la ciudad. Al principio Vitelio trató de huir y luego ocultarse, pero los soldados lo encontraron pronto y lo mataron, y entonces arrastraron su cuerpo por las calles y lo tiraron al Tíber.

El senado ratificó la elección del ejército, y Vespasiano se hizo emperador de Roma. Aunque había sido alocado en su juventud, Vespasiano ahora fue un gran ejemplo para su pueblo, pues empleaba todo su tiempo preocupándose de su bienestar y tratando de mejorar Roma. También comenzó a construir el Coliseo, el inmenso anfiteatro cuyas ruinas aún pueden verse y donde había asientos para más de cincuenta mil espectadores.

Mientras Vespasiano estaba ocupado en casa, su hijo Tito había

tomado el mando del ejército que estaba asediando la ciudad de Jerusalén. Como los profetas habían predicho, aquellos eran tiempos terribles para los judíos. Hubo hambrunas y terremotos y en el cielo se veían extrañas señales.

A pesar de todas estas señales, Tito hizo brecha en las enormes murallas, escaló los terraplenes y finalmente tomó la ciudad, donde el hambre y la peste estaban por doquier. Los soldados romanos saquearon las casas y les prendieron fuego. Las llamas alcanzaron pronto el hermoso templo construido por Herodes, y, a pesar de los intentos de Tito por salvarlo, el gran edificio acabó destruido.

Entre los lamentos de los judíos, las murallas de la ciudad fueron derribadas, y el lugar, arrasado. Poco después, como Jesús había predicho, no quedaba una piedra sobre otra. Se dice que un millón de judíos murieron durante el terrible asedio, y los romanos se llevaron cien mil prisioneros.

A su regreso a Roma, Tito fue honrado con un triunfo. Los libros de la ley y los famosos candelabros de oro del templo de Jerusalén hicieron de trofeos en la procesión. Los romanos también conmemoraron su victoria erigiendo el arco de Tito, que sigue en pie. Los relieves representan a los soldados romanos llevándose el botín, y se pueden ver también representaciones de los candelabros de siete brazos que se llevaron a Roma.

Vespasiano reinó diez años y fue querido por sus súbditos. Enfermó en su casa de campo y murió allí. Incluso cuando se acercaba su final y estaba demasiado débil como para levantarse, mandó a sus sirvientes que lo pusieran de pie y dijo:

—Un emperador ha de morir de pie.

La erupción del Vesubio

Tito, el hijo de Vespasiano, fue recibido con alegría como su sucesor, y fue uno de los mejores gobernantes que Roma hubiera visto jamás. Era tan bueno como valiente y se le conoce como uno de los hombres más nobles que haya existido, y ejemplo para muchos aún hoy.

No tardó en ganarse los corazones del pueblo, y mereció el sobrenombre que le dieron, *deleite de la raza humana*. Honrado y justo, Tito castigaba a los chivatos, falsos testigos y criminales, e hizo de ellos ejemplos para los malvados. Pero era muy generoso y cortés y dispuesto a hacer el bien. Cada vez que pasaba un día sin haber ayudado a alguien, exclamaba con lamentaciones:

—¡Amigos, he perdido un día!

Los romanos tenían mucha suerte de tener un emperador tan bueno en aquella época, pues ocurrió una gran calamidad que les llenó el corazón de horror.

Como dijimos hace tiempo, Espartaco y los esclavos rebeldes huyeron primero al Vesubio. Años más tarde, durante los días de Tito, aquel monte estaba lleno de vegetación, y a sus pies había dos ciudades prósperas llamadas Pompeya y Herculano. Por entonces la gente no tenía miedo de la montaña, porque, al contrario que ahora, no era un volcán activo.

Pero un día los habitantes empezaron a sentir temblores de tierra, el aire se iba calentando y haciéndose denso, y comenzó a salir humo del cráter, y de repente, con un horrible ruido, hubo una tremenda erupción. Salieron volando por los aires rocas rojas, y grandes ríos de lava fluían como torrentes colina abajo; y antes de que la gente pudiera escapar, Pompeya y Herculano quedaron enterradas bajo varios metros de cenizas y lava.

Murieron miles de personas, incontables casas desaparecieron bajo las emanaciones del volcán, y gran parte de la tierra que hasta entonces había sido fértil quedó estéril e improductiva. Plinio el Viejo se había enterado de aquello, por lo que fue hasta el lugar desde Roma para investigar el asunto. Iba en barco y, en cuanto vio el humo, fue hasta la costa, donde murió poco después asfixiado por los vapores tóxicos del volcán.

Unos mil seiscientos años después de que las dos ciudades quedaran enterradas, un italiano empezó a cavar un pozo en el lugar donde había estado Pompeya. Tras excavar más de diez metros de

profundidad, se encontró con una de las antiguas casas en un excelente estado de conservación.

Desde entonces se han estado excavando las ruinas, y cada poco tiempo se desentierra algún nuevo edificio lleno de frescos, mosaicos, estatuas y joyas. Las ruinas de Pompeya y Herculano reciben cada año miles de visitantes de todas partes del mundo. Allí se puede ver cómo vivía la gente en los días de los emperadores romanos, ya que todo se ha conservado durante siglos gracias a haber quedado enterrado.

La mayoría de las casas grandes de Pompeya tenían un patio central en el que había un gran depósito de agua. Era la parte más fresca de la casa, y los niños jugaban alrededor del agua y se metían en ella para refrescarse.

Cuando Pompeya quedó destruida, toda Italia se vio consternada por la terrible catástrofe, pero los romanos pronto encontraron otra causa de alegría gracias a las noticias de las victorias en el extranjero. Se sofocó una revuelta más en Britania, donde la gente cada vez apreciaba más los aportes de la romanización.

El buen emperador Tito murió de unas fiebres tras reinar solo unos dos años. Todo el pueblo lloró su muerte y sintió que difícilmente volvería a haber un gobernante como él.

El extraño banquete de Domiciano

A Tito lo sucedió su hermano Domiciano, que comenzó su reinado de una forma digna de alabanza. Sin embargo, le gustaba demasiado apostar y entregarse a los placeres. También era holgazán, y pronto desterró a los filósofos y matemáticos de Roma, diciendo que una gente tan cansina no tenía ninguna utilidad.

Ningún otro emperador dio al pueblo tantos espectáculos. A Domiciano le encantaban las carreras de todos tipos en el circo y los acontecimientos atléticos y pruebas de toda clase. Él mismo era un magnífico arquero: se enorgullecía tanto de ello que a menudo obligaba a un esclavo a quedarse quieto a cierta distancia de él, y entonces disparaba en el espacio que dejaba entre los dedos abiertos; aquello era bastante cruel, porque, si el emperador fallaba o el esclavo temblaba, podía significar una terrible herida o incluso la muerte.

Sin embargo, Domiciano fue cruel en muchas otras cuestiones y se deleitaba matando todo lo que podía. Se dice que nunca entraba en una habitación sin atrapar, torturar y matar a cada mosca. Un día, le preguntaron a un esclavo si el emperador estaba solo, y respondió:

—Sí. ¡No hay ni una mosca con él!

La crueldad y vicios de Domiciano crecían cada día de su reinado, e igualmente su vanidad. Como deseaba gozar los honores de un triunfo, hizo una expedición a Germania y volvió a Roma trayendo a sus propios esclavos vestidos como prisioneros.

Celoso de la fama de Agrícola, el general que había sometido Britania, Domiciano lo convocó a su casa bajo el pretexto de darle una recompensa. Mientras Agrícola estaba en Roma, los bárbaros del norte efectuaron algunas invasiones, y el rey de los dacios infligió una severa derrota al ejército romano.

Sin embargo, el emperador tenía tantos celos de su mejor general que hizo que Agrícola se quedara en Roma en lugar de dejar que fuera a obtener más victorias. Tras unos años, encontraron al gran general muerto, y nadie pudo saber la causa de su muerte, por lo que todos los romanos creyeron que Domiciano había contratado a alguien para que lo matara.

Como Domiciano no era lo suficientemente valiente como para luchar él mismo contra los dacios, los sobornó para que volvieran a sus tierras. Entonces, al regresar a Roma, hizo que le concedieran un triunfo como si hubiera obtenido una gran victoria. No contento con

estos honores, ordenó que los romanos lo veneraran como a un dios, y mandó hacer estatuas de oro y plata de sí mismo y colocarlas en los templos.

Domiciano nunca era tan feliz como cuando aterrorizaba a la gente o les causaba daño. Por tanto, la historia de un extraño banquete que celebró con todos sus amigos no es tan sorprendente.

Cuando los invitados llegaron al palacio, los llevaron a una estancia donde todo era negro. Allí los atendieron pequeños sirvientes con las caras, manos y ropas pintadas de negro. También los divanes estaban pintados de negro, y ante cada invitado había una pequeña columna negra que parecía una especie de monumento con el nombre de cada uno. A los invitados iban sirviéndoles todo en silencio, y lo único que se oía era una música funeraria.

Sabiendo lo cruel y caprichoso que podía ser Domiciano, los invitados pensaron que había llegado su hora, y que cuando terminara el banquete acabarían en las manos del verdugo. Por tanto, es fácil de imaginar el alivio que sintieron cuando los dejaron marchar indemnes.

Al día siguiente, los niños que los habían atendido con las caras y manos pintadas de negro fueron ante ellos para entregarle a cada uno la columna con su nombre. Este día, ni los niños ni las columnas estaban ya pintadas de negro, y los invitados se sorprendieron al ver que las columnas eran regalos de oro macizo.

Las tablillas del emperador

Algunas de las legiones romanas, disgustadas por tener a un emperador tan poco digno, se rebelaron junto a su general Antonio. Sin embargo, como este no fue capaz de contentarlas, no lucharon con mucha dedicación por él, y sus tropas acabaron completamente derrotadas a la primera ocasión en que se enfrentaron a las legiones que permanecían leales a Domiciano.

Aunque los soldados no habían sido capaces de librarse de Domiciano, el cruel reinado del emperador terminó pronto. Se había casado por la fuerza con una mujer, conocida como Domicia. Naturalmente, ella no podía amar a un marido que la había tomado contra su voluntad. Por tanto, Domiciano se cansó de ella y escribió su nombre en las tablillas donde registraba a quién había que ejecutar.

Domicia encontró estas tablillas y, al ver su propio nombre entre otros tantos, llevó la lista a dos pretorianos que también estaban condenados, y así los incitó a asesinar a Domiciano. Bajo el pretexto de revelar una conspiración contra él, estos hombres enviaron a un liberto a las cámaras imperiales.

Mientras Domiciano leía con avidez una carta con los nombres de los conspiradores, el liberto sacó repentinamente un puñal que tenía escondido entre sus ropas e hirió mortalmente al emperador.

Domiciano cayó mientras pedía ayuda a gritos. La guardia pretoriana acudió corriendo, pero, en lugar de matar al liberto, lo ayudaron a rematar al emperador, que había reinado unos quince años, pero no había hecho ningún amigo.

Los romanos decían que había habido señales y prodigios que vaticinaban la muerte del emperador, y que un astrólogo de Éfeso vio el crimen reflejado en los cielos en el mismo momento en que ocurrió.

Bajo el reinado de Domiciano hubo otra terrible persecución de los cristianos, y Juan, un discípulo de Jesús, fue desterrado a la isla de Patmos, donde escribió el Apocalipsis, el último libro del Nuevo Testamento. Aunque Juan escapó en aquella ocasión, acabó siendo un mártir, pues lo torturaron echándolo en una caldera de aceite hirviendo.

Sin embargo, algunas historias dicen que Juan no murió con el aceite hirviendo, sino que vivió hasta ser muy anciano. En el lugar donde se dice que fue torturado se erigió una capilla con su nombre.

El emperador Trajano

El malvado Domiciano fue sucedido por Nerva, un hombre bueno, sabio y generoso, que hizo todo lo que pudo por reparar los males que Domiciano había causado y para ayudar a los romanos a mejorar su vida.

Sin embargo, Nerva era ya demasiado mayor como para reinar demasiado, por lo que tras dos años sintió que su fin estaba cerca. Como sabía que los romanos serían más felices en manos de un buen hombre, eligió a Trajano como sucesor.

Este Trajano era un general romano que estaba al mando de las tropas en Germania. Nerva lo había adoptado hacía poco, pero había permanecido en su puesto y seguía en Germania cuando le llegaron las noticias de la muerte de Nerva y de que ahora él era el nuevo emperador.

Los romanos tenían muchas ganas de que Trajano regresara a Roma para darle la bienvenida, pero el nuevo emperador sabía que el deber es más importante que el placer, por lo que permaneció en la frontera hasta la sumisión de los bárbaros.

Solo entonces fue al sur. Entró en Roma a pie, no de forma victoriosa, sino como un padre que vuelve junto a sus hijos. La gente lo aclamó con entusiasmo y todos estuvieron de acuerdo cuando les dijo mientras entregaba su espada al jefe de la guardia pretoriana:

—Úsala *por* mí si cumplo mi deber; *contra* mí, si no.

Trajano era tan bueno y amable que se ganó el corazón del pueblo. Aquella actitud nunca cambió en toda su vida, y le ganó el título de padre de la patria, que solo se concedía a los mejores hombres.

Siempre listo para contentar a su pueblo, Trajano construyó enormes graneros en los que guardar trigo en grandes cantidades. Este grano se vendía a los pobres de forma justa, en cantidades adecuadas al precio más bajo posible, pues el emperador había dicho que nunca debían volver a estar a merced de los ricos, que en el pasado habían hecho pasar penalidades al pueblo en su afán de ganar más dinero con algo tan básico como la comida.

La esposa de Trajano, Plotina, era tan buena y caritativa como él, y lo ayudaba y secundaba en sus generosos planes. A ella también la amaba el pueblo, y cuando el emperador se ausentaba era ella la que se encargaba del bienestar de los romanos.

La columna de Trajano

Como habíamos dicho, el cobarde de Domiciano había sobornado a los dacios para acordar la paz, pero cuando regresó a Roma hizo ver que los había derrotado heroicamente. Aquella paz no duró mucho, y durante el reinado de Trajano los dacios volvieron a hacer incursiones en territorio romano.

Para expulsarlos, el emperador mismo dirigió un ejército a su país y obtuvo tantas victorias que le rogaron la paz. Entonces, al regresar a Roma, recibió los honores del triunfo y el sobrenombre de *Dacio*.

Sin embargo, al año siguiente se reanudó la guerra. En esta ocasión, Trajano continuó luchando hasta que los dacios quedaron totalmente sometidos y su rey se hubo quitado la vida por la desesperación. Entonces toda Dacia quedó como provincia romana, y el emperador recibió un segundo triunfo, aún más magnífico.

Poco después de esto, Trajano se vio obligado a luchar contra los partos, descendientes de los persas que una vez habían invadido Grecia. Obtuvo grandes victorias también contra ellos y añadió una gran provincia llamada Mesopotamia al imperio romano. Durante esta campaña, visitó Babilonia, que se caía a pedazos, y vio el palacio donde Alejandro Magno había muerto hacía ya más de cuatrocientos años.

Para conmemorar las victorias de Trajano, se erigió una columna en Roma. Aún se conserva a la perfección, y el nombre del emperador sigue viéndose todavía hoy.

Mientras Trajano estaba en Asia, cayó enfermo y murió antes de poder volver a Roma, aunque deseaba más que nada poder exhalar su último aliento entre su pueblo. En su memoria, la ciudad donde murió recibió el nombre de Trajanópolis, o sea, Ciudad de Trajano.

Quizá sea sorprendente que este emperador, que fue tan bueno y caritativo en prácticamente todo, persiguiera a los cristianos acérrimamente. Muchos incluso fueron martirizados por orden suya; pero esto fue porque él realmente creía que eran malvados y perversos.

Se dice que Trajano había sido discípulo de Plutarco, un historiador muy famoso que relató de forma fascinante las vidas de hombres prominentes. En sus *Vidas paralelas* se pueden encontrar muchas de las historias que hemos contado, pues Plutarco escribió sobre los hombres más importantes de la historia de Roma, y los comparaba con los

grandes hombres de Grecia.

También durante el reinado de Trajano vivió Tácito, uno de los mayores historiadores romanos, Juvenal, un poeta satírico, y Plinio el Joven, que escribió importantes cartas y un famoso discurso alabando al emperador.

Los romanos sentían tal respeto por Trajano que durante los siguientes doscientos años los senadores les decían a los nuevos emperadores:

—¡Gobierna con tanta fortuna como Augusto y con tanta virtud como Trajano!

Así, la memoria de los hechos de un buen hombre es duradera; incluso aún se honra el nombre de Trajano, y la gente todavía alaba el bien que hizo mientras fue emperador de Roma.

El muro de Adriano

A Trajano lo sucedió su sobrino Adriano, un hombre bueno y verdadero que había recibido una educación excelente y tenía muchos talentos. Adriano había luchado con Trajano en muchas de sus campañas y aceptó el título de emperador con alegría cuando se lo ofrecieron las legiones y el senado lo ratificó.

Lo primero que hizo como emperador fue recompensar a sus soldados por su devoción, y lo siguiente, perdonar a todos los que alguna vez le habían atacado. Así, se dice que, al encontrarse con un enemigo, dijo:

—Amigo, has escapado, pues ahora soy emperador.

Adriano era muy afable y siempre estaba listo para servir a los demás. Cuando le preguntaron por qué él, siendo emperador, se preocupaba tanto por los demás, respondió:

—Me han nombrado emperador por el bien de la humanidad, no por el mío.

En lugar de seguir agrandando el imperio romano, como había hecho Trajano, Adriano dijo que ya era lo suficientemente grande, por lo que se centró en gobernarlo de la mejor forma posible. No estaba siempre en Roma, sino que iba visitando las partes del vasto imperio.

Acompañado por todo tipo de hombres capaces, primero visitó la Galia, Germania, Bélgica y Britania. En todas partes inspeccionaba los edificios, ordenaba construir acueductos, templos, etc., y prestaba particular atención al entrenamiento del ejército. Compartía las fatigas de los soldados, marchaba con ellos más de treinta kilómetros al día bajo el sol abrasador, y vivía con la misma comida consistente en pan, manteca y vino; y por esto, ningún hombre tenía razón para quejarse.

Adondequiera que fuera, Adriano planeaba grandes mejoras, y en Britania construyó una gran muralla de casi ciento veinte kilómetros para proteger a los habitantes romanizados de los bárbaros que vivían en Escocia. Entonces pasó por la parte occidental de Galia y fue hasta Hispania, y de allí, a África.

También visitó el este y se quedó mucho tiempo en Atenas, donde participó por primera vez en una ceremonia religiosa conocida como *misterios de Eleusis*. Durante su estancia allí, ordenó que se terminara el templo de Júpiter, como los romanos llamaban al Zeus griego, y aprendió muchas cosas sobre la nueva religión de los cristianos.

Aunque al principio había sido reacio al cristianismo, Adriano

entonces empezó a entenderlo e incluso propuso incluir a Cristo entre los dioses romanos, como se dice que Tiberio había hecho hacía ya muchos años.

Muerte de Adriano

Lo que más le gustaba al emperador Adriano era construir edificios. Por ejemplo, dio órdenes de reconstruir Cartago, y cuando visitó Egipto hizo reparar con esmero la tumba de Pompeyo.

En Palestina, Adriano habría reconstruido Jerusalén. Los judíos se alegraron mucho al oír aquello, porque los cristianos habían declarado que la ciudad nunca volvería a florecer. Sin embargo, su gozo no duró mucho, pues poco después los judíos y los romanos comenzaron una terrible disputa que terminó en guerra. Más de quinientos mil judíos murieron en la contienda, y también incontables romanos y cristianos perdieron la vida.

Tras dos viajes para visitar todas las partes del imperio, Adriano regresó a Roma, donde esperaba terminar su vida en paz entre hombres doctos e ideando nuevas leyes y erigiendo nuevos edificios. Construyó un palacio en Tívoli y una magnífica tumba en los bancos del Tíber, que durante mucho tiempo se conoció como *Mausoleo de Adriano*, pero más tarde como *Castillo de Sant'Angelo* por la estatua que lo corona.

Como hemos visto, Adriano había sido amable y compasivo durante la primera parte de su reinado, pero ahora empezó a sufrir una enfermedad que lo hacía arisco y sospechar de todo. Por tanto, se volvió muy cruel y, olvidándose de que le habían llegado a agradar los cristianos, comenzó una nueva persecución contra ellos, la cuarta, en la que muchos murieron.

Para asegurarse de que los romanos tuvieran un buen emperador tras su muerte, Adriano eligió como sucesor a un hombre muy bueno y sabio llamado Antonino. Entonces, cuando sintió que su sufrimiento era mayor de lo que podía soportar, imploró a sus sirvientes que acabaran con su vida. Todos se negaron, por lo que hizo llamar a muchos médicos y se tomó los medicamentos que le mandaron.

Aquello aceleró su muerte, y se dice que pasó sus últimos momentos dictando versos dirigidos a su alma. Estos versos son bien conocidos y aún pueden leerse.

Enterraron a Adriano en la tumba que había construido junto al Tíber, que sigue siendo una gran atracción para todos los turistas que visitan Roma, aunque es un edificio tan antiguo que en todos estos siglos ha sufrido muchos cambios.

Antonino Pío

Cuando el nuevo gobernante llegó al trono, recibió el sobrenombre de *Pío* porque había sido muy bueno con Adriano cuando estaba enfermo y quería quitarse la vida. Antonino no tenía ambición de reinar, pero aceptó el trono porque había sido el deseo de Adriano que él se ocupara del bienestar del pueblo romano.

Uno de sus primeros actos fue adoptar a otro hombre bueno, Marco Aurelio, como su sucesor, y mostrar clemencia hacia los pocos senadores que conspiraron contra él. Los líderes de la conspiración, temiendo su cólera, se suicidaron; pero Antonino no dejó que se investigara más la conspiración para no enterarse de qué otros romanos podrían haber estado implicados por odiarle.

A lo largo de su largo reinado, de más de veinte años, continuó su amabilidad y moderación, y su prioridad principal y constante era el bien del pueblo. Una vez durante una hambruna, le tiraron piedras porque creían que aquello era culpa suya; en lugar de castigar a los agresores, los perdonó y repartió toda la comida que tenía en su palacio entre la multitud hambrienta.

Se dice que Antonino construyó un gran anfiteatro en Nimes, Galia, porque su familia había vivido allí; y que ordenó que se erigiera un enorme acueducto cerca de allí, conocido como *Puente del Gard*.

Antonino leyó una vez las obras de un filósofo llamado Justino, que se había convertido al cristianismo. De ellas entendió que los cristianos, a quienes los romanos despreciaban y maltrataban, solo enseñaban el bien. Entonces decidió poner fin a las persecuciones contra los cristianos.

Aunque el propio emperador no era cristiano, permitió que los cristianos practicaran su religión abiertamente. Antes de esto, los cristianos se habían visto obligados a ocultarse en catacumbas, que eran largos pasadizos subterráneos donde se reunían, siempre temiendo por sus vidas.

Cuando Antonino murió a la edad de setenta y cuatro años, todo el mundo lloró por él como si fuera su padre, y se le erigió una columna en su honor, de la que hoy solo queda la base. Se dice que este monumento tenía grabada la máxima favorita del emperador: «Preferiría salvar la vida de un ciudadano que acabar con mil enemigos».

El emperador filósofo

Marco Aurelio fue un digno sucesor de Antonino. Se decía que el segundo rey de Roma, Numa Pompilio, era su antepasado, y él mismo decía:

—Les debo a los dioses tener buenos abuelos, buenos padres, una buena hermana, buenos maestros, buenos allegados, buenos parientes y amigos: prácticamente todo bueno.

Lo habían educado de forma muy esmerada, y era el mejor alumno que un maestro podría haber tenido. Practicaba un movimiento filosófico conocido como *estoicismo*, según el cual la gente debía soportar noblemente todos los pesares de la vida y buscar ser bueno antes que ser feliz.

Se deleitaba leyendo y aprendiendo sobre las vidas de los grandes hombres, y especialmente admiraba al filósofo Epicteto. Este hombre, aunque era un mero esclavo, era uno de los más sabios que han vivido, y el gran emperador aprovechó mucho sus enseñanzas. Así, Marco Aurelio aprendió a ser simple, verdadero, moderado y bueno, y gracias a la influencia de Epicteto se volvió un modelo de virtud, todavía hoy.

Durante su vida, el emperador escribió muchos de sus pensamientos y máximas para la educación de su propio hijo. Aún se conservan en un libro llamado *Meditaciones*, que escribió en griego, aunque su lengua nativa era el latín.

Marco Aurelio, aunque amaba la paz, no pudo disfrutarla mucho durante su reinado, pues había constantes problemas con los germanos y los britanos. En cuanto empezaron aquellas revueltas, los partos en el este también se sublevaron, y Vero, a quien Marco Aurelio tenía como gran ayudante, fue enviado a luchar contra ellos.

Por desgracia, era tan malo como Marco Aurelio era bueno. Mientras estaba en Roma actuaba con virtud, pero cuando se iba comenzaba a actuar de forma malvada. Si no hubiera sido por sus generales, nunca habría derrotado a los partos, pues pasaba la mayoría del tiempo holgazaneando o comiendo y bebiendo en exceso.

Cuando Vero volvió a Roma, recibió los honores de un triunfo, aunque realmente pertenecían a los generales. Sin embargo, la alegría de los romanos a su regreso pronto se volvió luto, pues las tropas llevaron consigo desde oriente una terrible enfermedad que causó la muerte de miles de personas.

Los romanos estaban muertos de miedo a causa de esta enfermedad y las inundaciones y hambrunas que tuvieron lugar al mismo tiempo, pero Marco Aurelio mostró gran coraje y fue entre ellos tratando de aliviar sus sufrimientos y exhortándolos a soportarlos.

Esperando acabar con tales azotes, el pueblo hizo grandes sacrificios a los dioses, y, cuando vieron que no tuvieron ningún efecto, los sacerdotes paganos acusaron a los cristianos de causar todos sus males. Ante tales acusaciones, los cristianos volvieron a ser perseguidos, y lo único que se puede echar en cara a Marco Aurelio es que lo permitiera.

Sin embargo, hay historiadores que dicen que la culpa de la persecución no recae en absoluto en Marco Aurelio, que no sabía nada de la nueva religión, sino en los senadores, que le hicieron creer que los cristianos eran malvados y que había que acabar con ellos a toda costa.

Tras la muerte de Vero, Marco Aurelio se quedó gobernando en solitario. Mientras tanto, había comenzado una gran rebelión entre los bárbaros del norte, y el propio emperador tomó el mando del ejército que marchó contra ellos. Se dice que una vez durante esta campaña las legiones romanas estuvieron en gran peligro. Si no hubiera sido por una tempestad repentina que cayó sobre el enemigo, el emperador y sus soldados habrían acabado exterminados.

Aquella tormenta tan oportuna la consideraron un milagro. Los romanos paganos dijeron que habían sido sus dioses; pero los cristianos creían que había sido gracias a sus plegarias a su dios.

En cualquier caso, Marco Aurelio puso fin a las persecuciones de cristianos a su regreso a Roma. No vivió mucho más, pues murió durante otra campaña en Viena, dejando el imperio a Cómodo, su hijo, e implorando a los senadores que aconsejaran bien al nuevo emperador.

Las victorias y vida de Marco Aurelio quedaron conmemoradas por una columna que aún está en Roma, donde está representado el milagro que hemos contado. Sin embargo, un monumento más importante es la obra que escribió y que todavía hoy sigue leyéndose con mucho interés.

Otro emperador cruel

Marco Aurelio, como hemos visto, fue modélico en todo tipo de virtudes y mereció totalmente ser considerado uno de los mejores emperadores romanos; pero su hijo Cómodo fue uno de los hombres más despiadados que hayan reinado nunca. A pesar del ejemplo de su padre y de la esmerada educación que recibió, Cómodo, desde su infancia, había mostrado ya señales de crueldad.

Cuando tenía solo trece años, un día un esclavo no calentó el baño adecuadamente. Enfurecido por este desliz, Cómodo ordenó arrojar al hombre al fuego. Tal era la violencia mostrada que la gente de su alrededor no se atrevía a desobedecerle abiertamente; pero, en lugar de al esclavo, echaron al fuego una piel de oveja, y Cómodo se quedó satisfecho con el olor a chamusquina, creyendo que era el esclavo el que estaba quemándose.

Cómodo no mejoró al hacerse mayor, por lo que no es sorprendente leer que no echó cuenta a los deseos de su padre moribundo. En lugar de hacer caso a los consejos de los senadores, echó de la corte a todos los amigos de su padre y se rodeó de una caterva de aduladores. Le aplaudían todo lo que hacía, y noche y día le decían que era el más listo, fuerte y guapo. Al cabo de tres años ya se notaba el daño a todos los bienes que su padre había llevado a cabo.

Naturalmente, un hombre tan cruel y malvado como Cómodo tenía muchos enemigos y no podía vivir mucho tiempo. Una vez, mientras volvía de los juegos, un hombre se le echó encima con un puñal levantado y gritó:

—¡El senado te envía esto!

Cómodo logró esquivar la puñalada con un ágil movimiento, y el potencial asesino fue capturado por los guardias. Entonces torturaron al hombre para que revelara los nombres de sus cómplices, y entre ellos estaba la propia hermana del emperador.

Este atentado enfadó a Cómodo e hizo que se volviera muy paranoico. Todos los sospechosos de haber participado en la conspiración acabaron exiliados o ejecutados, y se dice que el emperador nunca volvió a confiar en nadie y se convirtió en un completo monstruo de crueldad y vicio.

A Cómodo le encantaban los espectáculos de gladiadores de todo tipo, e incluso él mismo participaba, ya que era muy fanfarrón, pero también muy cobarde, por lo que él siempre usaba las mejores armas,

mientras que sus oponentes iban equipados con espadas de plomo, que no podían herirle.

Al emperador también le gustaba luchar con fieras salvajes desde un sitio seguro donde no pudieran alcanzarlo. Cuando las había matado todas, presumía llamándose el Hércules romano, e insistía en que la gente lo adorara como a un dios.

Otro de sus pasatiempos preferidos era hacer de barbero a sus sirvientes; pero, como «accidentalmente» les cortaba la oreja, los labios o la nariz, sus esclavos no tenían mucha predisposición a ir a una sesión con su amo.

Aunque los bárbaros iban ganando fuerza y finalmente fueron al encuentro de las legiones romanas, Cómodo no fue al frente para luchar. En su lugar, envió a sus generales, mientras él se quedaba en Roma, donde se preocupaba solo de sus placeres y de matar a todo el que se le antojara.

Como Domiciano, tenía una tablilla en la que escribía los nombres de sus siguientes víctimas. Una vez se le calló la tablilla, y su esposa Marcia la vio y descubrió su propio nombre entre los de varios senadores y oficiales.

Marcia les mostró la lista a dos de estas personas, y decidieron asesinar al malvado emperador para salvar sus vidas. Por tanto, empezaron por envenenar su comida, y, cuando vieron que el veneno no actuaba con la suficiente rapidez, contrataron a un asesino.

Cómodo no tenía aún treinta y dos años cuando murió asesinado, y su reinado había durado solo doce años. En lugar de llorar por él, como habían hecho con los emperadores buenos, los ciudadanos se alegraron abiertamente, y por todo el imperio la gente respiró aliviada al enterarse de su muerte.

Un hijo antinatural

La guardia pretoriana, para entonces, pensó que podrían hacer que las cosas funcionaran a su manera. Eligieron y mataron a dos emperadores, Pértinax y Juliano, y finalmente decidieron obedecer al tercero, Septimio Severo, que entró en Roma victorioso a la cabeza de las legiones que había comandado en Iliria.

Por el bien de la gente, que había querido a Pértinax, el nuevo emperador ordenó que fuera colocado entre los dioses y que se celebrara la ceremonia conocida como *apoteosis*.

Se puso una estatua de cera de Pértinax en una cama de oro durante toda una semana, y a continuación la quemaron públicamente en una gran pira. Cuando las llamas ya habían envuelto la estatua, liberaron un águila colocada estratégicamente en la pira, y esta voló hacia el cielo. Los supersticiosos espectadores luego fueron diciendo que el águila se había llevado el alma de Pértinax a los cielos, y que por ello había que venerarlo en adelante.

Habiéndose hecho amo de Roma y asegurado la aprobación del pueblo, Severo se centró en derrotar a sus dos rivales, pues tanto las legiones de Britania y la Galia como las de Siria habían elegido sus propios emperadores por el mismo tiempo en que las legiones de Panonia e Iliria lo habían elegido a él.

Severo fue primero hacia el este para luchar con Níger, su más formidable rival. Se lucharon diversas batallas, que terminaron con la derrota y muerte del líder sirio. Le cortaron la cabeza a Níger y la tiraron sobre las murallas de Bizancio, su fortaleza principal en el Bósforo.

Cuando la gente vio aquel gesto macabro, luchó incluso con más tesón para defender la ciudad, pero, aunque resistieron valientemente, finalmente Severo los obligó a rendirse. Siguiendo sus órdenes, la ciudad fue saqueada, sus murallas, derribadas, y la gente, esclavizada; pero, como veremos pronto, Bizancio resurgió y llegó a rivalizar con la propia Roma.

Como ya había acabado con uno de sus rivales, Severo marchó a continuación hacia el oeste para enfrentarse al otro, Albino. Los dos ejércitos lucharon en la Galia, cerca de Lyon, en una batalla terrible en la que Severo obtuvo la victoria gracias a su bravura en medio del peligro.

Ahora el emperador regresó a Roma, donde ordenó ejecutar a

veintinueve senadores que se habían posicionado con sus rivales. Entonces, para asegurarse de que el imperio no cayera en manos de gente fuera de su familia, nombró emperadores a sus dos hijos simultáneamente.

Severo, el vigésimo emperador de Roma, era muy estricto y hacía que todos lo obedecieran sin rechistar, y también era un gobernante severo. Obtuvo gran gloria como general y luchó muchas batallas en múltiples tierras. Su última campaña fue en Britania, donde había ido para suprimir una insurrección, y adonde sus dos hijos lo acompañaron.

Se dice que Caracalla, el hijo mayor, estaba tan ansioso por ser emperador que trató de asesinar a su padre durante esta campaña.

Apesadumbrado por tal acto antinatural, Severo reprendió a su hijo en privado e incluso le ofreció una espada y le dijo:

—Toma, ¡mátame si te atreves!

Aunque Caracalla no aprovechó la ocasión, se sospecha que poco después envenenó a su padre.

Severo murió en Britania, en York, y se dice que sus últimas palabras las dirigió a su urna funeraria:

—Querida urna, pronto recibirás a aquel para quien el universo era demasiado pequeño.

El senado de mujeres

A Severo lo sucedieron sus dos hijos Geta y Caracalla. Geta, el menor, se interponía en el camino de su hermano, que decidió librarse de él, y acabó haciéndolo mientras su víctima estaba en los propios brazos de su madre, Julia Domna. Tras haberse adueñado así de la totalidad del imperio, Caracalla sobrepasó a todos sus antecesores en crueldad y vicio.

Sospechaba tanto de cualquiera que se dice que llegó a matar a veinte mil personas, simplemente porque pensaba que se le oponían. Una vez, al escuchar que la gente de Alejandría se había atrevido a hacer chistes sobre él, hizo ejecutar a todos los habitantes sin distinción de edad o sexo.

Caracalla visitó multitud de territorios, simplemente con el objetivo de saquear a sus súbditos. Parte del dinero lo gastó en construir las famosas Termas de Caracalla en Roma, pero cometió tantos crímenes que todo el mundo lo odiaba. Macrino, el comandante de la guardia pretoriana, finalmente lo asesinó y lo sucedió, pero su reino también terminó a causa de la elección de Heliogábalo por las tropas de Siria.

Aunque el nuevo emperador tenía solo catorce años, ya había ejercido de gran sacerdote del dios sirio Elagábalo, cuyo nombre griego había adoptado para sí mismo. Por lo visto, Heliogábalo era sumamente apuesto, y le gustaba llevar excelentes ropajes y participar en ceremonias.

Es conocido en la historia principalmente por sus locuras y sus vicios, y se dice que se casó y divorció de seis mujeres antes de llegar a los dieciocho años. Se hizo a Elagábalo el dios principal de Roma, y se dice que el emperador llegó a ofrecer sacrificios humanos en secreto, y bailaba ante el dios en público.

Para hacer burla de los senadores o para satisfacer los caprichos de su madre y abuela, Heliogábalo formó un senado de mujeres. Nombró a su madre jefa de esta nueva asamblea, que presidía en cada reunión con gran pompa y circunstancia.

Incluso los romanos estaban escandalizados por la conducta del emperador, por lo que los soldados pronto se levantaron contra él. Un día irrumpieron en el palacio, sacaron a rastras a Heliogábalo desde el armario donde se había escondido, lo mataron a él y a su madre y echaron sus cuerpos al Tíber con desdén.

En cuanto los soldados hubieron matado al emperador, procedieron a

elegir a su sobrino Alejandro Severo, que resultó ser totalmente diferente en todos los aspectos. Ambos jóvenes pertenecían a la familia de Severo, pero, mientras que Heliogábalo era ignorante y vicioso, Alejandro era sabio y bueno.

Por desgracia, no estaba preparado para gobernar a un pueblo tan arisco como los romanos. Aunque brilló como pintor, escultor, poeta, matemático y músico, no tenía ningún tipo de habilidad militar.

Durante su reinado, los bárbaros se colaron desde el Rin y amenazaron con invadir toda la Galia. Alejandro en persona marchó contra ellos, pues al fin y al cabo no era un cobarde, pero murió a manos de sus propios soldados durante un motín. Parece que el instigador de la rebelión fue Maximino, que sucedió a Alejandro y por tanto fue el vigesimoquinto emperador de Roma.

El emperador gigante

El nuevo emperador, Maximino, procedía de una familia de campesinos y era nativo de Tracia. Tenía una fuerza y un tamaño descomunales, y su ambición era igualmente enorme. Como consideraba que ser pastor era demasiado poco para él, se alistó en el ejército romano durante el reinado de Severo, y pronto llamó la atención del emperador por sus muestras de fuerza.

Se dice que medía más de dos metros y medio, que el brazalete de su mujer le servía a él de anillo, y que podía mover más peso que un buey. Era capaz de matar a un caballo de un puñetazo, y se decía que comía casi veinte kilos de carne y bebía veinte litros de vino cada día.

Un hombre que comía tanto y era tan fuerte y grande no le tenía miedo a nada, y no es sorprendente que ganara en todas las competiciones atléticas y que se atrajera el respeto de todos los soldados romanos.

Maximino fue conocido por su sencillez, disciplina y virtud durante todo el tiempo que estuvo en el ejército; pero en cuanto se hizo con el trono se volvió cruel y malvado. Persiguió a los cristianos, que ya habían sufrido cinco grandes persecuciones bajo los emperadores romanos, y pasaba la mayor parte de su tiempo en el campamento. Hizo muchas guerras contra los bárbaros rebeldes, y se dice que luchaba en persona en primera línea de batalla.

La crueldad y tiranía de Maximino causó gran descontento, por lo que su reinado duró tan solo unos tres años. Entonces, sus tropas se amotinaron y lo asesinaron a él y a su hijo mientras estaban dormidos en su tienda de campaña. Enviaron sus cabezas a Roma, donde las quemaron públicamente en el Campo de Marte entre los gritos de júbilo de la multitud.

A continuación, se sucedieron tres emperadores rápidamente. Lo único que hace falta decir de ellos es que murieron con violencia. Pero el vigesimonoveno emperador de Roma se llamaba Filipo, y durante su reinado los romanos celebraron el milésimo aniversario de la fundación de su querida ciudad. La costumbre había sido recibir cada cien años con grandes celebraciones, y ya Augusto había instituido un festival público conocido como Juegos Seculares.

Filipo ordenó celebrar estos juegos con incluso más pompa de la acostumbrada, y acuñó monedas con su efigie en un lado y las palabras latinas «por un nuevo siglo» en otro. Solo los ciudadanos

romanos podían participar en el festival, y se dice que las ceremonias religiosas, procesiones públicas y alumbrados fueron magníficos.

Los juegos apenas habían terminado cuando Filipo se enteró de una revuelta entre los soldados romanos del río Danubio. Para aplacarla lo más rápido posible, envió a un senador romano llamado Decio con órdenes de resolver el conflicto.

Decio hizo todo lo posible por volver a meter en cintura a los soldados, pero estaban tan revolucionados que no querían ni oír hablar de Filipo. En lugar de eso, eligieron a Decio emperador, incluso sin él quererlo, y lo obligaron con amenazas de muerte a liderarlos contra Filipo.

El ejército liderado por el infeliz Decio se enfrentó a Filipo y lo derrotó. Filipo resultó muerto, y el nuevo emperador siguió marchando hacia Roma, donde pronto inició una nueva persecución de los cristianos. Tal fue la severidad de aquellos dos años de persecución que los romanos supusieron que ya habían sido aniquilados todos los cristianos y que su religión ya habría quedado exterminada.

La invasión de los godos

Durante el reinado de Decio, los godos, bárbaros germánicos, fueron bajando desde el norte. Eran altos y feroces y viajaban con sus mujeres e hijos, sus rebaños y todas sus pertenencias.

Los godos estaban divididos en diversas tribus: los ostrogodos o godos del este, los visigodos o godos del oeste, y los gépidos, aunque estos últimos no se sabe muy bien si eran realmente godos o un pueblo diferente, pero se dice que *gépidos* significaría 'rezagados', porque iban siguiendo a los visigodos y ostrogodos. Los godos hablaban lenguas germánicas, antepasadas del actual alemán y otras lenguas como el sueco o el danés, y entre sus dioses veneraban a Odín.

Los godos se enfrentaron a los romanos en diversas batallas y se fueron expandiendo cada vez más, arruinando muchas ciudades como Filipópolis, en Tracia, una ciudad fundada por Alejandro Magno. Allí mataron a más de cien mil personas.

Decio marchó contra los godos, esperando castigarlos por la masacre, pero cayó en una emboscada en la que murieron él y su hijo. Su sucesor, Galo, acordó una paz deshonrosa con los bárbaros y les permitió asentarse al otro lado del Danubio.

Galo y su general Emiliano, que lo sucedió, acabaron asesinados por sus tropas tropas; y el siguiente emperador fue Valeriano, elegido por las legiones romanas de Recia. Este fue valeroso y virtuoso. Cuando llegó a Roma se encontró a Galo y a Emiliano muertos y tomó posesión del trono sin disputa.

Aunque ya era bastante mayor, Valeriano hizo que su hijo Galieno atendiera a las guerras en Europa mientras él marchaba a Asia para luchar contra Sapor, rey de Persia. Este monarca se había hecho con mucho del territorio romano y había sorprendido a la ciudad de Antioquía mientras sus habitantes estaban en el teatro.

Valeriano recuperó Antioquía del enemigo, pero finalmente fue derrotado y tomado prisionero. Se dice que Sapor lo trató de forma muy dura, y que usaba el cuello del emperador como apoyo para montarse en su caballo.

Algunos historiadores dicen que cuando Valeriano murió, el rey persa lo hizo desollar, tiñó la piel de rojo, la rellenó y la colgó en un templo, adonde llevaba a los embajadores romanos. Entonces, señalaba a la piel rellena del que había sido emperador y les decía a los embajadores:

—¡Contemplad a vuestro emperador!

Zenobia, reina de Palmira

Tras la derrota de Valeriano, Galieno quedó como único emperador, pero no trató de rescatar o vengar a su padre, y no pensaba en más que en sus propios placeres. Sin embargo, no tardó en despertar de su letargo ante las noticias de que los francos habían cruzado el Rin y se habían asentado en la Galia, y es precisamente de los francos de quienes Francia tiene su nombre actual. Poco después, Galieno se enteró de que los godos, descendiendo por el Danubio, habían llegado al mar Negro y estaban saqueando las ciudades de las costas.

Como Galieno no se esforzaba por defender a su pueblo de los bárbaros, las provincias cayeron en manos de los hombres que las gobernaban, que ya no hacían caso al emperador de Roma. Estos hombres se autoproclamaron emperadores, pero se los conoce en la historia como los *treinta tiranos del imperio romano*, o *treinta usurpadores*. Uno de ellos se llamaba Odenato, príncipe de Palmira, y llegó a ser muy poderoso.

Otro de estos generales que habían tomado el título de emperador estaba afincado en Milán. El emperador de verdad, que no era un cobarde, luchó valientemente para capturar la ciudad, pero murió allí y fue sucedido por Claudio II, uno de sus generales.

El nuevo emperador romano era valiente y bueno. Comenzó su reinado derrotando a los godos, pero, antes de que tuviera tiempo de hacer cosas buenas por el pueblo, cayó enfermo y murió, dejando el trono a Aureliano.

Mientras tanto, el reino de Palmira había ido ganando poder y extensión. A la muerte de Odenato, su esposa Zenobia empezó a gobernar en nombre de su hijo pequeño. Esta reina era una mujer hermosa y muy capaz. Deseaba rivalizar con Cleopatra no solo en belleza, sino también en la magnificencia de su pompa y vestimenta.

Tras tomar el título de emperatriz de Oriente, Zenobia trató de expulsar a los romanos de Asia. Ataviada con armadura completa, lideró las tropas a la batalla, conquistó Egipto e hizo una alianza con los persas.

Aureliano, tras someter a los godos, lideró ahora sus legiones contra Zenobia. La reina de Palmira fue derrotada, y su capital, capturada; y, aunque ella trató de huir, cayó en manos de los romanos. Muchos de los seguidores más leales de Zenobia murieron, y entre ellos estaba su secretario, el famoso escritor Longino.

Al principio, Palmira fue indultada, pero los habitantes se sublevaron en cuanto los romanos se marcharon. Por tanto, Aureliano volvió sobre sus pasos, tomó la ciudad por segunda vez y, tras matar a casi todo el pueblo, arrasó las casas y las murallas. Hoy no quedan sino unas pocas ruinas como testigo de la magnificencia de Palmira; aun así, su riqueza había sido tal que incluso los romanos se quedaron boquiabiertos ante la cantidad de oro que Aureliano mostró durante su triunfo.

También contemplaron maravillados a Zenobia, la orgullosa reina de Oriente, que se vio obligada a caminar ante el carro de Aureliano. La desdichada mujer apenas podía cargar con el peso de las invaluables joyas que le habían colocado para la ocasión.

Al terminar el triunfo, le permitieron a Zenobia vivir en paz y armonía en un lugar cerca de la actual Tívoli, y allí crio a sus hijos como una madre romana más. Sus hijas se casaron con nobles romanos, y uno de sus hijos recibió un pequeño reino de parte del generoso Aureliano.

Un año después del triunfo, asesinaron a Aureliano, y durante un breve periodo nadie se atrevió a aceptar el trono por temor a morir de forma violenta. Finalmente, el senado eligió a un pariente del gran historiador Tácito, pero murió de fiebres seis meses después de su elección, mientras iba de camino a luchar contra los persas.

Se cumple la profecía

Varios emperadores se sucedieron por breves periodos, y todos murieron de forma violenta tras reinados muy cortos. Finalmente, el ejército proclamó emperador a Diocleciano, un soldado de Iliria.

Parece que una sacerdotisa del norte había vaticinado una vez que Diocleciano obtendría el trono de Roma cuando hubiera «matado a un jabalí». Toda la gente de ese tiempo era muy supersticiosa, por lo que Diocleciano pasó mucho tiempo cazando; pero, aunque mató a muchos jabalíes, durante mucho tiempo no lo nombraron emperador.

Los dos emperadores que habían reinado antes que Diocleciano habían sido asesinados por un fornido soldado llamado Apro, que en latín significa 'jabalí'. Algunas legiones entonces eligieron a Diocleciano, y él, deseoso de castigar al asesino por el doble crimen, mató a Apro con su propia espada.

Sus soldados estaban familiarizados con la profecía de la sacerdotisa, por lo que dijeron que ahora seguro que conseguiría el trono, porque había matado a un jabalí. Y así fue: el único rival de Diocleciano murió pronto y entonces todos los romanos lo eligieron emperador.

Sin embargo, Diocleciano comprendió que el imperio romano era demasiado extenso y difícil de gobernar para un solo emperador. Por tanto, nombró a su amigo Maximiano colega en el imperio, y así ellos dos fueron proclamados augustos, y entonces dijo que Galerio y Constancio debían ser proclamados césares, y les dio también una parte del imperio. Estos cuatro gobernantes tenían sus capitales en Nicomedia, Milán, Sirmio y Tréveris. Con esto comienza una nueva época en la que Roma ya no tiene una única capital que concentra todo el poder.

Diocleciano permaneció como el más importante, aconsejando y mandando a los otros tres. Pero su reinado se vio lleno de disturbios: invasiones bárbaras, una guerra en Persia y otra persecución de cristianos, la peor y más sangrienta hasta la fecha.

Como amante de la soledad y la sencillez, Diocleciano se cansó pronto de la vida imperial. Por tanto, cuando sintió que su fuerza ya no le permitía servir al pueblo, se retiró a un lugar tranquilo en su ciudad natal de Salona, donde pasó sus últimos ocho años cultivando verduras para entretenerse.

Como Maximiano se había retirado a la vez que Diocleciano, el imperio romano quedaba ahora dividido entre Galerio y Constancio

como emperadores de Oriente y de Occidente, respectivamente. Constancio, tras obtener el Occidente, fue a Britania para suprimir una revuelta. Murió en York, y su hijo Constantino se hizo emperador en su lugar.

Varios rivales rechazaron a Constantino, entre los cuales el más poderoso era Majencio, que gobernaba Italia y tenía un gran ejército. De camino a enfrentársele, Constantino se hizo cristiano gracias a un milagro que los historiadores antiguos relatan de la siguiente manera.

Al mediodía del día anterior a la batalla con Majencio, Constantino y su ejército se vieron sobresaltados por una cruz brillante que apareció de repente en el cielo. Alrededor de la cruz aparecían las palabras «Con este signo vencerás».

Constantino se conmovió tanto ante aquella visión que hizo la promesa de convertirse al cristianismo si obtenía la victoria. También ordenó hacer un nuevo estandarte, llamado *lábaro*, que llevaba una cruz y la inscripción que había visto en el cielo. Este estandarte lo llevaba siempre ante sí a la batalla.

Los dos ejércitos se enfrentaron cerca de Roma. Majencio fue derrotado, y Constantino entró triunfante a la ciudad. En memoria de su victoria hizo construir un magnífico arco de triunfo, que aún se conserva y siempre se lo ha conocido como Arco de Constantino.

El primer emperador cristiano

Constantino cumplió el voto que había hecho, para gran alegría de su madre Helena, que era una cristiana muy devota. Constantino ordenó que los cristianos tuvieran total libertad para rendir culto a su dios, y tras un tiempo él mismo se bautizó. También prohibió que los criminales fueran crucificados, ya que la cruz ahora era un objeto relacionado con Cristo, y puso fin a los combates de gladiadores.

Al principio, Constantino compartió su poder con Licinio, pero él y su colega se pelearon por cuestiones religiosas y no tardaron en acudir a las armas. Se dice que, cuando estuvieron frente a frente, cada uno invocó a sus dioses.

Como Constantino obtuvo la victoria, declaró que Dios era el más digno de honor, y estableció la Iglesia cristiana con tal firmeza que desde entonces sigue vigente. Por órdenes suyas, todos los cristianos cultos se reunieron en Nicea para hablar sobre su religión y para averiguar exactamente qué había que enseñar. Se dice que Arrio, un divulgador de la religión, había estado difundiendo herejías, por lo que lo expulsaron a él y a sus seguidores a una parte remota del imperio.

Constantino cambió luego la sede de gobierno a Bizancio, que hizo reconstruir, y recibió el nombre de Constantinopla en su honor, es decir, ciudad de Constantino. Como logró tantas cosas durante su reinado, este emperador fue conocido como *el Grande*, aunque realmente no era un hombre tan bueno.

Durante la última parte de su reinado hubo diversas invasiones bárbaras, y se dice que Constantino, que era un guerrero valiente, los rechazó y trató con gran crueldad. Murió de fiebres en Nicomedia, dejando su imperio a sus tres hijos, y sus restos fueron llevados a Constantinopla para que pudieran descansar en la ciudad que llevaba su nombre.

Poco después de la muerte de Constantino, que es conocido en la historia romana como el primer emperador cristiano, sus tres hijos comenzaron a disputar entre ellos. El resultado fue una serie de guerras civiles, en las que dos de los hermanos murieron, dejando todo el imperio al tercero: Constancio II.

El nuevo emperador, necesitado de ayuda, dio a su primo Juliano el título de césar y lo puso al cargo de la Galia. Como Juliano pertenecía a la familia de Constantino, era cristiano. Era un muchacho muy

inteligente y había estado estudiando filosofía en Atenas.

Mientras estaba allí, llegó a admirar tanto a los filósofos griegos que abandonó el cristianismo y se pasó al paganismo. Por este cambio de religión, es conocido como Juliano el Apóstata. Además, se dice que pasó mucho tiempo estudiando magia y alquimia, una ciencia que supuestamente enseña a transformar metales en oro.

Para su pesar, Juliano tuvo que abandonar sus estudios para encargarse del gobierno. Mientras estaba en la Galia, aprendió a ser un excelente general y rechazó a los bárbaros varias veces. Vivió un tiempo en Lutecia, la actual París, y allí construyó unas termas romanas cuyas ruinas aún pueden admirarse.

La división del imperio romano

Juliano se hizo emperador al morir Constancio II. En cuanto la autoridad estuvo por completo en sus manos, ordenó cerrar las iglesias cristianas e incitó a la gente a adorar a los antiguos dioses paganos.

Todos los soldados del ejército se vieron obligados a abandonar el cristianismo bajo pena de expulsión, y trató de reconstruir el templo de Jerusalén para demostrar a los cristianos que no había que dar crédito a la profecía de Cristo; pero un terremoto espantó a los albañiles, y una guerra contra los persas evitó que se retomaran las obras.

Durante esta campaña, Juliano recibió una herida mortal, y se dice que murió exclamando:

—¡Has vencido, galileo!

Se llevó y enterró el cuerpo del emperador en Tarso, y, como Juliano no había nombrado sucesor, el ejército dio de inmediato el imperio a uno de sus oficiales, llamado Joviano.

Buen hombre y devoto cristiano, Joviano corrió a restablecer la religión cristiana. Sin embargo, su reinado fue muy breve, y lo sucedieron sus dos hermanos, Valentiniano y Valente, que volvieron a dividir el imperio en dos partes con la intención de que fuera una separación definitiva entre los imperios oriental y occidental. Era el año 364 d. C.

Valentiniano contuvo a los bárbaros del norte mientras vivió, pero, tras su muerte, Valente se vio obligado a permitir que los godos se asentaran en Tracia, donde encontraron a sus hermanos convertidos al cristianismo gracias a los esfuerzos de Ulfilas, un hombre culto que escribió una traducción de la Biblia en su lengua gótica.

Valente no fue capaz de mantener las promesas que les había hecho a los godos, por lo que se enfurecieron tanto que se sublevaron y lo mataron en Adrianópolis.

El siguiente emperador de Oriente fue Teodosio. Era tan gran general y aun así tan justo que alcanzó la paz con los godos, muchos de los cuales se alistaron en su ejército como soldados romanos.

Tras años de guerra continua contra los bárbaros y los emperadores de Occidente, Teodosio llegó a ser el único gobernante del imperio romano, y así obtuvo el sobrenombre de *el Grande*. Durante su reinado hizo que sus súbditos abandonaran a todos los dioses paganos, excepto

a la Victoria, a quien no estaban dispuestos a abandonar.

También se hicieron muchas reformas entre los cristianos, y los arrianos volvieron a ser tachados de herejes, y entonces los cristianos verdaderos tomaron por primera vez el nombre de *católicos*. Teodosio fue el último emperador romano cuyo poder se extendió por todo el imperio, y, cuando murió, dejó el gobierno de Oriente a su hijo Arcadio, y el de Occidente, a su hijo Honorio.

La penitencia de un emperador

Como hemos visto, Teodosio fue un emperador excelente, y se dice que solo hay una mancha en su historial: la masacre de Tesalónica.

La gente de aquella ciudad se sublevó cuando los soldados arrestaron a uno de sus aurigas favoritos porque había desobedecido las leyes. En su cólera al enterarse de esta revuelta, Teodosio ordenó matar a todos los habitantes de Tesalónica. Hombres, mujeres y niños fueron masacrados sin piedad, pero, una vez que ya se había hecho, el emperador se arrepintió muchísimo de su crueldad.

Entonces fue ante san Ambrosio, un sacerdote que había tratado de disuadirle en vano. Le rogó humildemente que se le perdonara su crueldad y pidió permiso para entrar en la Iglesia una vez más. Sin embargo, san Ambrosio no lo consintió hasta que Teodosio hubiera hecho penitencia pública por su pecado.

Esto muestra que en esta época, cuando los emperadores cristianos cometían algún pecado, los sacerdotes los reprobaban públicamente, pues era su deber enseñar a los hombres a hacer el bien y amarse los unos a los otros.

Los dos hijos de Teodosio eran apenas niños cuando tuvieron que tomar posesión de los imperios de Oriente y Occidente a causa de la muerte de su padre. Sin embargo, durante un tiempo los bárbaros no se atrevieron a entrar en territorio romano, pues aún no habían olvidado las victorias de Teodosio.

El imperio de Occidente poco a poco fue debilitándose y haciéndose el más pequeño de los dos, pues los caledonios en Britania, los germanos a lo largo del Rin, los godos y los hunos a lo largo del Danubio, y los moros en África iban invadiendo los territorios y adueñándose de las ciudades más vulnerables.

Como los dos príncipes eran demasiado jóvenes para gobernar, el poder cayó en manos de sus regentes, Estilicón y Rufino, que se pelearon y finalmente lucharon el uno contra el otro. La rivalidad que siempre había existido entre los griegos y los latinos creció a causa de esta disputa entre los dos, y no terminó hasta que Rufino murió en una emboscada.

Cuando los godos vieron que los imperios de Oriente y Occidente estaban demasiado ocupados peleándose entre ellos como para prestarles atención a ellos, de repente marcharon hacia Grecia bajo el mando de Alarico.

Los griegos, aterrorizados, imploraron a Estilicón que corriera en su auxilio. Acudió y obtuvo una victoria sobre los godos, pero, en lugar de aprovechar su ventaja, regresó a Italia. Los godos, al verlo, lo persiguieron y sitiaron Milán.

Estilicón reclutó un ejército lo más rápido que pudo y derrotó a los godos en el mismo terreno en el que Mario una vez derrotó a los cimbros. Pero los godos, aunque derrotados, obtuvieron términos favorables antes de retirarse.

Honorio, el emperador de Occidente, se había quedado aterrorizado ante la presencia de los godos en Italia. Presa del pánico, cambió su residencia a la ciudad de Ravena, donde consideró que podría defenderse mejor si lo atacaban.

Atila el huno

Los godos apenas se habían marchado cuando llegaron otros bárbaros para emprender su propia invasión, y esta vez asediaron Florencia. La ciudad resistió con valentía hasta que Estilicón acudió en su auxilio, y entonces los invasores acabaron capturados, ejecutados o vendidos como esclavos.

Sin embargo, poco después de esto, Estilicón murió a manos de los soldados a los que había llevado tantas veces hacia la victoria. Ante estas noticias de lo que ocurría entre los romanos, Alarico, el rey de los godos, se alegró mucho, pues, como nunca llegó a recibir el dinero prometido por Estilicón, volvió a invadir Italia.

Esta vez Alarico llegó sin oposición a las mismas puertas de Roma, adonde ningún ejército bárbaro había entrado desde la invasión de los galos hacía ya ocho siglos. Las murallas eran muy fuertes, y los godos no tardaron en ver que no podrían tomar la ciudad por la fuerza; pero Alarico pensó que podría rendirla mediante el hambre.

Comenzó un asedio. Los romanos sufrieron mucha hambre, y pronto la peste asoló la ciudad. Finalmente se vieron obligados a proponer un imponente soborno a los godos para que se marcharan, pero, como parte del dinero no se pagó con la suficiente celeridad, Alarico volvió una vez más y marchó sobre Roma.

Volvieron a hacerse promesas, y volvieron a romperse, por lo que Alarico, al entrar en Roma, permitió que sus hombres saquearan todo lo que quisieran. Entonces hizo una incursión al sur de Italia, y estaba a punto de cruzar a Sicilia cuando enfermó y murió.

Ataúlfo, primo y cuñado de Alarico, llegó entonces a un acuerdo con los romanos y se casó con Gala Placidia, la hermana de Honorio. Se llevó a los godos de Italia hasta Hispania, donde fundó el famoso reino visigodo.

Cuando Ataúlfo murió, su viuda Placidia se casó con un general romano, y su hijo, Valentiniano III, sucedió a su tío Honorio en el trono del imperio de Occidente. Durante su reinado hubo guerras civiles, y su territorio se hizo más pequeño, pues Genserico, rey de los vándalos, tomó posesión de África.

Entretanto, los hunos habían capturado las tierras ocupadas una vez por los godos, y ahora se hicieron un pueblo unido bajo su rey Atila, conocido como *el azote de Dios*. Los romanos lograron mantenerlos alejados del imperio durante un tiempo a cambio de un tributo, por lo

que los hunos se entretuvieron con sus saqueos en otras partes.

Pero cuando se apoderó de la mayor parte del territorio más allá del Danubio y el Rin, Atila condujo a sus hordas de feroces hunos y otros bárbaros, más de setecientos mil hombres, a través del Rin hasta el mismísimo corazón de la Galia. Allí tuvo lugar una de las batallas más feroces e importantes de Europa: la de los Campos Cataláunicos.

En ella se enfrentó Atila a una alianza de romanos, bajo el mando del general Flavio Aecio y el rey visigodo Teodorico. Los aliados derrotaron a Atila, que sufrió muchas pérdidas, pero al año siguiente llevó a su ejército por los Alpes hasta las fértiles llanuras de Italia. Entonces, el papa León convenció a Atila para que no destruyera Roma y se fuera de Italia.

Una razón de que Atila hubiera ido a Italia era para casarse con Honoria, la hermana de Valentiniano. Sin embargo, tras todo esto, regresó a casa y se casó con una princesa goda llamada Ildico. Hay quien dice que Ildico lo asesinó en su noche de bodas, aunque los historiadores suelen decir que el rey murió esa misma noche por una terrible hemorragia causada por beber tanto.

El fin del imperio romano de Occidente

Unos años después de la muerte del feroz Atila, asesinaron a Valentiniano, y durante los siguientes veinte años hubo hasta nueve emperadores y gran cantidad de problemas e interminables guerras.

La gente seguía siendo muy supersticiosa, y, como sus problemas aumentaban sin parar, alguien recordó de repente a Rómulo, el fundador de Roma, que había visto doce buitres. Se extendió por todo el país el rumor de que estos doce buitres representaban doce siglos, y que, como Roma se había fundado hacía ya unos doce siglos, estaba destinada a desaparecer pronto.

En estos veinte años, Genserico, el rey de los vándalos, fue a Roma desde África, la capturó y permitió a sus soldados saquearla durante catorce días. Como sus hombres eran muy rudos, destruyeron muchas de las cosas que no pudieron llevarse, y cuando se marcharon se llevaron a la viuda de Valentiniano y a sus hijas y las sometieron a la esclavitud.

Rómulo Augústulo fue el último de estos nueve emperadores. Poco después de su elección, Odoacro, caudillo de una de las tribus germanas, se autoproclamó rey de Italia, depuso a Rómulo Augústulo y comenzó a reinar en su lugar.

El imperio de Occidente terminó oficialmente el año 476 d. C., y Roma, que había sido fundada por Rómulo, se vio privada definitivamente de su gloria bajo otro emperador del mismo nombre.

El senado romano, al ver que el imperio de Occidente había terminado, envió la tiara y los ropajes púrpuras a Constantinopla, donde el imperio de Oriente siguió vigente hasta su caída en manos de los turcos en el año 1453.

Últimas palabras

Gracias.

Espero que hayas disfrutado y aprendido a partes iguales, ¡porque el mundo antiguo es maravilloso!

Si has llegado hasta aquí, puedo imaginarme que **te interesa también la mitología** y, probablemente, el **mundo clásico** en general. De ser así, me gustaría invitarte a mi famoso **boletín diario**: https://humanistasenlared.com/boletin/.

Y si, ya que estás, quieres hacerme un favor, me vendría de perlas que calificaras con **cinco estrellas este libro en Amazon**. Eso me animará a seguir escribiendo, traduciendo y publicando **más obras sobre mitos, el mundo clásico**, la filología y la lingüística y las humanidades en general.

Para no perderme la pista a mí y mis publicaciones, recuerda apuntarte a mi boletín diario: https://humanistasenlared.com/boletin/. Ahí voy anunciando publicaciones y podrás beneficiarte de los precios especiales de lanzamiento.

Una vez más…

¡Gracias!
Paco

Referencias

La imagen de la portada es obra del artista Felice Giani (1758-1823), en dominio público y disponible en Wikimedia Commons.

El texto es esencialmente mi traducción de *The Story of the Romans*, de Hélène Adeline Guerber (1859-1929), publicado por primera vez en 1896. La obra original en inglés está en dominio público.

Más allá de traducir, también he llevado a cabo una cierta labor de adaptación, lo que significa quitar, añadir o modificar algunas partes que hoy en día son inapropiadas, ya sea por exceso o por defecto.

La tipografía de portada es Titan One, de Rodrigo Fuenzalida, con licencia Open Font License; igualmente, Alegreya, de Juan Pablo del Peral y Huerta Tipográfica.